

LA GRAMÁTICA DEL

AMOR



ROCÍO CARMONA

LA GRAMÁTICA DEL

AMOR



ROCÍO CARMONA



LA GRAMÁTICA DEL
AMOR

ROCÍO CARMONA



NARRATIVA
SINGULAR

Primera edición: febrero de 2011

Primera edición digital: marzo de 2011

Diseño de cubierta: MBC

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2011, Rocío Carmona, por el texto

© 2011, Meritxell Ribas, por las ilustraciones

© 2011, La Galera, SAU Editorial,
por la edición en lengua castellana

Citas de obras y canciones, © sus respectivos propietarios

Narrativa singular es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona

www.lagalera-editorial.com - info@grec.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la

fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*A mi madre, que sigue enseñándome a amar
todos los días.*

*«En una hora de amor
hay una vida entera.»*

HONORÉ DE BALZAC

1. DIEZ PRINCESAS

El amor es un infierno donde te quedarías a pasar la eternidad. Eso Irene lo sabía muy bien. Desde que se había enamorado, había perdido el apetito y no lograba conciliar el sueño.

Cada vez que cerraba los ojos lo veía a él.

Liam.

Con sólo pronunciar aquel nombre, aunque fuera para sus adentros, temblaba por entero, como si estuviera desnuda en el Ártico con el corazón incendiado.

Mientras pensaba eso, Irene sacó punta a su lápiz mordido en el extremo, totalmente ajena a lo que sucedía a su alrededor. Una sonrisa de ensoñación se dibujó en su cara de gata mientras se inclinaba, una vez más, sobre el pupitre. No estaba tomando apuntes, aunque iba bastante pez en gramática inglesa.

Desde que había empezado el curso en aquel internado británico, le estaba costando seguir el ritmo de la clase. Tras el divorcio de sus padres, la habían facturado al sur de Inglaterra para alejarla de su pequeña tragedia doméstica

En aquel lugar melancólico y aislado, el idioma no era el problema, ya que su padre era norteamericano y, por tanto, ella era medio nativa. Aunque la gramática era otra cosa. ¡Cuántas excepciones!

Mientras Peter Hugues, el profesor de lengua, apuntaba una interminable lista de *phrasal verbs* en la pizarra, Irene se afanaba en escribir algo crucial e incluso más complicado...

Nada menos que su primera declaración de amor.

Sonrió nerviosa mientras trataba de encontrar la combinación de palabras justa, aquella que expresara sin cursilería los sentimientos de un amor que empezaba a desbordarla.

Aún no se explicaba cómo era posible que Liam, el chico más deseado de la escuela, se hubiera fijado en ella. Sin duda, era un milagro. ¿Quién le iba a decir que aquel rubiales irresistible, que

podía tener a cualquier chica, la elegiría justamente a ella, a la ratita de biblioteca?

«Si mis amigas de Barcelona lo supieran...», pensó Irene ante el papel en blanco.

Habían comenzado a hablar el segundo día de clase, mientras ella hacía cola en la fuente del pasillo.

Él se había reído amablemente de Irene, que iba cargada hasta el cuello de libros, carpetas y libretas. Le cedió caballerosamente su turno en la cola y terminaron charlando de camino a clase.

Desde entonces se habían visto casi cada tarde, cuando Liam terminaba sus entrenamientos con el equipo de fútbol, en el que era la estrella. Paseaban por el bosquecillo que dividía los dos edificios del internado que servían de residencia a los alumnos, uno para las chicas y otro para los chicos.

El camino moría en el acantilado. A Irene le encantaba aquel escenario salvajemente romántico. Las olas rompían con fuerza contra las rocas y casi no se podía hablar a causa del fragor, pero el viento húmedo y el rugido del mar le resultaban tonificantes. Además, cuando

avanzaban por la zona más escarpada y rocosa del barranco, Liam siempre la tomaba de la mano. Le parecía un gesto precioso y protector, muy masculino.

Irene suspiró, pensando en su última tarde juntos, cuando el profesor Hugues dejó de escribir en la pizarra y la miró con cara de fastidio.

Ella se enderezó sobre el pupitre, totalmente ruborizada. No se había dado cuenta de que su suspiro hubiera sido tan notorio. Durante unos momentos fingió abstraerse en las combinaciones de verbos y preposiciones, pero enseguida volvió a morder su maltrecho lápiz.

Acababa de decidir que su declaración de amor tendría forma de poema.

Siempre le había gustado escribir, así que la tarea no le parecía imposible. Además, esa noche sería el momento perfecto para dárselo. Liam la había invitado a cenar en un *pub* de una aldea cercana.

Irene no podía esperar a que llegara el momento. Nunca había tenido una cita así: una cena romántica con un chico! Tras varias semanas

haciendo juntos los deberes y dando paseos después de clase, le parecía un paso natural, aunque ella no sabía nada de esas cosas.

Lamentó que sus amigas no estuvieran cerca. Ellas la habrían aconsejado qué hacer: cómo vestirse, qué esperar de aquella cita.

¿La besaría Liam?

Sólo se habían besado una vez, veinticuatro horas atrás. Había sucedido al regresar del acantilado a la residencia. Ella se había acercado para despedirse con dos besos, como siempre —a él le parecía muy exótica esa costumbre española—. Después de ofrecerle la mejilla, Liam había vuelto bruscamente la cara para que sus bocas se encontraran de improviso.

Irene se había quedado paralizada por la sorpresa. Él había sonreído mientras le revolvía el pelo con un gesto casi paternal.

—Hasta mañana, princesa.

Todavía no se le había borrado la cara de boba.

* * *

Irene guardó en su bolso un sobre pequeño de

color marfil. En su interior iba el poema, su declaración de amor a Liam. Llena de inseguridad, lo volvió a sacar para leer por última vez el contenido.

*Amado Liam,
has entrado en mi vida
como una ráfaga de viento
que levanta las hojas muertas
y las convierte en ángeles
de alas temblorosas.*

*Mis labios también tiemblan
y suspiran por los tuyos.
Muerta de amor, te imploro piedad,
concédeme tan sólo una mirada
y seré tuya para siempre.*

*Dios mío, ¿cómo puede haber un amor
tan grande
en mi cuerpo desgarrado?
Un beso tuyo en los párpados
sería mi cielo particular.
Te quiero.*

Te quiero.

Te quiero.

Cerró el sobre hecha un manojo de nervios.

«¡El mundo es para los valientes!», solía decirle su abuela. ¿Quién dijo que una chica no podía declararse? Sólo el convencimiento de que Liam era su gran amor mitigaba su miedo, aunque le daba mucha vergüenza expresar lo que sentía.

Al cerrar la cremallera del bolso notó la vibración del teléfono móvil, todavía silenciado después de las clases.

En la pantalla apareció la imagen de un ramo de rosas. Irene sonrió emocionada al comprobar que era Liam quien le mandaba esas flores virtuales, aunque no fueran sus preferidas.

Recordó que una semana antes habían hablado de las flores y ella le había confesado que le encantaban los girasoles, tal vez porque había crecido con una reproducción del cuadro de Van Gogh en su habitación. En su móvil, ahora, había recibido rosas, pero daba igual: lo importante era que se las había mandado su amor.

Estaba a punto de recogerla para su cita, y le

parecía muy tierno que no pudiera esperar a verla. El regalo iba acompañado de uno de sus breves mensajes: «*Unas flores para mi princesa especial*».

Irene repasó su pintalabios por última vez, sintiéndose una auténtica princesa. A continuación se puso a jugar con el móvil, mientras le esperaba con mariposas en el estómago y mil esperanzas ante la noche romántica que tenía por delante.

Y entonces, sucedió.

Sus dedos habían recorrido varias veces el teclado del teléfono, repasando una y otra vez el mensaje, recreando el dulce calor que la había invadido al recibirlo. Eran sus flores. De él. Sólo para ella, su princesa.

Al final del mensaje había un espacio en blanco y después una serie de números. Pero ¿qué era aquello? ¿Qué hacían allí todos aquellos números de teléfono? Siguió bajando con el cursor del aparato.

Primero sintió incredulidad. Luego, sorpresa.

Un puñal invisible empezó a desgarrarla por dentro.

Sus lágrimas cayeron lentamente sobre la

pequeña pantalla hasta desbordarla. El mar caliente de su tristeza incluso llegó hasta el suelo, donde se depositaron dos gruesas gotas saladas.

Diez.

Diez números.

En la pantalla se veían los diez teléfonos de otras diez princesas «especiales» a las que Liam había enviado el mismo regalo que a ella. ¡Y ni siquiera era la primera de la lista! Irene maldijo el día en que su padre le regaló, a modo de despedida, aquel móvil «inteligente». Tan inteligente que había sido capaz de detectar el engaño.

Sus lágrimas cesaron, para dar paso a una profunda vergüenza.

Pero ¿cómo había sido tan tonta? ¿Cómo había podido creer que Liam, el ligón de la escuela, se había fijado en ella? ¿A quién pretendía engañar?

El espejo le devolvió su imagen patética, todavía borrosa por las lágrimas. Se sintió ridícula con su *little black dress* prestado, sus pendientes de perlas y las bailarinas de satén brillantes.

Humillada, se dijo que a ella le iban más las sudaderas y los tejanos anchos.

—Me he vestido como una princesa, ico como una estúpida princesa! —gimió.

Irene sintió que le faltaba el aire. Abrió la puerta de su pequeña habitación, dando gracias al cielo porque su compañera de cuarto todavía no hubiera salido de clase. Acto seguido, salió corriendo.

En el pasillo lleno de alumnos que inauguraban el fin de semana se cruzó con Liam, pero Irene corría tan aprisa que ni siquiera se dio cuenta.

Él la vio alejarse sin entender nada, desconcertado por su huida. Al pasar junto a su habitación, se percató de que ella había dejado la puerta abierta. Entró, precavido. Sobre la cama, al lado de su bolso, encontró un sobre de color marfil con la siguiente inscripción:

PARA LIAM, MI AMOR.

2. LA HUIDA

La despertó un débil rayo de sol que se colaba por las contraventanas de la habitación y caía justo en la mitad superior de su cara. Notó calor en los párpados y los abrió, sorprendida. Hacía varios días que no amanecía un día despejado.

Antes de viajar para el nuevo curso a Cornualles, en el sur de Inglaterra, ya sabía que el tiempo no iba a ser precisamente amable. Aunque Irene no era de esas personas cuyo humor varía con el color de las nubes, esa mañana agradeció el cambio. Había oído decir que en aquella zona llovía el 89 % del tiempo. El particular emplazamiento de su colegio en lo alto de un acantilado hacía aún más dramático el clima.

La escuela Saint Roberts se encontraba a veinte kilómetros de la aldea más cercana, que no merecía el nombre de pueblo. Era un puertecito

tristón formado por cuatro casas, una iglesia y un *pub* destartalado, el Dog & Bone, donde se servía inexorablemente pescado —sopa de pescado, pastel de pescado, pescado con patatas, pescado en salsa de guisantes y de... pescado— acompañado de cerveza caliente sin espuma. Llamaban *real ale* a aquel brebaje, intragable para ella.

Mientras el mar helado inundaba sus ojos, Irene tuvo que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba. Le sucedía lo mismo cada amanecer.

Luego salió de la cama con sigilo, tratando de no despertar a Martha, su compañera de cuarto, que dormía con un antifaz para que la luz no la desvelara antes de que sonase el despertador.

Se dispuso a vestirse para afrontar el día. A primera hora tocaba clase de mates. Iba a ser un aburrimiento mortal, pero casi lo prefería. Los ejercicios de la señorita Feanney le permitirían empezar la mañana con suficiente calma para idear una estrategia de supervivencia.

Liam no estaba matriculado en matemáticas, pero iba a coincidir con él en el resto de clases.

iMenuda situación!, pensó Irene. No se veía capaz de hablarle, ni siquiera de mirarlo a los ojos. Se sentía muy pequeña, estúpida y sola, sin ningún apoyo con el que afrontar su primer desengaño amoroso.

Había pasado la noche en blanco tras vagar durante horas cerca del acantilado donde moría el camino del Saint Roberts. Una vez allí, arrullada por el rugido del mar que mordía las rocas, se había sentido un poco mejor.

Le había pasado por la mente llamar a casa, pero descartó aquella idea de inmediato. Su madre aún no se había recuperado del divorcio —lloraba todos los días—, y ella no quería contarle sus problemas precisamente ahora. ¿Llevaría escrito el fracaso amoroso en los genes?, se había preguntado al borde del precipicio.

«Tengo que ser fuerte», se dijo con poca convicción mientras se ataba los cordones de los zapatos. Se juró solemnemente aguantar la jornada con la cabeza alta. Sólo serían unas horas. Luego podría retirarse a su cuarto y dar rienda suelta a las lágrimas que trataba de contener desde la tarde antes en el acantilado.

Durante la clase de la señorita Feanney había sido incapaz de entender una sola fórmula. Mientras se dirigía ahora a clase de gramática, sintió que el cuerpo le pesaba una tonelada.

Al cruzar el umbral de la puerta, lo vio.

Hablaba relajadamente con dos compañeros del equipo de fútbol. Medio apoyado en una mesa, tenía las mangas de su resplandeciente camisa blanca subidas hasta mitad del brazo. Los chicos reían con ganas mientras Liam les mostraba algo en un papel.

Irene se asustó al verle alzar la cabeza para mirarla. Notó cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas mientras se precipitaba hacia su pupitre justo cuando sonaba el timbre.

El profesor Hugues entró en clase con un montón de ejercicios corregidos en una mano y un pliego de hojas en la otra. Enseguida empezó a repartir papeles, y comenzaron a oírse exclamaciones ahogadas aquí y allá.

Era un profesor duro. Su mano no dudaba en

escribir SUSPENSO si el alumno cometía sólo dos faltas de ortografía. En las pocas semanas que llevaba en Saint Roberts, Irene no había conseguido pasar del aprobado pelado. Su cosecha de C, C- y alguna raquítica C+ la hacía sentir en la cuerda floja todo el tiempo.

Hugues pasó por su lado y depositó fríamente sobre su mesa la hoja con la redacción de la semana anterior.

¡No podía ser! ¡Una D!

Suspendida.

Pero ¿por qué? «Justamente hoy...», se dijo antes de dar la vuelta al papel, donde descubrió tres círculos rojos que señalaban tres fatídicos errores gramaticales. Así que era eso. ¡Maldita gramática!, gritó en silencio mientras sus lágrimas pugnaban por derramarse.

Al final de su redacción había una nota del profesor escrita con rotulador rojo:

*LÁSTIMA. TIENES BUEN ESTILO,
PERO LA EJECUCIÓN HA SIDO POBRE.*

Incapaz de ver la parte positiva de aquel

comentario, Irene se lamentó con amargura por su racha de mala suerte. Dominada por pensamientos funestos, visualizó el terrible momento en que sus padres abrirían la carta con sus tristes calificaciones. Las leerían sentados en sillones diferentes de salones distintos, en casas separadas, pero la conclusión sería la misma: tanto dinero gastado para una inútil.

Alguien que le tocaba la espalda la arrancó de aquellos pensamientos.

Era Heather, una *barbie* insufrible que se sentaba detrás de ella. Le pasó un papel arrugado y anunció:

—Me han dicho que te dé esto.

Irene enrojeció al leer el mensaje apuntado en el trozo de folio:

MIS LABIOS TAMBIÉN

TIEMBLAN Y SUSPIRAN POR LOS TUYOS.

OH, IRENE, POR FAVOR, TE IMPLORO PIEDAD,

CONCÉDEME TAN SÓLO UNA MIRADA

Y SERÉ TUYO PARA SIEMPRE.

Irene miró confusa a su alrededor, tratando de

encontrar al autor de la nota. ¿Era Liam? De ser así, ¿por qué repetía algunas palabras que ella había escrito en su declaración de amor?

Su compañera de cuarto, que milagrosamente había conseguido despertarse y se sentaba en la fila de al lado, alargó la mano y le pasó otro papelito:

*OH, DIOSA, MI AMOR, UN BESO TUYO EN LOS PÁRPADOS
SERÍA MI CIELO PARTICULAR.*

Irene arrugó el papel, furiosa con las risitas que se escuchaban al fondo de la clase. Trató de entender lo que estaba pasando. No podía ser Liam, porque los mensajes no estaban escritos con su letra. Pero ¿cómo podían saber los demás lo que ella había escrito hacía sólo unas horas?

No, era imposible, totalmente inconcebible.

Irene recordó el papel de color hueso que Liam manoseaba al inicio de la clase y que tanta risa había provocado en sus dos amigos. ¿Les habría mostrado Liam su poema, aquel papel con sus sentimientos más íntimos en su primera declaración de amor?

Una tercera mano aumentó más aún su estupor. Era otro mensajito insolente con sus propias palabras, deformadas por la burla. A su espalda estallaron más risas, que fueron creciendo hasta contagiar al resto de sus compañeros de clase.

Martha la miró con pena mientras negaba con la cabeza.

Liam evitó su mirada. Parecía repentinamente enfrascado en sus apuntes, aunque una sonrisa maliciosa tensaba sus labios carnosos.

El profesor llamó la atención de la clase y preguntó, levantando la voz, qué diablos era aquel alboroto.

Con las mejillas bañadas en lágrimas, Irene se sintió destruida por la noche en vela y la horrible humillación a la que acababa de someterla Liam. Incapaz de permanecer en clase un minuto más, se levantó bruscamente de su asiento.

Se hizo un silencio sepulcral cuando cruzó el aula como una zombi. Abrió sin dudar la puerta de la clase y, ante la sorpresa de Hugues, echó a correr por el pasillo en dirección al patio.

Las lágrimas seguían manando sin freno, como si el manantial de su tristeza no tuviera fondo.

Desbordaban sus mejillas y humedecían su pelo lacio.

Ya no las notaba. Había salido de clase sin chaqueta, pero el frío tampoco le hacía mella. Impulsada por la urgencia de huir, sólo quería correr, correr y correr. Nada más.

Al llegar al acantilado, llorando y jadeando a causa del esfuerzo, unos pasos ruidosos la sorprendieron.

—Pero ¿qué diablos...?

Peter Hugues la había seguido y le hablaba a su espalda.

Irene no reaccionó. No le importaba nada: podía suspenderla, escribir a sus padres y denunciar su mal comportamiento. Todo le daba igual. Desde ayer, su vida ya no tenía sentido.

El profesor se detuvo a un par de metros de Irene, que se enjugó las lágrimas y siguió con la mirada fija en el mar, como si estuviera sola.

Durante un par de minutos ninguno de los dos habló. Luego Hugues le preguntó con cautela si podía acercarse. Ella asintió con indiferencia, sin entender por qué le pedía permiso.

Al oírle suspirar, Irene se preguntó si aún no se

había recuperado del esfuerzo de la carrera. Lo miró por primera vez y le pareció que estaba asustado.

—Irene, hace mucho tiempo conocí a una chica muy parecida a ti. También le gustaba correr. Corres muy deprisa, ¿lo sabías?

Ella asintió.

La voz del profesor había sonado distinta, pensó ella sin responder. Era igual de grave que siempre, pero más suave y agradable, sin el tono severo que gastaba en clase.

De repente, el profesor de gramática la agarró por la espalda con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

—¡Qué hace! ¿Está usted loco?

Asustada, Irene se echó a llorar de nuevo mientras se liberaba de su abrazo.

—Lo siento, sólo quería salvarte.

—¿Salvarme de qué? —replicó ella entre sollozos.

—Me ha parecido que te ibas a tirar.

—¿Tirarme por el acantilado? —respondió atónita—. ¡No! Yo sólo quería correr, pero se

acabó el camino y no supe qué hacer... Entonces apareció usted.

Hugues se deshizo en disculpas. Le preguntó mil veces si estaba bien y si podía hacer algo más por ayudarla.

Ella negó con la cabeza.

El profesor insistió en prestarle su chaqueta. Tras acompañarla en silencio de vuelta a Saint Roberts, la citó para una charla privada en su despacho después del almuerzo. Su semblante volvía a ser el del maestro adusto y algo rígido que todos conocían de clase.

Ahora Irene sabía que, además de ser un «hueso», estaba completamente loco. ¡Suicidarse! ¿Qué le había llevado a pensar que ella quería arrojarle al fondo del acantilado?

Mientras lo veía alejarse, pensó que a lo mejor se atrevería a preguntárselo más tarde, en su despacho. Eso si le daba tiempo a explicarse, porque lo más seguro era que Hugues le tuviera preparado un castigo ejemplar por haber huido de su clase de aquella manera.

Tomó el camino menos transitado de regreso a su cuarto. No pensaba volver a clase en lo que

quedaba de día. Sin duda, pensó, acababa de meterse en un lío de dimensiones mayúsculas.

3. LA GRAMÁTICA DEL AMOR

Irene golpeó con delicadeza la puerta del despacho de su profesor, deseando que no la oyera o que sucediera un milagro y él no se encontrara allí.

—Adelante —dijo una voz potente desde el otro lado.

No había habido suerte. Apretó los puños y contuvo el aliento, preparada para recibir la reprimenda de su vida.

Hugues la esperaba sentado tras su mesa, cubierta de papeles y de gruesos volúmenes encuadernados en tela.

Irene miró a su alrededor. Había libros por todas partes. Abarrotaban las estanterías hasta el techo, cubriendo todas las paredes excepto la de la ventana. Se sentó con las rodillas muy juntas en la silla que el profesor le había señalado con un gesto

de la cabeza. La «forastera», como la llamaban sus compañeros, deseó mimetizarse con el mobiliario o con la espesa alfombra que cubría el suelo de madera.

—¿Te apetece un poco de té? —preguntó él mientras le pasaba una taza y el azucarero.

Ella negó con la cabeza y, con un tímido «gracias», depositó sobre la mesa la chaqueta que Hugues le había prestado.

En la estancia flotaba el mismo olor que la había envuelto al usar aquella prenda pocas horas atrás, en el camino de regreso a la residencia. Olía a libro antiguo, a caramelo y a la calidez de la madera tostada.

Con gran parsimonia, el profesor vertió en su taza un *earl grey* con fuerte aroma de bergamota. A Irene le parecía chocante la fijación de los ingleses con las infusiones. De pequeña, su tía le había prestado algunos libros de *Los cinco* y *Las mellizas en Santa Clara*, con la esperanza de que tomase el gusto a dos de sus sagas infantiles favoritas. Aquellas historias le habían parecido ñoñas e intrascendentes, totalmente pasadas de moda. Aun así, le había hecho gracia que los

protagonistas pasaran tanto tiempo tomando té, huevos duros y sándwiches de mermelada.

Aprovechó que la mirada del profesor se desviaba hacia el ventanal para observarlo con más atención. Debía de tener más de treinta años, aunque era difícil de precisar. Estaba delgado, y quizá por eso parecía más joven, aunque algunas canas desperdigadas asomaban ya en sus cabellos suavemente ondulados. Se había quitado la americana verde con el escudo de Saint Roberts que constituía el uniforme del profesorado masculino. En su lugar vestía una camisa azul claro que hacía juego con sus ojos llenos de serena melancolía.

Hugues interrumpió sus divagaciones con una pregunta demasiado directa:

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te ha pasado el susto?

—A mí sí... ¿Y a usted?

Se arrepintió inmediatamente de haber formulado aquella pregunta. A menudo su timidez la hacía precipitarse al hablar, algo que mucha gente confundía con la insolencia. Y aquel defecto le había supuesto más de un problema.

Para su sorpresa, el joven profesor se limitó a reconocer:

—Tienes razón al decir que me asusté, y no me faltan motivos.

—Le agradezco mucho su preocupación, pero...

Irene enrojeció y se sintió perdida, incapaz de decidir hacia dónde dirigir su discurso de disculpa. La voz grave de Hugues le daba miedo.

—Escúchame bien, Irene. Has tenido uno de los peores días de tu vida, puesto que el primer desengaño se vive como un drama y un castigo terrible. Y hablando de castigos... Me veo obligado a imponerte uno por tu salida de clase. Como bien sabes, no está permitido a los alumnos abandonar el recinto escolar en horas lectivas sin permiso.

Ya tenía su sentencia, pensó. ¿Pero cómo sabía él los motivos de su sufrimiento? Se moría de vergüenza sólo pensar que podía conocer la humillación que había sufrido por parte de Liam.

—No obstante —prosiguió Hugues mientras se limpiaba las gafas de pasta—, y dadas las excepcionales circunstancias... Encontraremos una medida adecuada a tu caso. Te gusta leer,

¿verdad?

Ella asintió mientras sentía cómo le temblaban las piernas y un torbellino de ideas absurdas acudían a su mente. ¡La obligaría a leer los cincuenta tomos de la Enciclopedia Británica que se guardaban como una reliquia en la biblioteca!

—Ya lo imaginaba. Te propongo, entonces, un castigo un tanto especial. Nos encontraremos en mi despacho a esta misma hora todos los miércoles. Te pondré deberes de literatura, por así decirlo. Leerás las obras que yo te recomiende y las trabajaremos juntos. Será un proyecto especial. ¿Qué te parece?

—Pero... yo... usted es profesor de gramática, no de literatura.

—Tienes razón, pero no vas a hacer un seminario de novela al uso. Lo que necesitas en este momento de tu vida son algunas clases de gramática del amor. Es una asignatura que no puedes dejar colgada.

Irene miró con asombro a Peter Hugues. Había oído decir que los ingleses eran excéntricos, pero nunca hubiera imaginado que se encontraría en medio de algo así.

—¿Gramática del amor? —balbució— ¿Qué es eso?

Los melancólicos ojos azules del profesor se desviaron nuevamente hacia la ventana antes de responder, como si hablara para sí mismo:

—Ser joven y estar enamorado por primera vez es extraordinario, pero también dolorosamente confuso. ¿Por qué crees que Liam se ha portado de ese modo contigo?

Ella se ruborizó de nuevo, incómoda ante la idea de hablar de sus sentimientos con uno de sus profesores. Un desconocido, al fin y al cabo.

—No lo sé, supongo que le apetecía burlarse de mí... y yo he sido una estúpida. —Decidió enderezar el rumbo de la conversación—: ¿Qué es esa gramática del amor, profesor Hugues?

—Ya lo irás descubriendo. De momento te espero aquí el próximo miércoles a las cinco en punto. Ve a buscar a la biblioteca un ejemplar de *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, del japonés Haruki Murakami. Es una novela breve. En una semana debería estar leída.

Irene murmuró algo incomprensible que él interpretó como un «de acuerdo». A continuación,

se levantó para acompañarla a la puerta y darle la mano ceremoniosamente.

—Una cosa más —le anunció cuando estaba a punto de cruzar el umbral sorprendida por la extravagancia del castigo; había esperado una sanción grave, incluso una advertencia dirigida a sus padres, así que podía considerarse afortunada—. Hoy me has dado un buen repaso en tu carrera hacia el acantilado, y eso que estoy en buena forma. Sería un crimen desperdiciar tus aptitudes como corredora. Como parte del castigo, deberás entrenarte en la pista de atletismo tres veces por semana. No me importa el horario en el que lo hagas, pero quiero que al final del trimestre estés preparada para participar en la carrera de la escuela, la January Race. Competirás contra alumnas de cursos superiores.

Irene abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla sin encontrar palabras con las que responder a tan absurdo requerimiento. Primero, esas lecturas especiales. Y ahora quería que corriera. Sin duda, Peter Hugues estaba chiflado. Como si fuera consciente de su desconcierto, el

profesor le dirigió una tenue sonrisa de despedida.

Definitivamente, aquel día estaba siendo el más extraño de su vida.

4. EL PAJARILLO PERFECTO

Había pasado casi una semana desde su encuentro con el profesor de gramática, e Irene ya había integrado en su vida, de manera casi natural, los dos castigos.

Por las mañanas se levantaba a las seis, cuando aún era noche cerrada. Se recogía la melena oscura en una coleta baja y se vestía con mallas gruesas y un forro polar para soportar las bajas temperaturas. Se calzaba las zapatillas deportivas, bebía un vaso de agua y salía a correr.

Su recorrido la llevaba primero hasta el acantilado, siguiendo el sendero escasamente iluminado que atravesaba el bosquecillo. Aquellos primeros dos kilómetros los corría casi dormida. El *tap tap* monótono de sus pies sobre el suelo de grava la sumía en un estado de duermevela tras el que luego apenas recordaba nada. Y eso le

gustaba.

Es bueno no pensar cuando te acaban de romper el corazón.

Antes de iniciar la carrera, Irene dejaba vagar su mirada perezosamente por el patio, tranquilo como un cementerio victoriano a aquellas horas. Al lado de su residencia, frente al edificio del colegio, había una pequeña plaza circular con un estanque en medio. En el fondo lleno de limo vivían unas enormes carpas mutantes a las que estaba prohibido alimentar. Irene se había sentado muchas veces en los desvencijados bancos de madera que rodeaban la plazoleta. Era un buen lugar para leer o dejar pasar el rato, pero no a aquella hora de la madrugada, cuando la humedad marina calaba en los huesos.

Tap tap, tap tap, tap tap... Una vez dejaba atrás el colegio y llegaba al acantilado, el aire húmedo la despertaba de golpe. Entonces comenzaba a disfrutar del ejercicio.

Debía reconocer que Hugues había acertado al obligarla a entrenarse. Era un deporte que iba bien con su constitución. Irene era menuda y delgada, estaba hecha para correr. Y lo que más le gustaba

era que, con cada zancada contra el viento, tenía la ilusión de que huía de sí misma.

Tras el acantilado tomaba un estrecho sendero que desembocaba en un camino alternativo de vuelta al colegio, pasando esta vez por delante de la residencia de los chicos. Un recorrido de casi cinco kilómetros en total.

La carrera de fin de trimestre en Saint Roberts era de diez kilómetros, por lo que a continuación Irene se dirigía hacia la pista de atletismo. Allí corría otros cinco mil metros dando vueltas al impecable circuito. Esa parte de la rutina deportiva se le hacía más pesada, porque le aburría correr en círculos. Su vida ya era suficientemente circular y repetitiva. Aun así, tenía que admitir que el entrenamiento le gustaba y se sentía bien cuando por fin terminaba con una ducha caliente.

Y si las mañanas antes de clase las dedicaba a gastar las suelas de las zapatillas de deporte, buena parte de las tardes las destinaba a la lectura.

Había comenzado a leer *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, de Haruki Murakami, en una edición de la biblioteca muy usada y llena de anotaciones. Huques le había anunciado que iban a leer siete

novelas, elegidas por él sin orden cronológico. De hecho, el profesor prefería empezar por la más contemporánea de la selección.

Irene nunca antes había leído a un escritor japonés, así que temía que aquello fuera una lata. Sin embargo, enseguida se sintió atrapada por la historia de la pareja protagonista, Hajime y Shimamoto, a la vez que la intrigaban las notas en los márgenes de las páginas.

Había dos tipos de comentarios que provenían claramente de personas diferentes. Los primeros estaban escritos con pluma estilográfica. La caligrafía era pequeña y bonita, y el final de cada línea tenía cierta tendencia a desviarse hacia arriba. Las otras anotaciones estaban hechas a lápiz con una letra bastante más descuidada. Ella dedujo que las primeras las había escrito una persona mayor y las segundas alguien más joven y apresurado. En todo caso, ambas conformaban una especial guía de lectura que la ayudaba a entender el primer libro de su nueva asignatura extraescolar: «gramática del amor».

Al sur de la frontera, al oeste del sol cuenta la

historia de Hajime, que en japonés significa «principio». Hasta los doce años era un chico acomplejado que se sentía diferente del resto de sus compañeros de escuela. Irene comprendía muy bien esa sensación. No en vano ella era la «forastera». Pero Hajime entabla una profunda relación de amistad con Shimamoto, una niña extraordinaria de su clase.

Muchos años más tarde ambos se reencuentran e intentan resucitar aquel primer amor, en circunstancias mucho más complicadas que las de su infancia.

A Irene le gustó sobre todo la primera parte del libro, ya que le fascinaba la relación de Shimamoto y Hajime a los doce años. Ambos eran hijos únicos, como ella, y se reunían cada tarde para tomar el té y escuchar viejos discos de vinilo. La lectura la transportó a un tiempo pasado y le hizo pensar en Marcos *el Raro*, su único amigo a los once años, a quien no veía desde entonces. ¿Qué habría sido de aquel chico? Le había perdido la pista cuando la familia de él se había mudado a otra ciudad, mucho antes de su traslado a Cornualles.

Las primeras notas manuscritas venían después de un fragmento especialmente bello que había dejado impresionada a Irene:

Me tomó de la mano una sola vez. Fue un día que me llevaba a algún sitio, y el gesto decía: "Rápido, es por aquí". Nuestras manos permanecieron unidas como mucho diez segundos, pero a mí me parecieron treinta minutos. Y cuando me soltó, deseé que el contacto no se hubiera interrumpido. Yo sabía, sabía que ella me había cogido la mano de una manera espontánea, pero que, en realidad, lo había hecho porque deseaba hacerlo. Aún hoy recuerdo el tacto de su mano aquel día. Es un tacto diferente a cualquier otro que haya experimentado después. Es simplemente la mano pequeña y cálida de una niña de doce años. Pero en aquellos cinco dedos y en aquella palma se concentraban, como en un catálogo, todas las cosas que yo quería saber, todas las cosas que tenía que saber. Y ella, al tomarme de la mano, me las enseñó. Me enseñó que en el mundo real existía un lugar como aquél. Durante diez segundos tuve la sensación de

haberme convertido en un pajarillo perfecto. Surcaba el aire, sentía el viento. Desde las alturas, podía ver paisajes lejanos. Tan remotos que no era capaz de vislumbrar con claridad lo que había. Pero supe que existían. Y que algún día iba a visitarlos. Esa certeza me dejó sin aliento, me hizo estremecer.

A la derecha de aquel párrafo de la novela, alguien había escrito a pluma:

PRIMERAS VECES.

PAJARILLO PERFECTO:

¡PERFECTA DEFINICIÓN DEL AMOR!

Justo debajo, en lápiz, se leía:

B. Y YO PASEANDO

A LA ORILLA DEL MAR,

CUANDO CON ELLA

TODO ERA POSIBLE.

La referencia al mar la intrigaba. Intuía que el lector del lápiz era alumno del colegio, o al menos alguien que había pasado por allí en algún

momento. ¿Quién sería? ¿Y quién sería esa B. junto a quien todo era posible?

En cualquier caso, Irene también creía que aquel párrafo de Murakami resumía muy bien lo que era el amor. Estar enamorado es sentirse ante un catálogo maravilloso lleno de infinitas posibilidades. Es saberse un pajarillo perfecto que patrulla los cielos sintiendo que ha encontrado su verdadera razón de ser, su centro, su motivo.

Lástima que a ella la habían derribado de una perdigonada traidora cuando empezaba a levantar el vuelo, pensó.

Irene mordisqueaba su lápiz rojo —quería tomar sus propias notas—, totalmente concentrada en el libro. Mientras el viento húmedo agitaba su cabello, la tarde avanzaba sin que se diera cuenta. Sentada en la plaza del estanque, con la mano libre aferraba un vaso de chocolate caliente con el que trataba de engañar al frío.

Pasó cerca de ella Heather, que la saludó sin muchas ganas. Irene correspondió vagamente a su saludo, todavía enfrascada en la lectura.

Luego pasó él, y las letras de las páginas se volvieron borrosas.

Liam caminaba en dirección al acantilado de la mano de Rosalinde, una chica muy guapa de su clase. El cabello liso y suelto de la chica, de un castaño reluciente, asomaba por debajo de su gorro de lana.

A Irene no le quedaban bien los gorros. Le hacían los ojos pequeños y parecía una mema con un casquete de lana en la cabeza. En cambio, a Rosalinde aquel accesorio le sentaba como un guante, e incluso resaltaba sus enormes ojos verdes.

En aquel momento, Liam le susurró algo al oído que la hizo sonreír. Sonreía y se apartaba de la cara un mechón de pelo. Él la miró con ternura y aprovechó para agarrarla suavemente por el hombro, con un gesto que a Irene le resultaba dolorosamente familiar.

Se preguntó si Rosalinde formaba parte de las diez princesas o si era una nueva «adquisición» que engrosaba la lista. Cerró el libro de golpe, abrumada por la intensidad de su pena, y decidió que aquella tarde iba a necesitar un entrenamiento extra.

Evitó el camino del acantilado, ya que Liam y

Rosalinde parecían dirigirse hacia allí, y fue directa hacia la pista de atletismo. Ya era de noche, pero varios focos muy potentes iluminaban toda la zona de entreno.

Irene empezó a correr por el carril exterior, primero con un trote tranquilo. Enseguida aceleró en un *sprint* interminable, dispuesta a calmar su inquietud aunque se quedara sin respiración.

Si corría con todas sus fuerzas pronto se arrancaría del corazón la imagen de Liam, se decía para calmarse. *Liam charlando con la chica. Liam tomándola del hombro. La primera vez que le cogió la mano A ELLA. La primera vez que compartieron un refresco, una situación que le pareció natural y a la vez deliciosamente íntima. Sus manos, sus dedos largos y finos, las dos pequeñas arrugas que se le dibujaban a los lados de la boca al sonreír..* Aceleró aún más, ayudándose con los brazos pegados a los costados, a la vez que trataba de capturar algo de oxígeno para seguir respirando.

—Eres un maldito rayo, pero si sigues corriendo así vas a lesionarte —dijo una voz detrás de su

espalda.

Irene aflojó un poco, y quien había hablado la alcanzó.

—¿Sabes que corres muy deprisa?

Le pareció que aquel chico le sonaba, aunque no lograba situarlo. Era bastante más alto que ella, pero también muy delgado. Tal vez fuera un curso por delante del suyo. El corredor se había colocado en el carril contiguo y se empeñaba en darle conversación.

—No me contestes. ¡Seguro que no puedes ni hablar! Incluso a mí, que soy corredor de fondo, me cuesta seguirte. Hazme caso: si corres así te vas a lesionar. Me he fijado en que vienes cada día, pero nunca te he visto hacer estiramientos.

—¿Estiramientos?

Tras bajar el ritmo, Irene había recuperado algo de resuello para contestar a aquel chico tan inoportuno, aunque seguía ofuscada y rabiosa con Liam y su nueva acompañante.

—Sí, antes y después de correr debes estirar los músculos de las piernas. Si no lo haces, puedes acabar la carrera a la pata coja. Y... ¡adiós competición! ¿Quieres que te enseñe a hacerlo?

Venga, te espero frente al cobertizo donde guardan la utilería.

Dicho esto, no esperó respuesta y se alejó corriendo en dirección opuesta a la de Irene. Ella siguió con su carrera a un ritmo más pausado aún, tratando de recordar cómo se llamaba aquel pesado. Estaba segura de que su nombre empezaba por «m». Se acordaba porque se parecía un poco a Marcos, su amigo de la infancia. Era curioso que hubiera pensado en Marcos *el Raro* dos veces en el mismo día.

Marcelo, que así se llamaba el chico, le enseñó los estiramientos básicos. Mientras ella los ejecutaba con hastío, él le explicó que formaba parte del equipo de atletismo de Saint Roberts. Corría todas las carreras de fin de trimestre. Los diez atletas con mejor tiempo competían entre sí en la media maratón de fin de curso. Reconoció que la había corrido dos veces, aunque nunca había ganado.

Irene casi no lo escuchaba, ya que sus pensamientos seguían estando muy lejos, en el acantilado, y Marcelo parloteaba sin cesar acerca de cosas intrascendentes.

Después de cinco minutos, ella se sintió incapaz de soportar más cháchara acerca de músculos, ácido láctico y pulsímetros para medir los latidos del corazón. Le dio las gracias y, sin más explicaciones, dio por acabada su sesión de estiramientos conjunta. Puso rumbo hacia su cuarto, sin mirar atrás a un desconcertado Marcelo que se preguntaba qué diablos le pasaba a aquella chica que corría tan rápido.

5. LA PRIMERA VEZ

Peter Hugues depositó dos tazas humeantes sobre una pila de libros que hacía de mesita en su despacho. Irene tomó una de ellas con ambas manos y bebió un sorbo de té fuerte y especiado. Tendría que acostumbrarse a aquel brebaje si quería ser una más en Cornualles, se dijo mientras miraba por la ventana. El cielo era de un azul tan intenso que le dolían los ojos.

El profesor se sentó en una silla frente al diván de escay marrón donde ella, nerviosa, cruzaba y descruzaba las piernas a la espera de veredicto. Acababa de entregarle un breve ensayo acerca de *Al sur de la frontera, al oeste del sol*. Peter le había pedido que, en lugar de un comentario de texto, realizara un trabajo muy personal sobre las impresiones y los sentimientos que le había despertado aquella lectura.

Irene había titulado su ensayo LA PRIMERA VEZ, ya que Murakami le había hecho pensar en la importancia del primer amor y en cómo llega a modelar la vida de una persona. Una de sus conclusiones había sido: «*Somos lo que queda de nosotros cuando nos rompen el corazón por primera vez.*»

El protagonista de la novela describía a la perfección un sentimiento que, a pesar de su poca experiencia, a Irene ya le era conocido: la certeza de que nuestro mundo se convierte en un lugar inhóspito cuando desaparece la persona amada. Hacia el final de la novela, Hajime se sienta en el bar de jazz del que es dueño. Lo que en otro tiempo le había parecido un lugar acogedor y glamuroso, sin la presencia de Shimamoto es una tabernucha vulgar desprovista de encanto.

En esa parte del libro había una nota a pie de página del lector de la estilográfica —una cita con autor y todo— que ella se había permitido incluir en su trabajo:

*NO ESTÁS ENAMORADO DE ELLA,
SINO ENAMORADO DE LA VIDA A TRAVÉS DE ELLA.*

También Irene había sentido los últimos días que los colores de Saint Roberts habían perdido brillo. Sin embargo, la lectura del japonés le había servido para darse cuenta de algo muy importante: en su ofuscación tras la humillación sufrida, no había sabido ver desde un principio que Liam *no* había sido su primer amor.

El flechazo había sido fulminante, sin duda, tal vez porque se había sentido muy especial al saberse elegida por él. Pero ahora se daba cuenta de que sus corazones nunca habían llegado a tocarse. ¿Qué sabían el uno del otro? Nada. Empezaba a intuir que cuando amainara la tempestad romántica, en su interior descubriría que todo había sido una fascinación efímera.

En cambio, hacía días que recordaba a Marcos *el Raro*, su amigo de infancia. Aquel niño tímido y desgarbado le había dejado una profunda huella.

¿Se puede hablar de amor a los once años? Era la edad que tenían cuando habían dejado de verse, pero Irene sabía que ese sentimiento había existido. Un amor inocente y puro, de tardes

interminables frente a un libro ilustrado que leían por turnos, de refrescos calientes que sorbían de la misma botella, de chicles gigantes y pequeñas fantasías compartidas.

El pajarillo perfecto de Murakami la había transportado a una tarde de domingo, a principios de invierno. Habían estado leyendo una adaptación de los cuentos de Poe mientras fuera llovía a cántaros. Estaban sentados sobre la alfombra de Irene, que se había asustado con la historia de *El corazón delator* y le había pedido que dejaran de leer. Marcos *el Raro* se había quedado pasmado, como le sucedía algunas veces; enseguida volvía a la normalidad y retomaba la conversación como si nada hubiera sucedido.

Pero aquel atardecer de lluvia hizo algo diferente. Sin previo aviso, se inclinó sobre su amiga y la abrazó. La lluvia repicaba más fuerte sobre los tejados, como si quisiera acompañarse con los latidos de ellos dos.

Irene nunca olvidaría el suave temblor del cuerpo de Marcos contra el suyo, así como la cara ardiente de él sobre su cuello. Con una seguridad desconocida para ella, lo atrajo un poco más hacia

sí y le acarició la nuca mientras permanecían abrazados en silencio.

Sólo hablaban la lluvia y sus corazones desbocados.

No se besaron, pero Irene recordaba haberse sentido completamente unida a él, como si estuvieran atados por un hilo invisible, cálido y sedoso. Luego, Marcos se separó de ella y dijo que tenía que volver a casa.

Aquello no se volvió a repetir, ni lo mencionaron nunca en sus conversaciones, aunque a partir de aquella tarde ella deseó que sucediera de nuevo. Cuando él le anunció por teléfono que se mudaba con su familia, sintió que algo importante quedaría para siempre en el aire, como si le hubieran arrancado el final de una novela que la había tenido atrapada y de la que no existía ningún otro ejemplar.

* * *

—¿Dónde tienes la cabeza, chiquilla?

Irene se dio cuenta de que Hugues había terminado de leer los tres folios a doble espacio

que acababa de darle su única alumna.

—En ningún sitio particular —repuso insegura—, sólo esperaba su opinión sobre mi trabajo.

Irene se dio cuenta de que estaba ansiosa. Peter era muy amable con ella y quería gustarle. Pero, reservada como era, le incomodaba que un extraño supiera tanto sobre sus sentimientos más íntimos. Se frotó los brazos, sintiéndose indefensa y frágil ante la mirada de su profesor, que depositó con cuidado las hojas de papel encima de la mesita. Luego alzó las cejas y sonrió.

—Al principio, tuve dudas acerca de si era el autor adecuado para iniciar la gramática del amor, pero al leer tu trabajo veo que lo has entendido muy bien. Hay comentarios brillantes. Y me ha gustado que relaciones la lectura con tu primer romance.

Irene le devolvió la mirada con timidez.

—¿Tan raro era ese Marcos? —añadió Hugues de repente.

—Sí que lo era. Nunca he conocido a nadie como él. Tal vez por eso lo echo tanto de menos, aunque no me había dado cuenta hasta ahora.

Irene se arrepintió enseguida de haber

expresado tan abiertamente sus sentimientos. No hablaba de ellos con nadie y, por más que Peter le gustara, se sentía estúpida y ridícula. Para sacudirse de encima esa sensación, decidió decir:

—Profesor Hugues, ¿por qué estamos haciendo esto? Ya le expliqué que no voy a tirarme por ningún acantilado.

El dirigió la vista hacia la ventana mientras respondía:

—Hay acantilados más profundos y peligrosos que los de Cornualles. Están dentro de cada persona y resulta difícil salvarse cuando caes en ellos —hablaba como si estuviera muy lejos de allí; luego miró a Irene—. Pero has venido aquí para hablar de novelas de amor. Todas las que te van a acompañar este trimestre son muy especiales. Yo las leí por primera vez con mi mujer en voz alta, como hacías tú con Marcos.

—¿Están divorciados, como mis padres? —se atrevió a preguntar ella.

—No, Irene. Mi mujer murió hace dos años.

—Lo siento mucho. No quería...

Peter levantó la mano y la dejó caer sobre su regazo para decirle que no se preocupara. Luego le

llenó la taza de té mientras volvía a su ensayo:

—Me gusta eso que has escrito sobre el primer amor: *«A menudo basta con saber que has sido elegida para que te enamores de la persona que te encuentra especial. ¿No será el primer amor la sorpresa de que alguien, entre la multitud, te señale justamente a ti? Quizás por eso es tan emocionante»*. Bravo, Irene.

Acto seguido, el profesor se puso en pie y anunció:

—Por hoy hemos terminado. Hasta el miércoles que viene.

* * *

Tendida en la cama de su habitación, Irene no podía dejar de pensar en el profesor. Repasaba, una y otra vez, las palabras elogiosas que le había dirigido en su despacho. A Peter le gustaban sus escritos y le había dicho que, si se lo proponía, podía llegar a ser escritora o periodista.

¿Escribiría él?, se preguntaba. Con tantos libros a su alrededor, sería extraño que al menos no lo hubiera intentado.

Nadando entre recuerdos cada vez más dispersos, un agradable cosquilleo se instaló en su estómago al evocar las manos de Peter alrededor de su cintura, el día del acantilado, cuando él creía erróneamente que se iba a suicidar.

Irene se ruborizó al darse cuenta de que estaba pensando en el profesor de gramática de un modo... de *aquel* modo.

Para apaciguar sus ensoñaciones, se dio la vuelta en la cama y abrió la primera página de *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. Se lo había prestado él de su propia biblioteca antes de que abandonara el despacho. Aspiró con fuerza el olor a papel viejo que se desprendía de sus páginas.

Jane Austen olía a Peter Hugues.

Suspiró y se dispuso a pasar una agradable noche en el universo romántico que prometía el libro nada más comenzar:

Es una verdad generalmente admitida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, debe tomar esposa.

«Sí que empezamos bien», pensó, imaginando

una novela llena de las típicas escenas románticas y plagada de lugares comunes. Por divertirse un poco, se puso a contar las veces que aparecían en la primera página las palabras «soltero», «casado» y los derivados de las dos. Contó un total de cuatro «solteros», un «casadera» y un «casado».

Al menos, la autora dejaba claro de qué iba la historia desde el principio.

Siguió leyendo sin mucho interés y pronto se encontró bostezando y luchando por no dormirse. De repente se sentía muy cansada. Los párpados le pesaban y poco a poco empezó a caer en las redes de un profundo sopor, en el que se fue hundiendo sin remedio con las páginas del libro resbalando entre los dedos.

* * *

Irene corría con el corazón encogido, sin poder contener los sollozos. Se dirigía al acantilado a toda velocidad, tan rápido que ni veía las piedras del camino, que la hacían tropezar y perder el paso. Las lágrimas surcaban sus mejillas y le

emborronaban la vista.

Sabía que alguien iba tras ella, y esa certeza, en lugar de hacerla desistir de su loca carrera, la hacía apresurarse aún más. Sólo quería correr, correr sin parar, huir de la honda tristeza que la atormentaba.

Peter Hugues no se quedaba atrás, e Irene podía notar su presencia cada vez más cercana, pero nada ni nadie podía pararla. Apretó con más fuerza el libro que sujetaba con una mano contra su costado derecho.

Y entonces se detuvo.

El viento soplaba tan fuerte, allí en el abismo, que dejó de oír los pasos de su perseguidor, pese a que había llegado al borde del acantilado casi a la vez que ella. Sólo cuando Irene pudo notar el aliento de él sobre su nuca recordó que no estaba sola en el rincón más solitario de Saint Roberts.

—Irene —susurró el profesor con tono preocupado.

—Ya sabe que no voy a saltar, no hacía falta que me siguiera —dijo ella todavía llorando.

El profesor no respondió, y ella giró levemente la cabeza para ver si continuaba allí. De repente

notó sus manos sobre su cintura y supo instintivamente que él la agarraba con una urgencia distinta que la de la primera vez.

—Irene —repitió.

Ella se sorprendió al comprobar que el azul claro de sus ojos casi había desaparecido, reemplazado ahora por un tono mucho más oscuro, líquido y casi negro. Él soltó una de las manos de su talle y le limpió con cuidado una lágrima rezagada. Irene sintió que su cuerpo se encendía, como si por fin alguien hubiera localizado un interruptor oculto en alguna parte de su ser. Seguía todos los movimientos del profesor de gramática como si estuviera hipnotizada. Tomó el dedo que él había utilizado para enjugarle la lágrima y, sin pensar en lo que hacía, se lo llevó a los labios y lo besó. Luego fue deslizándose los otros cuatro por su boca tomándose su tiempo y sin dejar de mirarlo en ningún momento.

Peter suspiró, y ella, consciente del nuevo poder que acababa de adquirir, condujo la mano que había tomado hasta su seno y la mantuvo allí con firmeza, mientras su corazón latía enloquecido.

Sus labios no tardaron en encontrarse, e Irene

sintió cómo el aliento fresco de él se mezclaba con el suyo. De inmediato sus piernas y sus brazos se aflojaron, como si su cuerpo hubiera estado esperando aquel beso como una señal desde hacía una eternidad. Su mano derecha, que todavía aferraba *Orgullo y prejuicio*, también se destensó, y el libro cayó sobre una piedra con un *clonc*.

* * *

El sonido del libro al caer, al lado de la cama donde se había quedado dormida sin remedio, la despertó abruptamente. Recogió la novela del suelo y apagó la luz, consciente de que las imágenes de aquel sueño perturbador se le iban a aparecer muchas veces a partir de aquella noche.

6. UNA FIESTA CLANDESTINA

Irene decidió pasar por la biblioteca al terminar las clases del jueves. Quería devolver el libro de Murakami y hacerse con algunas lecturas que la ayudaran a sacar más provecho de *Orgullo y prejuicio*.

Sin pretenderlo, se estaba convirtiendo en una alumna aplicada de la gramática del amor y quería mimar al máximo su trabajo sobre la novela de Jane Austen. Además, aunque su orgullo le impedía reconocerlo, deseaba impresionar a Peter Hugues.

Se sentía un poco tonta por albergar algún tipo de sentimiento hacia él, por más que se decía que era lógico que la atrajera. Era muy guapo, con aquellos ojos azules y tristes. A los dos les gustaban los libros y el deporte y, además, ¡Peter había intentado salvarle la vida!

Irene luchaba para alejar las imágenes del profesor que se colaban en su cabeza cuando bajaba la guardia. Por encima de todo, no quería hacer el ridículo. Una vocecilla interior le decía que ella no era suficientemente interesante y guapa, y no quería pasar por el penoso trance de ser rechazada de nuevo.

Hugues era su profesor, tenía más de treinta años, y ella, una chiquilla de dieciséis, no tenía ninguna posibilidad de atraerlo. Mejor encerrarse como una ostra en su concha y no mostrar demasiado de sí misma.

Sin embargo, a veces otra vocecilla la instaba a dejar a un lado el miedo. Peter se tomaba muchas molestias con ella, tal vez porque la consideraba una persona especial. La lucha entre las dos voces la hacían ir de cráneo, así que aquella tarde decidió concentrarse más en el trabajo y desechar esos pensamientos extravagantes.

La biblioteca estaba en el subterráneo del colegio, al que se accedía bajando unas estrechas escaleras de madera. El personal de mantenimiento las enceraba cada semana con tanto ahínco que no era raro presenciar algún que

otro peligroso resbalón de los alumnos que se aventuraban a bajarlas.

Irene cruzó las gruesas puertas de la estancia y divisó al bibliotecario tras el mostrador. A su izquierda habían instalado ordenadores de grandes pantallas planas que contrastaban con el vetusto y contundente mobiliario. Josh, el joven bibliotecario, había logrado poner en marcha un sofisticado programa informático que convertía la búsqueda de libros en un juego de niños.

Ella sonrió abiertamente al verlo. Aquel chico excéntrico de modales desenvueltos le caía muy bien. Con sus gruesas gafas de pasta negra y su pelo oscuro alborotado, se afanaba en pasar el plumero por algunos de los volúmenes más antiguos que tenía a su cuidado. Sus movimientos dibujaban pequeños círculos alrededor de la estantería, como si estuviera ejecutando una extraña danza. Irene se lo imaginaba bailando delante de toda la escuela, plumero en mano, en el auditorio de Saint Roberts.

Josh intuyó su presencia y detuvo en seco su ritual de limpieza.

—Vaya, vaya, quién tenemos aquí... ¡Mi ratita de

biblioteca preferida! Es un honor volverte a ver — dijo, inclinando la cabeza en una reverencia—. ¡Y nada menos que dos veces en la misma semana! Irene, tengo que advertirte: lo tuyo empieza a ser preocupante. Deberías leer un poco menos y buscarte compañías más edificantes, además de los libros.

—Déjalo, Josh. Y no te escaquees del trabajo o te van a quitar la beca.

El bibliotecario tenía la costumbre de tomarle el pelo, pero a Irene le resultaba tan simpático que se lo permitía, e incluso, pese a su timidez, también bromeaba con él.

Josh trabajaba por las tardes como becario en la biblioteca. Se notaba que estaba encantado de estar ahí. Era un enamorado de los libros y disfrutaba al ordenarlos, cuidarlos y tocarlos.

A Irene le resultaba llamativo que aquel chico despeinado, siempre vestido de negro, pasara las horas muertas leyendo a Franz Kafka y acariciando los lomos encuadernados en piel de los ejemplares más antiguos, como si fueran sus mascotas. Su aspecto era más bien el de un *geek*¹

que dedicara su tiempo a piratear webs del gobierno o a crear complicados juegos de ordenador.

—Toma, te devuelvo a Murakami.

—Gracias, no sé cómo he podido estar tantos días sin él. Es una lástima que haya dejado de escribir novelas de amor como ésta. ¡Es de primer rango! ¿Has leído *Tokio Blues*?

Antes de que ella pudiera contestar, Josh le comentó atropelladamente la bibliografía completa del autor japonés, repitiendo la «conferencia» que ya le había soltado el día que había ido a retirar el libro de sus dominios.

Irene no pudo contener un bostezo.

—Me parece que te estoy aburriendo. Pero seguro que no sabías que a Murakami le gusta correr, como a ti.

Esta información sí le pareció curiosa, así que apoyó los codos sobre el mostrador y se dispuso a escucharlo con más atención.

—Hace poco escribió un libro donde explica sus experiencias como corredor y novelista. Se titula *De qué hablo cuando hablo de correr*. Creo que te

puede interesar, porque te he visto practicando en la pista de atletismo.

Irene recordó también haberlo visto alguna vez merodeando por las gradas con un libro en la mano y su iPod enchufado.

—¿Y qué tiene que ver correr con escribir una novela?

—Pues muchas cosas, ratita. En una carrera de larga distancia, el peor oponente que tiene que vencer un corredor es él mismo, ¿no es así? Del mismo modo, escribir es un «deporte» tremendamente individual. Murakami dice que el verdadero escritor no se motiva con cosas externas como ganar un premio, vender millones de ejemplares u obtener una buena crítica. Su motivación es llegar a escribir con la calidad y autenticidad que se ha fijado como meta personal. Ya ves que se trata de cosas equivalentes... Tú corres porque quieres superarte a ti misma. ¿O me equivoco?

Irene no sabía por qué corría. Básicamente lo hacía porque Hugues se lo había impuesto, pero poco a poco se daba cuenta de que los entrenamientos cobraban importancia en su vida.

Le hacían bien y la ayudaban a serenarse. Correr se estaba convirtiendo en su vitamina diaria, un espacio sólo para ella donde se sentía libre y ligera. Sólo sus pies estaban en contacto con el suelo, mientras su mente volaba lejos de todo hacia un confortable vacío donde nada ni nadie podía hacerla daño. Ni el divorcio de sus padres, ni la lejanía de sus amigos y de su familia, ni el desengaño amoroso de Liam.

—¿Y qué más dice el maestro Murakami? — preguntó eludiendo la cuestión— Se le deben de ocurrir grandes ideas mientras corre.

—Pues no creas. Dice que lo hace para estar solo y vaciar su mente. Los pensamientos que aparecen en su cabeza mientras corre son nubes en un cielo de verano. Vienen y van, como invitados de una fiesta en la que están de paso. Sólo el cielo permanece inamovible.

Impresionada por las palabras de Josh, con las que tanto se identificaba, Irene se rindió:

—De acuerdo, me has convencido. Me llevo el libro.

Josh lo sacó de debajo del mostrador, como si lo tuviera preparado de antemano, y se lo alarzó

haciendo una graciosa reverencia que le alborotó el pelo aún más. Luego intentó que se llevara otros ejemplares que había seleccionado «sólo para ella».

Irene rehusó, entre risas, al ver que la pila de libros sumaba una docena. Le prometió, eso sí, que tendría en cuenta sus recomendaciones y que la próxima vez vendría con un saco... o mejor con una carretilla para poder transportar todos aquellos volúmenes.

* * *

Al entrar en su habitación notó un fuerte olor a perfume. Luego oyó la caída de algo metálico tras la puerta del lavabo, seguido por una exclamación de fastidio. Supuso que Martha se encontraba ya en el cuarto y arrugó la nariz ante la montaña de ropa desperdigada sobre su cama y sobre el escritorio que ambas compartían.

Martha también la había oído y le lanzó uno de sus gorjeos de pajarito para asegurarle que no tardaría en salir.

Cuando lo hizo, Irene apenas pudo reprimir un

respingo. Estaba claro que se había vestido «para matar». Su estilo habitual a la hora de arreglarse no era demasiado elegante, pero en esta ocasión se había superado. Su indumentaria recordaba a la de las turistas que salían de marcha por las discotecas de la Costa Brava.

Llevaba un vestido negro cortísimo y brillante con un escote de impresión, acentuado por un sujetador *push-up* que lo alzaba todo y dejaba escasos centímetros de piel a la imaginación. Calzaba sandalias de tacón abiertas, más apropiadas para un verano del Mediterráneo que para el frío de Cornualles. Y, por supuesto, las usaba sin medias.

Se había recogido el pelo largo y rubio en un moño muy elaborado que recordaba lejanamente al de Amy Winehouse.

El maquillaje y los complementos no se quedaban atrás: Martha se había pintado como una puerta, con sombras y máscara azul chillón como sus ojos. Un rojo llameante decoraba sus labios finos y, por si fuera poco, se había echado encima todas las pulseras, colgantes y anillos de su joyero. Remataba el *look* una ancha diadema de

strass que brillaba medio oculta en su pelo cardado.

—¿A que estoy sexy? —preguntó mientras giraba orgullosa sobre sí misma.

Su compañera de cuarto se sobrepuso a aquel espectáculo y le dijo que sí con una vehemencia exagerada. Luego se quitó la chaqueta y comenzó a despejar el escritorio, antes de sentarse a hacer los de-beres.

—Pero... ¿estás loca? ¡Nada de eso! Deja ya ese coñazo de libros y vamos a vestirme, que tenemos poco tiempo.

Irene no entendía nada. Los jueves no se podía salir del internado. La noche libre de los alumnos era el viernes, así que ¿para qué se había vestido Martha como un árbol de Navidad?

—¿Poco tiempo para qué? ¿Y adónde vas tú?

—¡Ah, *chérie!*

Alerta roja. Irene estaba asustada. Sabía que cuando su compañera empezaba a hablar en otros idiomas se avecinaban problemas. No tardó en obtener la confirmación a sus temores:

—Tengo una sorpresita para ti... Vamos a dar una fiesta, ¡una fiesta secreta!

Al ver su expresión alarmada, Martha le explicó que había invitado sólo a dos chicos, «uno para cada una», y que la diversión le vendría muy bien para olvidar a Liam.

—Se te está poniendo cara de amargada de tanto pensar en él —prosiguió—. Un poco de diversión te vendrá bien para... ¿Cómo dicen en tu país? Algo de un clavo oxidado que...

—Un clavo saca a otro clavo —rectificó Irene, que notó cómo el calor subía por su rostro y la sangre le hacía palpar las sienas—. Martha, no necesito tu ayuda. Y sabes muy bien que está prohibido invitar a gente a las habitaciones pasadas las ocho de la tarde. ¡Nos vamos a meter en un buen lío!

—No seas mojigata. Escúchame bien: he encontrado un chico maravilloso para ti. ¡Te va a encantar! Estoy segura de que congeniaréis mucho. Y nadie se va a enterar, no temas, pondremos la música muy bajita.

A partir de ese momento se dedicó a ignorar las objeciones de Irene, que veía cómo la situación se le escapaba de las manos, mientras su compañera

de cuarto no paraba de moverse por la habitación recogiendo prendas y zapatos horteras.

Pronto se encontró frente al espejo de cuerpo entero tratando de esquivar, horrorizada, los intentos de Martha por colocarle alguno de sus modelitos de fiesta, todos ellos brillantes y ajustados.

La inglesa había puesto música de su grupo favorito, Muse, y mientras los acordes de *Supermassive Big Hole* llenaban la habitación, Irene trató de adivinar quiénes podían ser los invitados sorpresa de la fiesta. Su compañera se negaba a revelar nada e insistía en que les quedaban quince minutos para prepararse antes de que llegaran los chicos con las bebidas.

—Mira, he robado esto de la cocina —dijo señalando una bandeja de pastelillos de aspecto dudoso.

Tras varias pruebas, Irene se impuso y eligió un vestido negro vaporoso, favorecedor pero bastante discreto, que le caía justo sobre la rodilla. Martha le prestó un colgante en forma de corazón y ambas llegaron a un pacto acerca del maquillaje.

—Tienes unos ojos preciosos, pero los

aprovechas poco. Déjame hacer.

Irene accedió, aunque sustituyó el tono extremado que le proponía para los labios por un suave brillo rosado. Se sorprendió al contemplar el resultado en el espejo.

Se había dejado la melena oscura suelta, y el pelo le caía con gracia sobre los hombros en unas suaves ondas que enmarcaban su rostro triangular. Martha le había trazado una fina raya negra sobre los ojos castaños, acentuando su forma felina y dando relieve a sus espesas pestañas.

Completaban el conjunto unas bailarinas negras—Irene odiaba los tacones— que eran cómodas y elegantes a la vez.

Martha se admiró:

—¡Estás espectacular! Podrías enseñar algo más de carne, pero... ¡vas a triunfar! Tienes que aparcas de una vez las sudaderas y los pantalones anchos: así estás mucho más guapa.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su charla. Martha se puso un poco más de perfume en el escote, le recolocó el flequillo a su amiga y anunció:

—Debe de ser él. ¡Prepara la mejor de tus

sonrisas!

Irene estaba nerviosa. De repente se sentía muy ridícula, tan emperifollada tras aquella sesión de estilismo a la inglesa. Al abrir la puerta tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa.

¡Era Josh! Aturdida, retrocedió un paso.

El bibliotecario estaba muy diferente sin sus gruesas gafas de pasta y con los cabellos peinados hacia atrás. Irene nunca hubiera imaginado que tras sus viejas camisetas y su pelo despeinado se ocultaba un rostro bellísimo, de rasgos delicados y femeninos.

Se ruborizó al imaginar que pasaría toda la noche a su lado como carabina de Martha y su nuevo ligue.

Él se echó a reír en cuanto la vio:

—¡Pero Irene! No sabía que las ratitas de biblioteca organizaran fiestas clandestinas...

Martha, incómoda ante la familiaridad de aquellos dos, le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí con un gesto posesivo. Le dio un rápido beso en los labios que dejaba claro que Josh era territorio prohibido para Irene.

Ella se sintió confundida. Entonces, ¿quién iba a ser su pareja?

Tres golpes en la puerta de la habitación le anunciaron que estaba a punto de saber la respuesta.

1. Término que se emplea para referirse a una persona fascinada por la informática.

7. LA LLAVE DE LA PUERTA EQUIVOCADA

Martha estaba demasiado entretenida contoneándose delante de Josh para preocuparse por nada más, así que le tocó a Irene abrir la puerta. Su corazón latía a mil por hora sólo con pensar en aquel chico supuestamente perfecto que su compañera le había encontrado. Nunca había vivido una doble cita, pero sabía por las historias que le habían contado que aquellos experimentos nunca terminaban bien.

De la aprensión pasó directamente al fastidio al ver tras el umbral al último invitado que esperaba encontrar en aquella maldita fiesta. Definitivamente, Martha no sólo tenía mal gusto para la ropa y el maquillaje, sino también a la hora de escoger pareja a sus amigas.

Se trataba de Marcelo, el pesado de la pista de

atletismo que siempre la perseguía para que hiciera estiramientos.

Instintivamente pensó en cerrarle la puerta en las narices, pero con dos pasos rápidos él se plantó dentro de la habitación. Vestía como si acabara de salir de la ducha tras un entrenamiento, con un inapropiado chándal de felpa gris, zapatillas deportivas y el pelo castaño todavía húmedo peinado hacia un lado. En la mano sostenía, como si fuera dinamita a punto de explotar, un ramo de flores que Irene supuso que eran para ella.

—Estás muy guapa —dijo entregándole aquel obsequio *démodé*—. Te he traído esto.

—Gracias, pero no hacía falta.

Tras estas palabras, los dos se quedaron mudos en medio de la habitación.

Irene estaba muy enfadada con Martha por haberla metido en semejante berenjenal. ¿Era aquél el maravilloso acompañante que iba a hacerle olvidar sus penas de amor? No conocía a nadie más insípido que él. Ya le resultaba insufrible en la pista para tener que aguantarlo ahora en su propia habitación.

Marcelo, por su parte, no sabía a qué atenerse. Josh lo había convencido para ir a la fiesta sin contarle muchos detalles. Aunque no le iba nada trasnochar, le había tentado la posibilidad de conocer mejor a la chica misteriosa que se pasaba el día corriendo como una loca. Pero algo iba mal. Ella estaba furiosa y parecía asqueada por su gesto romántico de llevarle flores.

Mientras Martha se pegaba como una lapa a Josh, que lo observaba todo con una sonrisa socarrona, Irene maldecía su suerte. La noche iba a ser muy larga, y a ella le había tocado bailar con la más fea. Su «chico perfecto» le trajo una copa de vino espumoso que sabía a rayos, pero se aferró a la bebida como a una tabla de salvación.

Marcelo la seguía por la habitación como un perrillo huérfano, atento a todos sus deseos y sin atreverse a hablar demasiado para no contrariarla. Tras llenarle la copa por segunda vez, al ver un viejo volumen sobre su escritorio, reunió algo de valor para iniciar una conversación.

—Veo que estás con Jane Austen. *Orgullo y prejuicio*...

—Sí, es para un trabajo.

—He oído decir que estás estudiando algo especial con Byron. ¿Es cierto?

—No lo llames así, su nombre es Peter Hugues —dijo secamente sin responder a su pregunta.

—Bueno, todos aquí lo llaman Byron por esos aires atormentados y románticos que gasta. Pero opino igual que tú: ese apodo no le pega. Es un tipo tranquilo y formal, al contrario que el poeta romántico. ¿Sabías que Lord Byron metió un oso en su residencia mientras estudiaba en Cambridge?

Irene negó con la cabeza. Estaba harta de aquella cháchara sin sentido. Intuía que las lecturas del chico del chándal se limitaban a diarios deportivos, aunque intentara impresionarla con anécdotas literarias recién exprimidas de la Wikipedia.

Para disuadirlo, ella empezó a contestar con monosílabos hasta que él, frustrado, optó por cambiar de tema:

—He estado pensando en tus entrenamientos y se me ha ocurrido una idea para que mejores tus registros. ¿Qué te parece si te hago de liebre?

—¿Y eso qué es? ¿Alguna tradición inglesa

rara?

—Quiere decir que yo correría delante de ti y tú tratarías de alcanzarme. De este modo conseguirás un ritmo parecido al mío. Está demostrado que con este método el tiempo de los atletas mejora muy rápidamente.

—Muchas gracias pero no, prefiero seguir corriendo sola.

—Piénsalo, ¿vale? —insistió, inmune al desaliento—. A mí no me importaría hacer de liebre para ti. ¿Te apetece un pastelillo?

Marcelo tomó de la bandeja un dulce de nata, con tan mala fortuna que le resbaló entre sus dedos hasta zambullirse dentro de la copa de ella. Un pequeño tsunami de champán barato se levantó hasta inundar el escote de Irene y su vestido prestado.

—¡Dios mío! Lo siento...

Irene, hecha una furia, se deshizo de sus torpes intentos por limpiarle las manchas. Tras secarse ella misma con varias servilletas de papel, desvió la mirada hacia su compañera para librarse de seguir hablando con aquel desastre.

Martha había bajado las luces. La música ahora atronaba en la habitación, pese a su promesa de no armar jaleo para evitar ser descubiertas, algo que Irene casi deseaba para poner fin a aquella tortura. Seguía sonando Muse, esta vez con un tema más lento, *I Belong To You*, que dio a la inglesa la excusa perfecta para bailar con Josh. Él la agarró por la cintura con delicadeza y, a cambio, ella apretó sus caderas contra las suyas con decisión. Luego puso las manos sobre su pecho, acariciándolo a la vez que lo besaba lenta y profundamente.

Irene se removió, incómoda, en la cama que les hacía de sofá. «¿Y ahora qué? –pensó—. ¿Se suponía que Marcelo y ella también tenían que enrollarse?»

Él pareció leer sus pensamientos y se acercó un poco más. Sin atreverse a mirarla, como si no estuviera seguro de lo que iba a hacer, dejó caer lentamente la mano sobre la rodilla de ella. Se quedó un rato allí, como una hoja muerta.

Aturdida e incrédula, Irene vio cómo aquella mano iniciaba un precavido ascenso bajo la falda hasta detenerse a medio muslo. Podía sentir cómo

cada uno de sus dedos tanteaba su piel a través de las medias.

Indignada, tras recuperarse del estupor inicial, se levantó como impulsada por un resorte y salió corriendo hacia la escalera exterior.

* * *

—Este vino espumoso es abominable. Yo también necesitaba un poco de aire. ¿Quieres que te traiga la chaqueta? Pillarás una pulmonía con ese vestido.

Su tenaz acompañante la había seguido hasta las escaleras de la residencia y se había sentado junto a ella. El rojo que teñía sus mejillas inglesas revelaba que no estaba orgulloso de lo que había hecho un par de minutos atrás, y ahora trataba de ofrecer una mejor versión de sí mismo.

Irene tenía mucho frío y los nervios a flor de piel. Ya no podía más con aquel simulacro de cita romántica, pero Marcelo estaba decidido a ignorar sus silencios:

—Hace una noche preciosa. ¡Fíjate, cuántas estrellas! Dentro de un mes, con el solsticio de

invierno, será una época perfecta para contemplarlas. Mis padres tienen una granja en la península de Lizard, al sur de Cornualles. Antes de que se instalaran en Australia, cada año organizábamos allí nuestra «noche de las estrellas». ¿Sabías que The Lizard es el punto más meridional de toda Gran Bretaña? Se llama así porque ese pedazo de tierra parece una cola de lagartija.

—Déjalo ya, Marcelo —suplicó Irene, a punto de llorar—. No me interesan las estrellas, ni la geografía, ni... ¿No te das cuenta de que esto no va a funcionar? Por favor, quiero estar sola!

A pesar de la oscuridad, Irene pudo ver cómo el rostro de Marcelo se ensombrecía para luego ruborizarse. Muerto de vergüenza, se despidió levantando suavemente la mano mientras se incorporaba. Luego se alejó caminando con largas y rápidas zancadas hacia la residencia de los chicos.

Irene lo observó súbitamente apenada. Se arrepintió en el acto de haber sido tan dura con él. Marcelo se había esforzado mucho en gustarle, pero ella no soportaba las situaciones en las que

debía jugar un papel que no había elegido. No le gustaba encontrarse con el guión escrito, y menos en cuestiones de chicos. El amor gasta unas bromas muy pesadas, pensó. ¿Por qué todo el mundo parecía tener la llave de la puerta equivocada?

Volvió al pasillo con ganas de echar a la parejita feliz e irse a dormir de una vez, pero se encontró con la puerta de su habitación cerrada. La música había cesado, y en su lugar se oían unos débiles e inequívocos gemidos.

Al comprender que su amiga había conseguido por fin lo que llevaba buscando toda la noche, suspiró resignada y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Mientras cruzaba las piernas y se frotaba las manos para entrar en calor, Irene pensó que, si no la encontraban antes muerta de frío, Martha conocería a la mañana siguiente su furia mediterránea desatada.

8. ORGULLO Y PREJUICIO

El viernes por la mañana, Irene y su compañera de habitación fueron juntas a clase. Martha estaba en una nube después de su noche de pasión con Josh, y por más que Irene trataba de enfadarse con ella y hacerle entender que era inadmisibles echarla de su propio cuarto en plena noche, la inglesa no le prestaba ninguna atención.

Tras arrancarle una vaga promesa de que aquello no volvería a suceder y de que nunca más haría de casamentera, tuvo que darse por vencida. Aquella mañana, su compañera de cuarto no daba para más.

La señorita Wood, la profesora de literatura, entró en clase con sus andares apresurados y uno de sus vestidos de lana color pastel. Como siempre, iba cargada de libros y se puso de puntillas para escribir en la pizarra el título del

tema del día.

Dedicaba cada viernes a monográficos sobre autores o épocas literarias. Irene se puso muy contenta al leer que aquella clase estaría centrada en Jane Austen y su obra más reconocida, *Orgullo y prejuicio*. Precisamente, acababa de terminarla y no le vendría mal tener más información para su trabajo.

Mientras la Wood se disponía a endosarles otra de sus clases magistrales, Martha bostezaba sin ningún disimulo.

—Venga, chicos. Abrid vuestros libros... y vuestros corazones —dijo alborozada, ruborizándose un poco—. Hoy vamos a hablar de una de las mejores novelas románticas que se han escrito nunca. Pero antes conozcamos a su autora, Jane Austen. Martha, por favor, lee su biografía en la página 146.

Martha no se había enterado de la petición de la profesora, inmersa como estaba en su propio universo romántico. Irene se vio obligada a atizarle una sonora palmada en la espalda para que espabilara.

—¡Venga, lee!

—Jane Austen. Novelista británica, nació en 1775 en Steventon, Gran Bretaña, y murió en Winchester en 1817. Jane fue la séptima hija de una familia de ocho hermanos. Fue educada en casa por su padre, pastor protestante, y su vida en plena campiña inglesa discurrió plácidamente, sin grandes acontecimientos que...

A Irene le pareció atrevido por parte del biógrafo afirmar que la vida de la escritora había transcurrido «sin grandes acontecimientos». ¿Y qué hay de lo que pasa por la mente de una persona?

Por lo que ella sabía, a raíz de sus investigaciones en la biblioteca, Jane se había enamorado varias veces, aunque por un motivo u otro nunca llegó a casarse. De hecho, el matrimonio es uno de los temas centrales en la mayoría de sus novelas. Y no tuvo que ser nada fácil ser una mujer soltera con inquietudes artísticas en una época en la que la máxima aspiración para una chica era casarse, reflexionó.

Martha siguió recitando con voz soñolienta los detalles históricos acerca de la escritora. Austen había vivido en una etapa de cambios que

impulsaban al mundo hacia la modernidad, como, por ejemplo, la abolición de la esclavitud, pero sus novelas estaban centradas en el entorno sencillo que siempre la rodeó.

—Gracias, Martha. Ahora vamos a leer unos capítulos de la obra. Como sabéis, *Orgullo y prejuicio* cuenta los amores entre Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy. Este último es un rico y distinguido caballero que se resiste a sus sentimientos por Lizzy movido por el orgullo de clase, que hace que dude en emparentarse con una vulgar familia rural. Elizabeth, por su parte, lo considera un hombre altivo y mezquino, indigno de todo sentimiento. Veremos cómo llegan a superar estas dificultades. Ya os anuncio que la novela termina bien. ¡Vamos, página 11! —pidió, entusiasmada.

Un suspiro de aburrimiento colectivo se propagó por el aula. Las clases de los viernes se hacían muy cuesta arriba, con todas las alegrías y planes para el fin de semana a las puertas.

Irene fue repasando con el dedo los fragmentos que señalaba la profesora con su voz aguda.

Curiosamente, la edición que Peter Hugues le había prestado también estaba llena de comentarios manuscritos por los mismos lectores enigmáticos que la habían ayudado a entender mejor a Murakami.

En esta ocasión, el lector de la pluma se había limitado a subrayar algunos párrafos y a poner signos de interrogación o exclamaciones al lado. Irene se identificaba con él y le parecía que conectaba con el hilo de sus pensamientos a través de aquellas sencillas anotaciones. Cuando él subrayaba, ella no podía dejar de admirar algún diálogo o idea notable que quizá sin su ayuda le habría pasado por alto.

En cambio, el lector del lápiz seguía con aquellas observaciones misteriosas que tenían a Irene tan intrigada. Estaba casi segura de que se trataba de un alumno de Saint Roberts. Quizá incluso estaba sentado cerca de ella en aquel momento, ajeno a todo, mientras Irene leía sus notas.

Algunas la hacían reír:

Personajes inolvidables. Lenguaje contenido.

¿Cómo demonios podían saber lo que sentía el otro si no dejaban de intercambiar más que cortesías? Si alguna vez viajo en la máquina del tiempo, recordar que NO quiero vivir en Inglaterra en la época de Jane Austen.

Otras, como la de la última página de la novela, le hacían desear conocer algún día a su autor:

Y colorín colorado... al final triunfa el amor. ¿Por qué será que el «para siempre» ya no está de moda? Si alguna vez viajo en la máquina del tiempo, recordar que SÍ quiero vivir en la Inglaterra de Jane Austen.

Irene sonrió involuntariamente al releer aquel último comentario. Se imaginó a sí misma a finales del siglo XVIII en un baile de sociedad como los que relataba Jane Austen en sus libros, vestida con sedas y tules y rodeada de la luz mágica de cincuenta candelabros de plata. Algún caballero distinguido, su Fitzwilliam Darcy particular, la sacaría a bailar, y ella volaría en sus brazos alrededor del salón. El caballero era alto y

delgado, tenía los ojos azules, de un tono pálido y melancólico, y el cabello castaño claro ondulado estaba salpicado por algunas canas. Los dos se mirarían, reconociéndose, y perderían de vista el mundo exterior, mientras giraban y giraban por la pista.

Si alguna vez era posible viajar en la máquina del tiempo, Irene tenía claro que aquella sería para ella parada obligatoria. Le parecía el lugar ideal para un espíritu contenido y soñador como el suyo.

Además, sería increíble conocer a Jane Austen. Le había tomado cariño a aquella escritora que le había hecho darse cuenta de que, como los protagonistas de su novela, ella también se dejaba llevar por su propio orgullo y sus prejuicios.

Irene reconoció que aquellos podían ser dos obstáculos que le impedían abrirse a los demás, no sólo a Peter Hugues. Con razón la llamaban «la forastera», no sólo porque venía de otro país, sino también porque se empeñaba en construir un muro de piedra maciza que la separaba de todos. El cemento que lo mantenía en pie era su miedo a ser herida, aunque no quería que eso le sirviera

más de excusa. ¿Y no habían sido sus prejuicios los que la habían llevado a herir gratuitamente a Marcelo? Ahora se arrepentía profundamente de las frías palabras que le había dedicado al pie de la escalera.

La voz de la señorita Woods, que continuaba leyendo entusiasmada los diálogos entre Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy, la sacó de sus ensoñaciones.

—Llegó la hora del debate, chicos. Uno de vosotros tendrá que defender que *Orgullo y prejuicio* es una novela actual, y dará sus razones para ello. Otro defenderá el punto de vista contrario, y luego votaremos la mejor exposición. ¿Voluntarios?

El silencio podía cortarse con un cuchillo. Todas las cabezas apuntaban hacia abajo, mirando con atención hacia algún punto entre el suelo y los pupitres.

—Muy bien, entonces seré yo quien los designe —dijo la profesora con una risita cursi—. Sarah, tú estarás en contra. Irene, tú a favor.

La forastera enrojeció hasta las orejas. Tenía verdadero pavor a hablar en público. Siempre le

temblaban las piernas, le fallaba la voz y al final nunca acertaba a decir nada coherente. ¡Qué mala suerte había tenido! Al instante notó cómo se le secaba la garganta y se le humedecían las manos. Trató de tomar notas mientras Sarah, una chica simpática y discreta, hablaba.

—*Orgullo y prejuicio* es una novela conservadora y totalmente pasada de moda. Jane Austen se limita a describir la realidad de su época sin cuestionarla. El único destino válido para una mujer a finales del siglo XVIII era casarse. Eso la novela lo describe muy bien, ¡pero ninguna de las protagonistas se rebela! De hecho, el final feliz en el que varias de las hermanas Bennet terminan casadas con sus príncipes azules es la prueba de que la escritora admite aquella realidad sin buscar alternativas. Por tanto, yo creo que el libro ya no está vigente, porque la vida de las mujeres en el siglo XXI, por suerte, es muy diferente.

Se oyeron susurros y comentarios aprobatorios a media voz, sobre todo por parte de las alumnas.

Y entonces llegó el turno de Irene. Se puso de pie frente a su mesa, balbuciendo, y trató de

rebatir sin demasiado éxito las contundentes razones que había dado Sarah. Mientras manoseaba con nerviosismo su libro, recordó el comentario del lector enigmático acerca del triunfo del amor.

—Estoy de acuerdo en que la novela puede parecer conservadora, pero creo que si la leemos con atención, veremos que la ironía de la autora es su arma, su forma de rebelarse. Fijaos en la primera frase:

Es una verdad generalmente admitida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, debe tomar esposa.

—Creo que, aquí, Jane se está riendo sutilmente de la gente que dice «grandes verdades» —siguió— y también de la época que le tocó vivir. ¡Es una declaración de principios oculta! Además, *Orgullo y prejuicio* no está pasada de moda, porque habla de sentimientos universales en los que todos nos reconocemos. El pudor de sentir que uno no encaja en el mundo del otro porque se cree inferior o diferente, los malentendidos al

interpretar los sentimientos de los demás... Y, sobre todo, el triunfo del amor en mayúsculas, capaz de vencer todos los obstáculos. Es verdad que actualmente vivimos al día y está de moda lo momentáneo, lo efímero, pero ese amor sigue existiendo... ¡Tiene que seguir existiendo!

Irene pronunció aquella última frase casi con tono de súplica. Se había dejado llevar, y media clase la miraba con la boca abierta. La señorita Wood aplaudió con las puntas de los dedos y la felicitó por su brillante exposición.

Ella se sentó, todavía temblando, y de inmediato notó un cosquilleo en la nuca. Giró la cabeza instintivamente para ver de qué se trataba. Su mirada se cruzó con la de Liam, que estaba muy pálido y la observaba con los ojos encendidos.

9. EL DOG & BONE

Llegó el viernes por la noche. Irene contempló su imagen en el cristal de la puerta de la residencia mientras caminaba arriba y abajo por el estrecho espacio que hacía las veces de porche de entrada.

Se había arreglado a su manera cuidada e informal, con unos tejanos oscuros y una camiseta de seda de color malva robada del armario de Martha en un momento de inspiración. El color hacía juego con la chaqueta de piel morada que su padre le había regalado las pasadas Navidades.

Nerviosa, se retocó el cabello, que llevaba recogido en un moño bajo con mechones sueltos a los lados y en la nuca. Antes de salir había recordado los consejos de estilismo de su compañera de cuarto y había maquillado, aunque sin estridencias, los ojos y los labios.

Se contempló por última vez ante el

improvisado espejo, estiró una arruga imaginaria de su blusa y se concedió un aprobado alto. Estaba guapa, aunque discreta, justo el efecto que perseguía: no quería que pareciera que había dedicado demasiado tiempo a arreglarse.

Hacia sólo un par de horas se había encontrado con Peter Hugues saliendo de la biblioteca, justo cuando ella volvía de correr. Se le veía contento y la felicitó efusivamente por su exposición en clase de literatura. Al parecer, la señorita Woods había hablado de ello en la sala de profesores, y él no pudo más que sentirse orgulloso.

Le preguntó si le apetecía tomar algo para celebrar el éxito de la gramática del amor, y antes de que se Irene se diera cuenta habían quedado para tomar una cena informal en el *pub*.

Ella se daba cuenta de que aquella salida no era más que un gesto amable por parte del profesor, que quería premiarla por su implicación en el trabajo. No era extraño que de vez en cuando alumnos y docentes compartieran noches de cine o de teatro. Pero no podía evitar que aquel cosquilleo ya familiar se le instalara en el estómago al pensar que estarían juntos durante

horas, solos los dos.

Ciertamente, el sueño subido de tono que había tenido unas noches atrás no la ayudaba a mantener la calma.

Trató de no pensar en ello y se propuso disfrutar de la cena, dejar a un lado la timidez y, por una vez, no meter la pata con preguntas impertinentes.

El rugido suave de un motor reverberó contra las paredes de la residencia. El profesor conducía un Jaguar antiguo muy elegante, de formas redondeadas y un bonito color bronce.

Irene saludó tímidamente con la mano mientras corría hacia la portezuela del acompañante, que Hugues había abierto desde el interior. Dentro del coche olía a cuero y al aroma a caramelo y madera tostada de su *after-shave*, que ya había aprendido a reconocer.

Él la recibió con una sonrisa franca:

—He pensado que debía traer el coche. El *pub* no está muy lejos, pero parece que va a llover.

—Genial, hacía siglos que no iba en coche. Éste es impresionante... —dijo Irene, algo intimidada.

—En realidad es una antiqualla. Pero le tengo

cariño porque me lo regaló mi padre cuando cumplí los dieciocho. Y bien, ¿adónde desea ir hoy la señorita?

—Al *pub* Dog & Bone, gracias.

—Sus deseos son órdenes para mí. Vamos allá.

Irene se sintió inmediatamente cómoda con aquel tono de viernes por la noche, informal y divertido, que Hugues había adoptado con ella. Sólo tuvo un instante de vacilación, impresionada por la súbita intimidad compartida con su profesor en un espacio tan pequeño. Se dio cuenta de que le miraba fijamente las manos, poniendo toda su atención en los dedos largos cubiertos de vello dorado y suave que agarraban con firmeza el volante.

Tragó saliva y se obligó a dirigir la vista al frente, mientras él enfilaba la carretera de curvas que separaba el internado de la aldea y seguía charlando animadamente.

—¿Ves? Te lo dije, ya empieza a llover. ¿Tienes hambre? Yo me muero de ganas de comerme un buen filete, aunque conociendo a nuestros amigos del Dog & Bone, seguro que esta noche también

servirán pescado —rio—. ¿Te apetece escuchar un poco de música?

Sin esperar respuesta, Hugues encendió el equipo de música del coche y metió un CD en la ranura.

Irene se sorprendió al reconocer a The XX, un grupo de punk-rock independiente que estaba de moda y que últimamente Martha alternaba con su otra obsesión, Muse.

—¿Le gusta The XX?

—Sí, los escucho a todas horas. Me habló de ellos un amigo que estudió en la misma escuela de música que los cantantes, la Elliott School. Ese lugar es una mina de talento. De allí han salido bandas inglesas muy potentes.

—No me imaginaba que le interesaba este tipo de música, profesor Hugues.

—Llámame Peter, por favor. Pues claro que me gusta... ¡No soy tan viejo! Aunque este grupo hace una música tan destilada, tan sencilla en apariencia, que en realidad tienen algo de clásico. ¿Te gustan?

—Sí, mucho, Martha los pone todo el rato.

—Ah, sí, Martha Davis, tu compañera de cuarto.

¿Te llevas bien con ella?

—Somos buenas compañeras, pero creo que todavía no he hecho ninguna amistad de verdad en Saint Roberts, profesor... Peter. Sigo en contacto con mis amigas de Barcelona, pero ya no es lo mismo. Tampoco allí era la chica más popular del colegio, pero a dos de ellas las conocía desde el jardín de infancia. ¡Las echo de menos!

—Irene, sería un gran honor para mí que me consideraras tu amigo —dijo el profesor tras una pausa—. Siempre que lo necesites, puedes hablar conmigo. De lo que sea.

—Gracias, señor... Peter. Eres muy amable.

Lo miró conmovida. Fruncía el entrecejo al concentrarse en la carretera, que se veía más oscura de lo habitual por culpa de la lluvia. Su mano derecha se apoyaba relajadamente en el cambio de marchas y tamborileaba con los dedos al ritmo de *Islands*.

*I don't have to leave anymore
What I have is right here
Spent my nights and days before
Searching the world for what's right here*

*Underneath and unexplored
Islands and cities I have looked
Here I saw
Something I couldn't overlook*

*I am yours now
So now I don't ever have to leave
I've been found out
So now I'll never explore²*

Irene deseó que el tiempo se detuviera para poder contemplar aquel perfil durante horas, pero, por desgracia para ella, el trayecto hasta el Dog & Bone era corto. El Jaguar paró justo delante de la puerta con un ronroneo de gran felino.

Al entrar en el *pub* se sacudieron la lluvia del cabello y de la ropa. Peter Hugues saludó con familiaridad al señor Ward, el rechoncho propietario del local, que señaló desde detrás de la barra una mesa situada en el lado contrario a la puerta.

El joven profesor se había acostumbrado a la atmósfera decadente del local y ya casi ni la

notaba. A Irene le seguía llamando la atención su decoración abigarrada, repleta de fotos en blanco y negro de barcos y puertos, junto con todo tipo de cachivaches relacionados con la navegación.

El *pub* exhibía una impresionante colección de brújulas de todas las épocas y tamaños. Doradas, plateadas, de madera, oxidadas...

Incluso había una fabricada con los dientes de un tiburón, según rezaba un pequeño rótulo explicativo. Algunas estaban colgadas en la pared, otras en el techo, pendientes de hilos de pescar, e incluso las había en los lavabos.

El colgador para las chaquetas tenía forma de ancla. Las mesas eran barriles de madera, y el suelo estaba cubierto por una sospechosa pátina de suciedad que el señor Ward aseguraba que era salitre, ya que las tablas que lo conformaban procedían del esqueleto de un navío desguazado.

Sobre la barra había un espeluznante perrito disecado, blanco y con manchas negras. Era la mascota del *pub*, Bones, que supuestamente había pertenecido al abuelo del señor Ward. Se decía que lo llevaba consigo de pesca todas las mañanas y

que el marinero le tenía tanto cariño que decidió conservarlo cuando el animalito pasó a mejor vida. A Irene le daba escalofríos, pero tuvo que reconocer que no desentonaba nada con la atmósfera decadente, sucia y oscura de la vieja taberna.

Eran las nueve, y el local estaba tremendamente animado, puesto que no había otro lugar donde tomar una cerveza en varios kilómetros a la redonda. Irene se quitó la chaqueta, sorprendida por el agradable calor que se desprendía de la chimenea cercana.

El señor Ward palmeó la espalda de Hugues como si fueran viejos amigos.

—Bienvenidos al Dog & Bone —dijo con fingida formalidad, mientras se preparaba para tomar nota de su pedido—. ¿Qué os apetece esta noche?

—Bueno, Ward, eso depende de lo que tengas. ¡Sorpréndenos!

—El pastel de pescado está delicioso. Lo ha hecho esta misma mañana mi mujer, siguiendo la receta de la familia. También tenemos sopa de frutos del mar, ideal para combatir el frío y la humedad. Y, por último, inuestras famosas *jellied*

eels!

Las *jellied eels* eran una curiosa especialidad marinera de la zona compuesta de gelatina y anguilas, no apta para cualquier paladar.

—Irene, si te parece bien, dejaremos las anguilas por esta vez y nos quedaremos con la sopa y el pastel de pescado. Al menos tendrás un poco de ese *pudding* especial de la casa, ¿eh, viejo lobo?

—Sí, claro, os guardo un trozo.

—Gracias —intervino Irene.

Ward les había traído dos vasos de *real ale*, dando por supuesto que era aquello y no otra cosa lo que querían tomar. En una aldea remota como aquella nadie se preocupaba demasiado por las normas que impedían beber a los menores de edad. Además, para cualquier habitante de la zona, el *real ale* se consideraba un mero refresco.

Peter Hugues levantó su jarra de cerámica y la envolvió con la calidez de su mirada, de color azul oscuro por efecto de la luz.

—Por ti, Irene. Estoy seguro de que tu trabajo sobre Jane Austen va a dejarme con la boca abierta.

—Lo intentaré. ¡Cuánta presión! —bromeó ella antes de dar un largo trago a la bebida.

—Sé que eres capaz de eso y de mucho más. Brindemos. ¡Por la gramática del amor! Y por los amores afortunados.

Ambos bebieron, y la mano de él la rozó accidentalmente con la punta de los dedos. Irene enrojeció hasta las cejas y lo disimuló dando otro trago a su *real ale*.

—¿Cómo van tus entrenamientos, por cierto? —preguntó Peter, aparentemente ajeno a su turbación.

—Creo que muy bien. Marcelo, un chico que corre en el equipo de atletismo, me hace de liebre.

—¿Marcelo? —preguntó levantando las cejas.

—¿Lo conoces?

En ese momento se abrió la puerta, que dejó pasar una ráfaga de aire helado. La llama de la vela que decoraba la mesa titiló, aunque no llegó a apagarse.

Peter e Irene miraron instintivamente hacia la entrada. Liam acababa de llegar al *pub* y se dirigía con paso resuelto hacia su mesa.

2. Ya no tengo que irme nunca más / Lo que tengo está justo aquí / He dedicado mis días y mis noches / A buscar el mundo que está aquí mismo. / Bajo tierra, inexploradas / Contemplé islas y ciudades / Aquí vi / Algo que no podía pasar por alto. / Soy tuya ahora / Así que ya no tengo que irme / He sido encontrada / Así que ahora no exploraré nunca.

10. NOCHE DE KARAOKE

Liam los saludó con una sonrisa traviesa, sin soltar en ningún momento las manos de dos rubias clonadas que lo acompañaban. Su aspecto era típicamente inglés: pálido, pecoso y sonrosado. Vestían como si acabaran de atracar juntas la sección de fiesta de un Primark y reían tontamente, convencidas de que Liam era el chico más divertido sobre la faz de la Tierra.

Irene lo miró. Estaba molesta, porque su presencia arruinaba el clima agradable de la noche, justo cuando se estaba poniendo interesante, pero no le dijo nada.

Habían pasado dos semanas desde su cita fallida y se dio cuenta de que ya no sentía nada por él. Incluso las arruguitas de las comisuras de sus labios ya no le parecían ni tan perfectas ni tan encantadoras.

—Hola, Liam —saludó Hugues.

—Irene, ¿no dices nada? Mis amigas quieren conocerte. Han oído decir que vas a fundar una especie de asociación en defensa del amor eterno. ¡Abajo los rollos de una noche! Ése es tu lema, ¿no? Ellas no se lo acaban de creer, pero yo les he asegurado que es cierto. Hoy mismo, en clase de literatura, he oído tu discurso fundacional. Os lo he contado ya, ¿verdad, chicas?

Las rubias soltaban risitas de conejo.

—Liam, justamente hoy estaba pensando en ti —intervino Peter—. Resulta que tengo encima de mi mesa una nota para tus padres. Te has saltado dos veces seguidas la fecha de entrega de los trabajos y, como sabes, eso va contra las normas. Si no recibo todo lo que me debes el lunes a primera hora, enviaré esa nota sin falta. Y ahora, si nos disculpas, estábamos a punto de cenar. Yo de ti me iría ahora mismo a trabajar. Adiós, chicas.

Una de las rubias rio a destiempo, quizá sorprendida al ver a Liam tan fácilmente noqueado, y él la fulminó con la mirada. Tironeó de la mano de la otra y se marchó con ellas hacia

una mesa del fondo, visiblemente enfadado.

—¿Estás bien, Irene? —preguntó Hugues, mirándola con preocupación.

—Sí, gracias, no pasa nada. Creo que ha bebido demasiado, eso es todo. ¡Lo de la nota para sus padres ha sido genial! ¿Cómo se te ha ocurrido tan rápido?

—Lo del aviso es estrictamente cierto. Me temo que Liam va a tener dificultades para superar mi curso, a menos que cambie de actitud.

Antes de que pudieran retomar la conversación, el señor Ward apagó las luces y un potente foco brilló de improviso sobre la pequeña plataforma que hacía las veces de escenario. De inmediato se oyeron silbidos y aplausos, y todos los presentes, como una sola voz, empezaron a corear un nombre:

—¡Archie! ¡Archie! ¡Archie!

Un parroquiano que ejercía de presentador voluntario en todos los festejos del *pub* entró en escena. Archie iba vestido con una chaqueta de *tweed* que le iba estrecha, un chaleco de lana con grandes botones y unos pantalones de pana marrón. Parecía listo para participar en la caza del

zorro o en una competición de tiro al plato. Pero, en lugar de eso, cogió una trompeta que emulaba el ruido ensordecedor de una sirena de barco, y también un micrófono. Tras un largo pitido que atronó como si un transatlántico acabara de embarrancar en medio de la sala, se puso a dar voces:

—¡Noche de karaoke! ¡Noche de karaoke!
Veamos, ¿qué día es hoy? ¿Es lunes?

El público coreó:

—¡No!

—¿Martes por la noche?

—¡No!

—¿Miércoles, quizá? Sí, ¡es miércoles por la noche!

—¡No, Archie, no! —el público enloquecía, y Archie seguía dando bocinazos.

—¡Ya sé! ¡Es jueves!

—¡Que no!

—Pues decidme: ¿qué maldito día es hoy?
¡Decidlo!

—¡Viernes, Archie! ¡Viernes!

—¡Es noche de karaoke! ¡La gran noche del

karaoke!

Irene se moría de risa. Por lo que ella sabía, el té, la cerveza y el karaoke formaban parte del folclore inglés casi a partes iguales. Apoyó la barbilla sobre las palmas de las manos y se acodó en la mesa, preparada para disfrutar del espectáculo.

Archie anunció que aquella sería una noche especial, puesto que el público podría votar la mejor interpretación y el ganador tendría un premio sorpresa. El *pub* retumbó con una gran ovación.

Enseguida empezaron a desfilan clientes que, micrófono en mano, destrozaron los grandes éxitos del pop de los últimos cincuenta años. Los más mayores escogían temas de Elvis Presley, los Beatles o Abba. Los jóvenes, algunos de ellos compañeros de Irene, cantaban cualquier cosa que les pusieran por delante, desde Madonna hasta las Spice Girls, pasando por Fiona Apple con su *Across the Universe*, y hasta Enrique Iglesias.

Una de las rubias insípidas de Liam subió al escenario y escogió, como no podía ser de otro modo, *Rehab*, de Amy Winehouse.

Peter, Irene y el resto del público apenas podían contener la risa ante sus maullidos desafinados. La pobre no se daba cuenta de lo mal que cantaba y seguía insistiendo en que no iba a ir a rehabilitación, no, no y no, con voz nasal y totalmente fuera de tiempo.

Dentro de aquella patética actuación, la rubia dio un dramático manotazo al aire, con tan mala fortuna que su top palabra de honor se vino temporalmente abajo, mostrando unos pechos más bien tristes sin el auxiliador relleno que les daba forma.

Por si aquello fuera poco, sus amigos decidieron secundarla y se encaramaron a la plataforma para cantar a voz en grito la versión más patética jamás escuchada de *I Want To Break Free*. Los tres estaban tan borrachos que se peleaban por el micrófono y no acertaban con la letra.

Se oyeron silbidos y abucheos hasta que Archie los invitó a salir de escena. Hizo salir a una chica morena que defendió un tema de Carly Simon, *You're So Vain*:

You walked into the party

Like you were walking onto a yacht

*Your hat strategically dipped below one
eye*

*Your scarf it was apricot
You had one eye in the mirror
As you watched yourself gavotte
And all the girls dreamed that they'd be
your partner*

They'd be your partner, and

You're so vain

You probably think this song is about you

You're so vain

I'll bet you think this song is about you

Don't you? Don't you?

You had me several years ago

When I was still quite naive

*Well, you said that we made such a pretty
pair*

And that you would never leave

But you gave away the things you loved

And one of them was me

*I had some dreams, they were clouds in
my coffee*

Clouds in my coffee, and

*You're so vain*³

Irene se divertía y aplaudió a rabiar a la chica, que parecía haber escogido aquella canción en honor de Liam. Archie dio paso al último tema, interpretado por un grupo que había elaborado una graciosa coreografía.

—¿Por qué a los ingleses os gusta tanto el karaoke, Peter?

—No lo sé, quizá sea una válvula de escape. Somos un pueblo flemático y siempre andamos escondiendo nuestros verdaderos sentimientos.

El profesor de gramática la contemplaba fijamente desde hacía rato, sin hacer caso de lo que sucedía en el escenario. Irene notaba su mirada, que le quemaba la piel, y esta vez no se arredró.

—Yo también sé lo que es construir muros para que nadie pueda ver en el interior de tu alma. Pero estos días he decidido derribarlos todos. A partir de ahora, no más barreras. Sólo yo, Irene, sencillamente yo.

Se habían ido acercando para hacerse oír entre el fragor de las voces enlatadas del karaoke. Tenían las cabezas muy juntas e Irene pudo sentir la calidez de su aliento. Los ojos de Peter no se apartaban de los suyos, como si efectivamente, quisiera leer en su interior.

—No creo que sea necesario nada más. Simplemente tú —sentenció él, con la voz medio rota al final de la frase.

Animada por su segunda jarra de *real ale*, Irene se acercó un poco más y le cogió la mano con suavidad. El profesor dio un respingo y la retiró de inmediato, como si un sortilegio hubiera roto el hechizo.

—Creo que es mi turno —dijo caminando hacia el escenario.

3. Entraste en la fiesta / Como si estuvieras entrando en un yate / Tu sombrero estratégicamente inclinado por debajo de un ojo / Tu bufanda era de color albaricoque / Tenías un ojo en el espejo / Mientras te mirabas bailar gavota / Y todas las chicas soñaban que serías su pareja / Que serías su pareja, y / Eres tan vanidoso / Que probablemente crees que esta canción es sobre ti / Eres tan vanidoso /

Que apostaría algo a que crees que esta canción es sobre ti
/ ¿A que sí?, ¿a que sí? / Fui tuya hace varios años /
Cuando aún era una ingenua / Decías que hacíamos una
gran pareja / Y que nunca te marcharías / Pero renunciaste
a las cosas que amabas / Y una de ellas era yo / Tenía
algunos sueños, como manchas de leche en mi café /
Manchas de leche en mi café y / Eres tan vanidoso...

11. *ONEN HAG OLL*

Peter escogió un tema de Frank Sinatra. Irene conocía pocas canciones suyas, pero siempre que escuchaba a «la Voz» recordaba los desayunos de domingo de su infancia.

Su madre tenía todos sus discos en vinilo. Para Irene, Sinatra era la banda sonora de un tiempo remoto en el que todo era más sencillo y feliz. Encendían juntas el tocadiscos y la mujer preparaba café y tostadas mientras su padre leía el periódico y les comentaba las noticias. Ella se sentaba a la enorme mesa de madera de la cocina con un libro abierto y un vaso de leche con chocolate. Entonces sentía que el mundo era un lugar amable donde nada malo podía suceder.

Al oír los primeros acordes de *Love Has Been Good To Me*, Irene sintió una punzada de nostalgia que fue sustituida por una emoción más intensa

aún. La voz del profesor Hugues era profunda, suave y envolvente como el terciopelo. Supo que sólo cantaba para ella, directa a su alma. Se movía con elegancia y con una suave expresión de ironía por el estrecho escenario, con los gestos precisos para aquella canción.

*I have been a rover
I have walked alone
Hiked a hundred highways
Never found a home
Still in all I'm happy
The reason is, you see
Once in a while along the way
Love's been good to me*

*There was a girl in Denver
Before the summer storm
Oh, her eyes were tender
Oh, her arms were warm
And she could smile away the thunder
Kiss away the rain
Even though she's gone away
You won't hear me complain⁴*

Hugues la miraba desde el escenario, e Irene sintió que sus ojos la transportaban, otra vez, a un lugar donde sólo podían sucederle cosas buenas. Pensó, emocionada, que además de un trotamundos, como rezaba la letra de la canción, en otro tiempo Peter debía de haber sido una especie de ladrón, y por eso le había resultado tan fácil robarle el corazón de aquel modo.

Mientras duró la música deseó ser aquella chica de Denver que lo recibía entre sus brazos justo antes de una tormenta de verano.

El público también estaba conmovido, contento al fin de escuchar algo infinitamente mejor que los berridos de un grupo de niños borrachos. Archie y los demás, sobre todo las mujeres, lo miraban embelesados y guardaban un silencio casi reverencial.

Cuando terminó el tema, Hugues soltó el micrófono y bajó del escenario tranquilamente. Hubo una pausa y a continuación atronaron los aplausos y las ovaciones. Parecía que las paredes se iban a derrumbar con aquel fragor.

Inmediatamente después, Archie saltó a escena

y mostró al público, que seguía silbando y aplaudiendo, una especie de transistor viejo de plástico gris.

—Querido público, gracias, gracias. ¡Muchas gracias! Esta noche contamos con la última tecnología en el Dog & Bone para decidir quién será el ganador de la noche del karaoke. Tengo en mis manos el primer artefacto medidor de aplausos fabricado en el mundo. ¡Es estrictamente cierto! No sé de qué se ríe usted, señora. Tecnología inglesa, y de la mejor calidad. ¿Y qué nos dice el medidor de aplausos? ¿Quién será el ganador de esta noche, el merecedor de nuestro magnífico premio sorpresa?

Se oyó un redoble de tambores. Archie puso cara de concentración y se pegó el transistor a la oreja, como si estuviera escuchando el mar o un mensaje del otro mundo. El público, impaciente, coreó con más gritos y aplausos el nombre de Sinatra, como si él y Peter Hugues fueran la misma persona.

—Y el ganador de la noche, aquél cuyos aplausos incluso han desbordado al medidor es... ¡Peter Hugues! Vamos, profesor, no sea tímido,

suba al escenario.

Irene se fijó en la cara de rabia de Liam, que miraba al profesor como si quisiera fundirlo. Hugues, que acababa de llegar a su mesa, se vio obligado a volver y repetir su número. En esta ocasión se le notaba incómodo, como si le molestara la atención del público, que no paraba de animarlo con gritos y aplausos.

Por fin terminó de cantar, y Archie le entregó su premio con toda clase de ceremonias y felicitaciones.

Irene rio al ver que el cacareado premio sorpresa consistía en un oso de peluche de dimensiones gigantescas. Llevaba la cruz blanca sobre fondo negro de la bandera de Cornualles estampada en su camiseta. En la pata derecha sostenía un banderín con el lema de la región escrito en lengua cornoica: *Onen hag oll* (Uno en todos).

Hugues recogió su premio y, al llegar a la mesa, se lo entregó a Irene con una pequeña reverencia. Ella se sintió halagada y se lo agradeció con los ojos brillantes de emoción. Todavía se oían aplausos cuando el profesor anunció, en voz baja:

—Venga, vámonos. Ya hemos dado bastante la nota.

* * *

Seguía lloviendo cuando regresaron al coche. Irene se sentía feliz y trataba de absorber todos los detalles del viaje de vuelta, incluso los más pequeños, como si quisiera atraparlos con un cazamariposas y fijarlos con alfileres en el mural de su memoria, para siempre.

Tomó conciencia del aire caliente de la calefacción, que entibiaba su piel y empañaba levemente los cristales del coche. También de las gruesas gotas de lluvia que rebotaban en el limpiaparabrisas, que emitía un ligero chirrido al moverse de izquierda a derecha, hipnotizándola...

Hugues había puesto un CD de Frank Sinatra, como si quisiera prolongar la atmósfera mágica de la noche. Pero ella se fijó en que estaba muy serio, tal vez demasiado concentrado en la carretera. De vez en cuando cantaba en voz baja versos sueltos de alguna canción:

*When I was seventeen
It was a very good year
It was a very good year for small town*

girls

*And soft summer nights
We'd hide from the lights
On the village green
When I was seventeen⁵*

Irene trató de encontrar algún tema de conversación, alguna frase ingeniosa para ocultar la montaña rusa de sentimientos que crecían en su interior. Pero él ya no la miraba como en el *pub*. De hecho, ni siquiera la miraba.

Entonces sintió miedo. ¿Y si se había precipitado? ¿Y si lo había malinterpretado todo y lo había puesto en una situación incómoda al tomar su mano?

Peter aceleró. Al parecer tenía prisa por llegar a Saint Roberts. Irene se fijó en la letra de *Something Stupid*, uno de los temas preferidos de su madre y que aquella noche parecía escrita especialmente para ella.

*I know I stand in line until you think
You have the time to spend an evening
with me*

*And if we go someplace to dance
I know that there's a chance you won't be
leaving with me*

*And afterwards we drop into a quiet little
place*

And have a drink or two...

*And then I go and spoil it all by saying
Something stupid like I love you⁶*

¿Lo habría arruinado todo con un simple gesto estúpido, como la chica de la canción? Se puso nerviosa cuando vio que Hugues aparcaba el Jaguar frente a la residencia. Él seguía sin abrir la boca y ella tenía la mente en blanco. ¿La besaría?

El silencio entre los dos empezaba a resultar embarazoso. Al final, él se decidió a romperlo, todavía sin mirarla.

—Buenas noches, Irene, nos vemos el miércoles.

—¿El miércoles?

—Claro, para nuestra clase, a la hora de siempre. No te olvides de traer un ejemplar de *Carta de una desconocida*, de Stefan Zweig. Es tan corto que lo trabajaremos en mi despacho en una sola sesión.

Irene recibió aquel comentario y la vuelta a la formalidad entre profesor y alumna como un jarro de agua fría. De repente se había esfumado el clima de complicidad y de posibilidades que había sentido nacer durante la noche.

Se despidió tratando de mantener la compostura y de que su disgusto no fuera tan evidente. Luego decidió quedarse un rato sentada en las escaleras de piedra de la puerta. Aquel escenario helado empezaba a resultarle muy familiar.

¿Por qué se le ocurrían aquellas ideas disparatadas? Se sentía decepcionada y muy estúpida. ¿Cómo le había llegado a pasar por la imaginación que Peter podía besarla?

Seguramente aquella cena y todo lo demás no habían sido más que un acto de camaradería por parte de un profesor joven y enrollado. Y ella se había dejado llevar y lo había arruinado todo

haciendo algo, algo... *something stupid*. Y sin embargo, cuando él la había mirado en el *pub*, sus ojos le decían otra cosa.

Con el oso de Cornualles agarrado por una pata, la que no llevaba la banderita con el *Onen hag oll*, empezó a caminar apesadumbrada hacia su habitación. Estaba segura de que aquella noche le iba a costar horrores conciliar el sueño.

4. He sido un trotamundos / He caminado solo / He recorrido centenares de caminos / Pero nunca encontré un hogar / A pesar de todo soy feliz / La razón es, verás / Que, de vez en cuando, a lo largo del camino / El amor me ha tratado bien. / Había una chica en Denver / Antes de la tormenta de verano / Oh, sus ojos eran tan tiernos / Sus brazos tan cálidos / Y era capaz de sonreír más allá de los truenos / Podía besar más allá de la lluvia / Aunque ya se ha ido / No me oiréis lamentarme.

5. Cuando yo tenía diecisiete años / Fue un buen año / Un buen año para las chicas de pueblos pequeños / Y las suaves noches de verano / Nos escondíamos de las luces / En el pueblo verde / Cuando yo tenía diecisiete años.

6. Sé que tengo que hacer cola hasta que decidas / Que tienes tiempo para pasar una tarde conmigo / Y si vamos a bailar a algún sitio / Existe la posibilidad de que no te marches de allí conmigo. / Y después nos iremos a un sitio

tranquilo / Y nos tomaremos una copa o dos / Y entonces lo arruinaré todo diciendo / Algo estúpido como «te quiero».

12. *CORNISH HEATH*

Irene se despertó atravesada en la cama y abrazada a su oso de peluche. Eran ya más de las diez, pero no había cerrado los ojos hasta bien entrada la madrugada. Acarició perezosamente el pelo rojizo de su mascota y se puso boca arriba, mirando hacia el techo.

—Buenos días, osito. ¿Has dormido bien? — preguntó con voz soñolienta.

Se incorporó un poco, temerosa de que Martha la oyera hablar con el peluche y la tachara de loca o, peor aún, de cursi, pero comprobó que la cama de su compañera de cuarto estaba sin deshacer.

¡Aquella chica sí que sabía vivir!, pensó con amargura. Ella, en cambio, no dejaba de meter la pata una y otra vez.

Desde que había llegado a Saint Roberts, su vida había consistido en una sucesión de

malentendidos y pasos en falso. Irene se preguntó si algún día encontraría el amor de verdad, alguien que la hiciera sentir segura y arropada. Alguien con quien no se sintiera tan fuera de lugar como aquella mañana de sábado.

Abrazó al oso con fuerza y suspiró. Ojalá no le hubiera acariciado la mano. Ojalá no se hubiera precipitado. Seguro que Peter estaba enfadado con ella por haber confundido las cosas y haberlo puesto en una situación delicada. Ahora sería inevitable que todo cambiara entre ellos. ¡Y todo por su culpa!

Reprimió una exclamación de rabia enterrando la cara en la almohada. Se dio cuenta de que tenía que ocuparse en algo, o de lo contrario pasaría el resto del día fustigándose. Paseó la mirada por su escritorio, donde se apilaban casi todas las lecturas de la gramática del amor.

Decidió empezar con *Carta de una desconocida*. Estaba segura de que el miércoles siguiente, en el despacho de Hugues, le iba a costar concentrarse en la lectura, así que quizá era buena idea leer el libro unos días antes.

Según rezaba la contracubierta, la novela del

autor austríaco narraba la historia de un amor trágico y no correspondido. «Perfecto —pensó—. Justo lo que necesito.»

El argumento era angustioso. Un escritor de éxito recibe una carta misteriosa. En ella, una mujer desconocida le confiesa su amor, un amor no correspondido e ignorado por él que se ha mantenido desde que la protagonista de la misiva era una chiquilla. A través de la carta, el escritor descubre que tuvieron varios encuentros y que de uno de ellos nació un niño, su hijo, que acaba de morir. Es la muerte del niño y el hecho de que ella misma está también a punto de dejar este mundo lo que lleva a la protagonista a confesarle, al fin, sus sentimientos. Es un amor que ya no tiene ninguna esperanza de ser correspondido. Lo más terrible, quizá, era que el escritor nunca había sido capaz de reconocer a la mujer. Cada vez que se cruzaba con ella, a lo largo de los años, era como si la viera por primera vez.

Sensible como estaba aquella mañana, a Irene le pareció la historia más triste que había leído nunca. Dos lágrimas empañaron sus ojos y amenazaron con desbordarse, pero ella las limpió

con la punta de la manga de su pijama. No quería empezar a llorar otra vez porque temía no poder parar.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su lectura. Era Marcelo, su persistente entrenador y liebre.

—Vengo a salvarte del aburrimiento —dijo desde el pasillo.

—¿Y a ti quién te ha dicho que me estoy aburriendo?

—Eres la viva imagen de la diversión, ahí tirada en la cama con ese libro deprimente.

—No lo es... Bueno, sí que es un poco deprimente, la verdad. ¿Y cómo vas a salvarme?

—Vámonos a correr, respondona. El aire fresco te espabilará.

* * *

Hicieron un suave calentamiento por el camino del acantilado, siguiendo la rutina habitual de Irene. Marcelo se empeñaba en que tenían que hablar, porque era la única manera de asegurarse de que respiraban bien y aumentaban la intensidad

de la carrera poco a poco.

A Irene le irritaban sus maneras metódicas y previsibles, pero el olor a tierra mojada que inundaba la mañana y la humedad salada que se le pegaba en la piel la hicieron sentir renovada. Decidió que le daría otra oportunidad. Tenía mérito que quisiera seguir viéndola después del corte que le había dado la otra noche.

—Marcelo, perdóname por haber sido tan borde el otro día. No me esperaba lo de la doble cita, y me enfadé con quien no debía.

—No tiene importancia, Irene. Yo sí que debo disculparme, ya que me comporté como un impresentable, pero nunca más volverá a suceder. Ese que... no era yo, te lo prometo. En fin, supongo que todos podemos tener un mal día.

—La verdad es que yo llevo unos cuantos.

—¡Olvídalo! ¿Sabes qué hago yo cuando las cosas se tuercen? Voy al cine a ver una película de esas de llorar y luego corro media maratón. Cuando corres, no puedes pensar en nada más.

—Es lo mismo que dice Murakami.

—Sí, él también es un neura solitario — reflexionó—. La soledad es una buena compañera

para nosotros, los corredores.

—¿Has leído a Murakami? —se sorprendió Irene.

—Alguno que otro de sus libros. No leo sólo periódicos deportivos, ¿sabes? —dijo con sorna.

Irene sonrió avergonzada de que hubiera leído sus pensamientos tan fácilmente. Sin embargo, Marcelo le hizo otra broma y siguieron charlando de zapatillas deportivas y de la casa que tenían sus padres en la península de Lizard. Era una pequeña granja que la familia poseía desde hacía generaciones con un huerto y un enorme jardín.

Marcelo le explicó que en aquella zona crecía una flor muy especial que no existía en ningún otro lugar del mundo, la *Cornish heath*. A primera vista no parecía gran cosa, casi se confundía con un arbusto cualquiera. Pero de cerca poseía una belleza salvaje y delicada muy especial.

Irene se dio cuenta de que hablaba de su lugar de origen con verdadera pasión, y eso era algo que siempre la conmovía en una persona.

Enseguida completaron el itinerario y llegaron a la pista de atletismo.

—A partir de aquí, yo me adelantaré. Tú trata

de atraparme: ése es el objetivo de hoy. Y no te preocupes si no lo consigues. Lo importante es que sientas que corres un poco más rápido de lo habitual, pero sin agotarte.

—Vale, haré lo que pueda.

Marcelo se alejó con sus largas zancadas e Irene se sorprendió echando de menos enseguida la voz pausada de aquel chico desgarrado. Su conversación sin complicaciones ni segundas lecturas le hacía olvidarse de sus problemas y le daba paz.

Quizá Marcelo fuera como la flor autóctona de la que le había hablado, la *Cornish heath*. La mayoría de la gente ni se fijaba en él, pero si uno estaba atento podía llegar a descubrir que tenía un encanto muy especial.

Marcelo corría sin mirar atrás, e Irene empezó a apretar el paso, ya que no quería perderlo de vista. Las nubes blancas y esponjosas de sus pensamientos circulaban a toda velocidad por su mente. Ella las contemplaba y las dejaba pasar, como si estuviera practicando una meditación espontánea.

Pronto las nubes se cansaron de aparecer, y ella pudo centrarse en las sensaciones más inmediatas. Sus pies volaban por la pista, casi ni los sentía. En cambio, era plenamente consciente de la suave brisa que le secaba el sudor, del tenue rayo de sol que trataba de abrirse paso entre la bruma y le calentaba los hombros, de la tensión de sus músculos, de los gritos lejanos de un grupo de chicos que jugaban al fútbol, lejos de allí.

Marcelo era un puntito rojo, el color de la camiseta que llevaba puesta, que se movía veloz a bastantes metros por delante de ella. Irene decidió fijar la vista sólo en aquel punto, como si no hubiera nada más en el mundo, y empezó a acelerar el paso con el objeto de atraparlo.

El punto se hacía más y más grande, mientras la respiración de Irene se volvía profunda y entrecortada, tratando de atrapar hasta la última molécula de oxígeno disponible. El vacío, aquella nada agradable que mencionaba Murakami en *De qué hablo cuando hablo de correr*, había aparecido al fin. Pero Irene también desechó ese pensamiento.

Corría y corría, sin pensar en nada más que en

el rojo que ya casi lo ocupaba todo. Y entonces el mundo se tiñó de ese color.

Marcelo la había atrapado justo a tiempo, sujetándola por la cintura antes de que los dos chocaran y se fueran al suelo. Anonadado, le puso las manos sobre los hombros y la miró con los ojos como platos:

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer?

13. EL MONSTRUO QUE DEVORABA CORAZONES

Irene seguía con los pies la línea recta de baldosas del centro del pasillo. Andaba con mucho cuidado, tratando de no pisar ninguno de los bordes, con los brazos un poco abiertos a los lados del cuerpo. Parecía una bailarina que hiciera equilibrios sobre una cuerda suspendida en el aire, intentando no salirse de la pasarela imaginaria que llevaba al despacho de Hugues.

En realidad, aquel juego improvisado no era más que una maniobra para andar más despacio y retrasar lo inevitable: era miércoles por la tarde y tocaba sesión de gramática del amor.

Seguía avergonzada por su comportamiento en el Dog & Bone y se ponía muy nerviosa al imaginar el discurso que Peter iba a soltarle. Dos desenfaños en un mismo mes eran demasiado

incluso para ella, pensó, sintiéndose la chica más desgraciada del planeta.

Por fin llegó al despacho y se detuvo ante la puerta para tomar un poco de aire. Encogió los hombros con resignación y se dijo que tendría que afrontar lo que viniera. Golpeó la pesada puerta de madera y esperó.

Nada.

Tocó con los dedos de nuevo, esta vez con más fuerza, y la puerta cedió con un chirrido.

Irene la abrió con cautela y entró en el despacho. El profesor no estaba. ¿Dónde se habría metido? Al ver la tetera humeando sobre la mesa y comprobar que la música estaba puesta, se imaginó que habría salido un momento. Debía de estar a punto de regresar, pensó, así que se sentó en el diván marrón, su lugar habitual.

Esperó durante unos minutos, pero Hugues seguía sin aparecer.

Decidió servirse un poco de té. La sorprendió su sabor afrutado y un poco áspero. Sobre la mesa había un bote pequeño que no había visto antes, con la ilustración de un desierto, oasis y palmeras

incluidos. En la tapa ponía *Rooibos Arena del Desierto*. Irene no pudo evitar preguntarse con ansiedad si a partir de aquel día todo iba a ser diferente en su relación con Hugues, incluido el sabor de las infusiones.

La vista se le desvió involuntariamente hacia la ventana, como siempre que estaba allí. Mientras sus ojos se perdían en aquel mar infinito, teñido del mismo azul grisáceo que las nubes que sitiaban Saint Roberts, Irene se sintió cautivada por la magia de la música.

Un piano lloraba con un dramatismo que encogía el corazón. Con su trabajo sobre *Carta de una desconocida* entre las manos, repasó un fragmento que había escogido para comentar con el profesor.

El libro la había impresionado mucho, a pesar de que al principio su protagonista la irritaba y le parecía una cobardica. ¿Cómo podía dejar pasar toda su vida sin decirle a R. que lo quería más que a nada en el mundo? Pero había terminado por comprender la profunda tragedia de aquella mujer, golpeada una y otra vez por la crueldad de no ser reconocida por su amor, la única persona en el

mundo para quien quería existir.

Envuelta por la atmósfera trágica que iba creando la música, Irene sintió todo el peso de su tristeza sobre los hombros y se estremeció al leer:

Sólo quiero hablar contigo, decírtelo todo por primera vez. Tendrías que conocer toda mi vida, que siempre fue la tuya aunque nunca lo supiste. Pero sólo tú conocerás mi secreto, cuando esté muerta y ya no tengas que darme una respuesta; cuando esto que ahora me sacude con escalofríos sea de verdad el final. En el caso de que siguiera viviendo, rompería esta carta y continuaría en silencio, igual que siempre. Si sostienes esta carta en tus manos, sabrás que una muerta te está explicando aquí su vida, una vida que fue siempre la tuya desde la primera hasta la última hora.

El piano quedó en suspenso durante un instante. Luego la orquesta se incorporó y empezó a tocar una melodía de aires rusos que desembocó en un nuevo solo de piano, esta vez mucho más lírico.

Las notas resbalaban entre los dedos del

pianista con suavidad, lo que sumió a Irene en una dulce melancolía. Su estado se acentuó cuando la tormenta estalló afuera y las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear los cristales.

Un cuervo que estaba posado en la balaustrada de la ventana huyó, buscando refugio en un lugar más seguro. En ese momento, Irene también deseó tener un par de alas para escapar lejos de allí y no tener que enfrentarse a su decepción.

Había pasado más de un cuarto de hora y el profesor seguía sin aparecer. Y estaba claro que no iba a hacerlo. La puesta en escena que le había preparado con el té, la música y su ausencia era su manera de decirle adiós. Hugues le estaba anunciando educadamente que la gramática del amor se había acabado para siempre y que ya no quería verla nunca más.

El piano se animó con una especie de marcha militar al mismo ritmo que los latidos de su corazón. ¿Qué era aquella música? Había algo familiar en ella.

De repente se oyó un crujido e Irene se quedó muy sorprendida al ver entrar en el despacho a Peter. Ya no lo esperaba.

—Discúlpame Irene, pero tuve que salir. Ha sido una mañana horrible y necesitaba tomar un poco el aire.

—¿Qué ha pasado?

Como Hugues no respondía, ella siguió preguntando, cada vez más compungida.

—¿Es por mi culpa? ¿Ya no quieres volver a verme?

La risa cristalina del profesor disipó todos sus temores como por encanto.

—Nada más lejos de mis intenciones. El día ha mejorado mucho desde que has aparecido tú.

—Pero entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó reconfortada.

—He tenido malas noticias de un familiar —respondió él con una mirada huidiza.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes. Ahora estoy muy contento. Veo que has empezado a poner en práctica lo que has aprendido con el libro de Stefan Zweig.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que has sido capaz de expresar con claridad tus temores, en lugar de guardártelos para ti misma. Tú creías que no quería verte más,

¿no es así? ¿A que ahora te sientes mejor?

—Sí...

—Al decirme lo que sentías has liberado esos sentimientos y les has dado vida. Si te los hubieras guardado para ti, como la protagonista de *Carta de una desconocida*, se habrían convertido en otra cosa.

—¿En qué?

—En lo que has escrito en las conclusiones de tu trabajo —argumentó, y a continuación tomó de su mesa el ensayo de Irene y leyó en voz alta—: «*El amor que permanece oculto, que no se expresa, se convierte en un monstruo que devora corazones. Hay que arriesgarse y dejarlo salir, aun a riesgo de estrellarse*». Yo no lo hubiera dicho mejor.

Peter pareció entristecerse y calló.

Afuera, la tarde se había convertido en negra noche y la lluvia caía a plomo. La habitación se iluminaba de vez en cuando con los fogonazos blancos de los relámpagos.

—¿Te gusta esta pieza de Sergei Rachmaninoff?

—dijo cambiando de tema.

—La verdad es que me sonaba, pero no sabía

de quién era.

—Es su obra más conocida, el *Concierto Número 2*. Resulta tan difícil de ejecutar que los pianistas la llaman familiarmente «Rocky 2», porque deja noqueado al intérprete.

Irene sonrió ante aquella curiosidad. Peter continuó:

—Rachmaninoff está considerado uno de los últimos compositores románticos y fue un gran pianista. Esta obra la escribió tras recuperarse de una depresión muy profunda. Se la dedicó al médico que lo ayudó a superar la depresión.

—Es mágica —reconoció ella.

—Sí, es maravillosa, el concierto romántico por excelencia. Si tienes oportunidad, deberías escucharlo algún día en directo.

—Lo haré. Pero todo esto no tiene nada que ver con Stefan Zweig, ¿verdad?

Irene se había despistado con aquel repentino cambio de tema. Hugues reflexionó un momento y se apasionó al declarar:

—En realidad sí tiene que ver. Rachmaninoff y la mujer de *Carta de una desconocida* son ejemplos de algo que nunca debemos permitir que suceda.

Si llevamos dentro una pasión y no se la confiamos a nadie, ni siquiera a la persona que más nos ama, se acabará estancando, pudriendo. Las consecuencias pueden ser catastróficas.

—¿Y eso sí tiene que ver con lo que te ha pasado esta mañana?

—Sí. Este libro me hace pensar en mi mujer.

Irene no se atrevió a ir más allá, aunque le hubiera gustado preguntarle de qué había muerto.

Hugues se acercó al equipo de sonido y subió el volumen, poniendo punto final a la conversación y sin dejar lugar para más preguntas.

14. DIOS BENDIGA LOS VESTIDOS NUEVOS

El jueves Irene tuvo que saltarse el entrenamiento matinal porque su clase iba de excursión al Museo Real, en Truro, la pequeña capital de Cornualles. Un autocar los recogía para llevarlos a la ciudad a las ocho en punto.

Acostumbrada a madrugar, llegó de las primeras al punto de recogida. Allí se encontró con unos cuantos alumnos y el profesor de gimnasia, un cincuentón con la nariz eternamente enrojecida y modales militares que iba a acompañarlos. Poco después apareció Martha, con los ojos hinchados por falta de sueño y expresión de querer matar a quien se le pusiera por delante.

—Vaya rollo de excursión —gruñó entre dos bostezos—. Si al menos nos llevaran al Museo de la Sidra...

—¿Y eso te parecería más divertido que el Museo Real? —preguntó Irene, asombrada por las ideas estrambóticas de su compañera.

—Pues sí. Seguro que al terminar la visita nos darían a probar un poco.

Irene rio. ¡Era primera hora de la mañana y la inglesa ya estaba pensando en beber! Tan pronto subieron al autocar, Martha cayó dormida como un tronco y no se despertó hasta que llegaron a Truro una hora y media después.

Los recibió la guía del museo, una chica vivaracha que les hizo pasar hacia el interior, donde los esperaba una colección de vestidos regionales, fotografías viejas y cachivaches extraños. Una de las atracciones destacadas era un precursor del coche ecológico en forma de cafetera que, según les explicaron, funcionaba con gasógeno.

Irene caminaba por el museo junto a Martha, que rezongaba por lo bajo todo el tiempo y no la dejaba concentrarse en las detalladas explicaciones de la guía. Acababan de parar frente a una colección de teteras de porcelana antiguas cuando

su amiga le dio un codazo.

—Eh, imira eso, Irene! —siseó al señalar una salida de emergencia.

—Ya lo veo, ¿y qué?

—No seas boba. Es una señal para que huyamos de aquí ahora mismo. Esto es inaguantable. ¿Teteras? ¡Por favor! Acompáñame, rápido... —la apremió, agarrándola del brazo.

Irene protestó, pero la inglesa era mucho más corpulenta que ella y la arrastró con facilidad hasta que cruzaron la salida.

—¿Estás loca? ¿Adónde quieres ir? ¡Nos va a caer una buena bronca como se den cuenta de que nos hemos largado!

—Nadie se enterará, no seas paranoica. Les queda más de una hora de visita guiada, y luego otras dos horas de proyección. Para cuando terminen, nosotras ya habremos vuelto.

—¿Pero de dónde? —gritó Irene, exasperada.

—¡De compras! Esto es un rollazo, y tú necesitas renovar tu fondo de armario. No me importa que de vez en cuando me robes alguna camiseta, pero ya es hora de que tengas tus propios modelitos, ¿no crees? Además, dentro de una semana se

celebra la Winter Break y tienes que triunfar, o será tu muerte en la pequeña sociedad de Saint Roberts. ¡Vamos! En Truro hay un par de tiendas monísimas. Encontraremos el vestido perfecto para ti. *Allez, allez-hi!*

Aquella primera exclamación en francés y las palabras mágicas «Winter Break» convencieron a Irene de que no había nada que hacer. En el colegio nadie hablaba de otra cosa: la fiesta que se celebraba cada año el primer viernes de diciembre. Todo el mundo, Martha incluida, andaba excitadísimo con el evento. Irene no entendía el porqué de tanta agitación. Se imaginaba la típica fiesta con ponche, música mala y cuatro adornos de papel colgados del techo.

Consultó su reloj y pensó que, después de todo, tendrían tiempo para una pequeña excursión clandestina. El profesor de gimnasia era un hombre despistado, y seguro que no se daría cuenta de su ausencia.

Martha la tomó de la mano y empezaron a caminar hacia la calle principal. Irene suspiró y la dejó hacer.

La inglesa parloteaba sin cesar acerca de faldas

de licra, tops de lentejuelas y otros horrores que pretendía hacerle probar. Irene no le prestaba atención y se dedicaba a observar a la gente en sus quehaceres matutinos.

Las pintorescas tiendas de flores exhibían apretados ramos silvestres, rosas de todos los colores y unas calas de un exótico tono azul que no había visto nunca; el escaparate de una pastelería mostraba montones de dulces de hojaldre y unos panes grandes y redondos de aspecto crujiente; los puestos de fruta de la calle vendían manzanas, plátanos y peras de todas clases por piezas.

Irene pidió una pera japonesa, que le envolvieron en papel marrón. Le fue dando bocados mientras se maravillaba ante la cantidad de gente con la que se iban cruzando aquella mañana. Acostumbrada al colegio y a la solitaria aldea de pescadores a la que iban de vez en cuando, Truro le parecía una gran metrópolis.

—*Et voilà!* ¡Ya hemos llegado! —Martha le arrancó la pera de la mano y la tiró a una papelera—. No puedes entrar en Blessthatdress comiendo

fruta como una campesina.

Irene miró el escaparate y se preguntó a qué venía tanta ceremonia. Blessthatdress era una tienda bastante normalita de ropa de segunda mano, o *vintage*, como prefería decir Martha. En Inglaterra era habitual comprar ropa usada, por lo que había muchos establecimientos de aquel tipo.

Cuando ya se disponían a entrar, oyeron un claxon a sus espaldas. Un chico pelirrojo les hacía señas desde un coche.

Martha lanzó un grito y corrió hacia el desconocido. Los dos se abrazaron, él todavía en el interior del vehículo, e Irene vio que se ponían a charlar animadamente. Su amiga le hizo señas para que se acercara también y le presentó a un tal Mark.

Recordó que al principio del curso Martha había salido con un chico que se llamaba así. Con el codo fuera de la ventanilla, su ex se la comía con los ojos, y ella le hacía ojitos, encantada con la situación. Los coches que venían detrás empezaron a pitar y a impacientarse, y entonces el joven conductor propuso a la inglesa que fueran a un sitio un poco «más tranquilo».

Irene puso los ojos en blanco ante la obviedad de la propuesta y esperó, aburrida, la negativa de Martha. Pero su compañera soltó una risita y subió al coche sin pensarlo dos veces. La parejita arrancó entre gritos de júbilo y diciendo adiós con la mano.

Martha era del todo imprevisible, pensó, fastidiada. La había convencido para escaparse juntas del museo y, a la mínima oportunidad, la dejaba tirada en medio de la ciudad para irse con el primero que pasaba.

Decidió que, ya que estaba allí, echaría un vistazo a lo que tenían en Blessthatdress. Nada más cruzar la puerta comprendió la fascinación de su amiga. El escaparate, sencillo y poco llamativo, no hacía justicia a los tesoros en forma de vestidos que había allí reunidos.

Algunos eran piezas antiguas de tejidos caros, claramente diseños de alta costura. También había modelos juveniles e informales escogidos con un gusto exquisito. Era una ropa preciosa, mucho mejor que nueva, porque respiraba personalidad.

Irene eligió un vestido elegante y femenino de lana gris que se pegaba con suavidad a su cuerpo,

una falda negra en forma de trapecio con la longitud perfecta y una blusa de seda color Burdeos a juego con una chaqueta corta de punto.

La propietaria de la tienda, una simpática francesa casada con un inglés de la zona, la aconsejaba sobre colores, tallas y complementos. Todo era increíble, y le costó un buen rato decidirse.

Al final acabó comprando muchas más prendas de las que había previsto. Salió de allí con un guardarropa nuevo y un enorme agujero en su tarjeta de crédito para emergencias, pero estaba segura de que su madre lo aprobaría. Siempre le insistía para que dejara de vestirse como un chico y, al menor descuido, le tiraba a la basura las sudaderas raídas y sus zapatillas de lona gastadas.

Sintió frío y se dio cuenta de que llevaba el abrigo desabrochado. Soltó una de las bolsas de papel satinado y se detuvo frente a una peluquería para subirse la cremallera. En la puerta había un joven con el cabello rubio muy corto. Fumaba y seguía todos sus movimientos con interés. Irene le

devolvió la mirada, molesta por su descaro.

—Nena, tienes un pelo precioso. Yo podría hacer maravillas con él.

El chico se había acercado y empezó a tocarle el cabello y a retirárselo de la cara. La miraba como si fuera una obra de arte renacentista salida de un cuadro. Tenía acento italiano y hablaba deprisa, alargando las vocales, con una voz aflautada y modales afeminados.

—De verdad, es puro satén. Te pareces a Lily Collins, aunque tú tienes los ojos mucho más bonitos que ella... Vente conmigo, bonita, que te voy a hacer un corte de pelo que no te va a reconocer ni tu padre.

Irene no tenía ni idea de quién era Lily Collins, pero echó un vistazo al salón de peluquería y le gustó su ambiente desenfadado e informal. Había tres peluqueras más poniendo tintes de colores y planchando cabellos al ritmo vertiginoso de una música ligera yailable.

Miró el reloj. A aquella hora sus compañeros debían de estar con la proyección de la película sobre el Cornualles del siglo XVIII.

«¿Por qué no?», se dijo antes de entrar en la

peluquería con paso decidido.

15. UNA NUEVA IRENE

Irene canturreaba alegremente en la ducha. Había aprovechado la suspensión de la última clase de la mañana para concederse un entrenamiento extra que le había sentado de maravilla. Y aún quedaba un buen rato antes de que empezara la primera sesión de la tarde.

Mientras se duchaba con agua bien caliente, se sorprendió al notar la dureza de los músculos de sus piernas, la tersura de su abdomen y la tensión en sus bíceps. Hacía un par de semanas que comprobaba cómo el ejercicio le estaba cambiando el cuerpo y la postura. Se notaba más estilizada y, sin darse cuenta, caminaba con los hombros erguidos, de modo que incluso parecía que tenía más pecho.

Se envolvió con una gruesa toalla antes de escoger con cuidado la ropa que iba a usar aquella

tarde. Ya era hora de estrenar alguno de sus conjuntos nuevos. Eligió un vestido corto verde oscuro con escote en V y ligeramente entallado. Se puso unas medias gruesas de un tono parecido y botas negras altas. A continuación empezó a secarse el cabello. Tal como le había prometido el peluquero, su melena estuvo lista con sólo un golpe de cepillo.

En el espejo vio sorprendida lo que un buen corte de pelo y un vestido nuevo pueden hacer con el aspecto de una chica.

La Irene discreta que trataba de pasar desapercibida y tiraba sus hombros hacia delante, como si quisiera hacerse más pequeña, había dado paso a otra persona. Los rasgos eran los mismos, pero ahora lucían de manera espectacular.

Había conservado su larga melena, pero ahora parecía más brillante. Su peinado nuevo le daba un aire pícaro y seductor, con un flequillo irregular y las puntas entresacadas. Incluso sus ojos parecían más grandes y su boca más llena.

Aquella ropa femenina y con personalidad destacaba sus formas, enfatizadas aún más por el garbo con el que ahora caminaba. El resultado era

sorprendente. Casi no se reconocía en aquella nueva imagen de mujer sofisticada y un poco bohemia.

Sonrió al espejo con picardía, se lanzó un beso con la mano y decidió darse un toque de brillo rosado en los labios. Por primera vez en su vida le apetecía ponerse guapa y no esconder a nadie el resultado.

Tomó el bolso y los libros para sus clases y salió hacia el aula. Por el pasillo notó cómo la miraban de manera diferente. Le parecía un poco exagerado que le prestaran tanta atención. Al fin y al cabo, ella era la de siempre, sólo que con una capa de chapa y pintura.

Se entretuvo un momento en secretaría para entregar una encuesta que les habían pedido y al final se le hizo tarde. Entró en el aula cuando todos sus compañeros estaban ya sentados esperando a la profesora de Historia.

Como no estaba habituada a los tacones, tropezó y el ruido al chocar contra el pupitre atrajo todas las miradas hacia ella. Se abrió paso entre un coro de murmullos, «ahs» y «ohs» más o menos disimulados. Las chicas cotilleaban sobre el

nuevo *look* de «la forastera» y especulaban sobre la marca de su vestido. Heather le dedicó una mirada admirativa y levantó el dedo pulgar, dándole su aprobación. Los chicos, por su parte, se la comían con los ojos sin ningún disimulo. Nadie le quitaba la vista de encima, sobre todo Liam, que no escondía su cara de sorpresa.

Irene se sentó, incómoda. Martha también la miraba con la boca abierta.

—¡Chica! No pierdes el tiempo.

—Ni tú tampoco —repuso al recordar la espantada de su amiga el día anterior.

Ignorando las miradas, sacó su libreta y se dispuso a escuchar a la señorita Clovis, que acababa de entrar en el aula.

La clase de aquel día tenía un aliciente especial para ella, porque iban a hablar de la Rusia imperial. A Irene le interesaba el final del siglo XIX, tres décadas antes de la Revolución rusa, porque era la época en la que se situaba *Ana Karenina*, el clásico de Tolstoi que estaba leyendo para la gramática del amor.

La señorita Clovis pidió que repasaran durante

diez minutos las seis páginas del libro de texto que hablaban del tema. A continuación, siguiendo su costumbre, los acribillaría a preguntas, como si estuvieran en un concurso de televisión. La diferencia era que en lugar de jugarse dinero, viajes o un coche, los alumnos se jugaban puntos positivos o negativos para sus calificaciones trimestrales.

Irene odiaba aquel sistema puramente memorístico, pero se sabía el capítulo al dedillo tras haberlo leído un par de veces para buscar información sobre la época, así que se permitió desconectar.

Hasta el momento ni una sola de las novelas elegidas por Hugues la había decepcionado. Todas tenían algo que las hacía inolvidables, y parecían llegar a ella justo cuando las necesitaba.

Llevaba leído menos de un tercio de *Ana Karenina* y aún no sabía por qué caminos iba a llevarla el escritor ruso. Esperaba que no la decepcionara, porque era un buen tocho. Contaba la historia de Ana, la esposa de un alto funcionario ruso que se enamora apasionadamente del conde Vronsky, un joven militar. La protagonista decide

vivir su amor en contra de las convenciones sociales de la época, y esto, según rezaba la contraportada del libro, la empuja a un final trágico.

—Cerrad los libros. Heather, empezaremos por ti —graznó la señorita Clovis, a la que todos la llamaban «la cacatúa» por su voz de pájaro afónico—. Dime, ¿cómo se llamaba el último zar de Rusia y cuándo fue coronado?

—¿1902? ¿Se llamaba Romanov o... algo así? —contestó la rubia, vacilante.

—Está claro que no has leído el mismo libro que los demás. Liam, díselo tú. —El rompecorazones de la clase estaba embobado mirando a Irene—. ¿Liam? ¿Estás entre nosotros? Si es así, manifiéstate.

—Perdone, señorita Clovis. Fue Nicolás II, y lo coronaron en 1894, creo.

—Crees bien. Gracias, ya puedes sentarte.

—Heather, te voy a dar otra oportunidad, aunque ya sabes que no creo en ellas. ¿Puedes decirme qué dos ideologías emergieron con fuerza durante las últimas décadas del zarismo?

La interpelada palideció, incapaz de encontrar

ninguna respuesta en su cabeza. Desde la fila de al lado, Irene trató de ayudarla y le susurró:

—¡Comunismo y anarquismo!

Pero Heather no la entendía y, desgraciadamente para ella, la señorita Clovis no sólo tenía el pico afilado, sino también el oído.

—Muchas gracias, Irene —dijo pronunciando su nombre a la inglesa: *Ai-ri-ni*—. Como te veo con ganas de hablar, dínos, por favor, el nombre de tres escritores de la edad de oro rusa, o sea, del siglo XIX.

—Pushkin, Tolstoi y Dostoyevski —respondió sin vacilar.

Si la profesora había querido pillarla en un renuncio, había escogido muy mal el tema de sus preguntas.

«La cacatúa» la miró con frialdad y anotó algo más en su libreta. Con un par de preguntas adicionales terminó aquella especie de Trivial Pursuit de la historia de Rusia. Acto seguido, la profesora les pidió que trabajaran un tema de su elección en grupos de tres.

Martha y Heather no tenían ni idea de qué

aspecto del siglo XIX ruso escoger, pero a la primera le llamó la atención algo que Irene había anotado en su cuaderno de trabajo.

—¿Es cierto que la gente de clase alta hablaba en francés entre sí? ¡Como yo! —gorjeó.

—Sí, y también en inglés. Eran considerados idiomas cultos, por el hecho de que procedían de las ciudades cosmopolitas y modernas del mundo.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —preguntó Heather—. Oye, ¿y esos rusos sabían divertirse o eran unos muermos? Porque con esos nombres tan serios...

—La nobleza, sobre todo en San Petersburgo, celebraba muchas fiestas, bailes, tés... Se pasaban el día chismorreando, como si vivieran en un pueblo grande, e iban a menudo a las carreras de caballos. Sí, creo que se divertían mucho.

También había descubierto en sus lecturas que durante la decadencia del Imperio las costumbres se relajaron. Contar con una amante, por ejemplo, era un deporte tolerado, una costumbre tolerada para los hombres casados. No tenía más consecuencias que algún comentario jocoso en el salón de turno. De hecho, *Ana Karenina* empieza

con la visita de Ana a su hermano para ayudarlo con sus problemas conyugales, originados por una infidelidad con la niñera de sus hijos.

Irene siempre se había preguntado si tras el divorcio de sus padres había habido algo así. Su madre no quería hablar de ello, y no tenía tanta confianza con su padre como para preguntarle a él. Ambos se habían limitado a un discurso hermético y cansino acerca de que «se habían vuelto muy diferentes el uno del otro». Sin embargo, un destello de dureza en sus ojos y los labios apretados de su madre cuando alguien hacía referencia a su reciente ex marido hacían sospechar otra cosa.

Martha le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—Pssst... Mira detrás de ti. Disimula, como si se te cayera el lápiz.

Irene le hizo caso y vio a Liam con los ojos fijos en ella, totalmente embelesado. La miraba como si ella fuera un hueso jugoso y él un perro hambriento. Recuperó el lápiz, pero no quiso seguirle el juego a Martha.

Liam le daba un poco de pena, siempre a la caza

de lo que se le pusiera por delante. Él se creía un donjuán, pero no era consciente de que ni siquiera escogía a sus ligues. Se limitaba a salir con todas las que se le ponían a tiro, siempre con aquella urgencia, aquella sed nunca satisfecha por tener la agenda llena, daba igual con quién.

Comparó su desengaño de hacía sólo unas semanas con el de Kitty, uno de los personajes de *Ana Karenina*.

Kitty es una chica joven e inexperta que se deja impresionar por el conde Vronsky. Éste la corteja con éxito, y todo parece indicar que el idilio acabará en boda. Pero la aparición de Ana, de quien cae inmediatamente enamorado, da al traste con las ilusiones de Kitty, que enferma gravemente a causa del desamor.

A Irene las lágrimas le habían durado poco, e incluso le habían resultado útiles al final. En cualquier caso, no tenía ganas de pensar más en Liam: aquel jueguito de miradas le parecía una pérdida de tiempo.

—Venga, chicas, trabajemos un poco. Estoy segura de que «la cacatúa» nos va a sacar a la

pizarra las primeras.

16. UNA CARRERA HASTA EL ACANTILADO

El viernes por la tarde Irene tomó sus bártulos y se sentó en las gradas del estadio de atletismo a leer. Necesitaba un poco de tranquilidad.

Se había vuelto tan popular que Martha no dejaba de proponerle planes y salidas nocturnas. La perseguía por todas partes con su voz de pajarillo, tentándola con fiestas, cervezas en el *pub* y paseos clandestinos.

Aquella tarde se había escabullido aprovechando que la inglesa estaba hablando por teléfono con uno de sus ligues.

Saboreando por fin su soledad, Irene respiró hondo hasta llenarse los pulmones con el aire frío y vivificante de finales de noviembre. Luego tomó un sorbo del té de frutas que había comprado en la cafetería del colegio. El viento le mordía las

mejillas y notaba cómo la humedad calaba poco a poco su ropa, pero por lo menos no llovía.

Se subió las solapas del abrigo, bebió más té y abrió la vieja edición de *Ana Karenina* que había sacado de la biblioteca días atrás.

Quería concentrarse en el libro y, sobre todo, en las anotaciones que otra vez había encontrado en los márgenes de las páginas. Tenía fuertes sospechas de quién podía ser el comentarista de la estilográfica, gracias a una de las notas que la había puesto sobre la pista:

*RACHMANINOFF,
CONCIERTO N.º2.
LOS SENTIMIENTOS
SIEMPRE TERMINAN
POR AFLORAR.*

El comentario, que le había hecho pensar de inmediato en Peter Hugues, aparecía al final de una escena muy emocionante en la que Ana asiste junto con su marido a las carreras de caballos. Vronsky, su amante, es uno de los jinetes y se cae del caballo en plena competición. Ana no es capaz

de ocultar su desesperación al pensar que le ha pasado algo grave. Con su reacción pone en evidencia delante de toda la buena sociedad, y de su marido, lo que siente por el conde.

Irene no sabía a qué atenerse. Estaba segura de que las notas pertenecían a su profesor, pero no sabía si las había puesto allí para que ella las encontrase, o si las había escrito años atrás y ella las estaba leyendo ahora por casualidad.

En cuanto a las otras notas, las que parecían provenir de un alumno, seguían pareciéndole muy graciosas, pero no tenía la menor idea de quién podía ser su autor. En una página había subrayado la siguiente frase:

Dos hombres, su marido y su amante, constituían para ella los dos centros de su vida, y sin ayuda de los sentidos percibía su proximidad.

Al lado, había escrito:

*¡QUÉ BIEN SE LO MONTA
LA KARENINA!*

Irene rio involuntariamente. Pese a que aquellas líneas banalizaban el sufrimiento de Ana, de quien no se podía decir precisamente que se lo *montara* bien, contrastaban con la solemnidad de los comentarios de Hugues.

De improviso, sintió que una mano se posaba sobre su hombro.

—¡Buh!

—Muy gracioso, pero no me has asustado —dijo al ver que se trataba de Marcelo.

—¿Qué haces aquí así vestida? ¿Hoy no corres?

—Ya corrí esta mañana —respondió Irene cerrando el libro de mala gana.

—¡Menudo tocho estás leyendo! *Ana Karenina*... ¿De qué va?

—Es un poco largo de explicar. ¿Vas a ir esta noche a la Winter Break? —preguntó ella para desviar su atención.

—Tengo que salir, y no creo que me dé tiempo. El señor Graham vuelve a estar enfermo y me ha pedido que le recoja unas medicinas en la farmacia de la ciudad. Iré con la moto y tardaré un buen rato.

—Estás hecho una hermanita de la caridad. No

te gusta salir de noche, apenas bebes, llevas medicinas a los ancianitos del pueblo... ¿Cómo puedes ser tan bueno? Venga, si vienes esta noche te prometo que bailaré contigo —dijo con picardía.

—En ese caso vendré seguro... Aunque te advierto que no me gustan mucho estas fiestas.

—Genial, entonces nos veremos por allí. Así podrás comprobar que corro mucho mejor de lo que bailo —bromeó ella.

—Hablando de correr, ¿has leído el artículo que te pasé sobre los *fartleks*?

Irene recordó lejanamente que le había dejado una revista especializada, pero no le había prestado atención, entretenida como estaba con sus otras lecturas. Y ahora no sabía a qué se refería con aquella palabreja.

—Da igual, te lo explico rápido. Los *fartleks* son entrenamientos para mejorar el fondo del corredor a través de los cambios de ritmo. Se entrena en campo abierto, en terrenos irregulares como estos. Si te animas, podemos empezar con ellos el fin de semana.

—Si tú crees que puede funcionar, de acuerdo... ¡Falta cerca de un mes para la carrera de fin de

trimestre!

—Estoy seguro de que quedarás entre las primeras, Irene. ¡Si ya no te sirvo ni como liebre!

—Claro que me sirves, tonto —rio ella.

—En realidad, el otro día me atrapaste sólo porque me despisté.

—Venga ya, te cogí porque soy mucho más rápida que tú.

—¡Vamos a comprobarlo! —se entusiasmó Marcelo— Te reto a una carrera hasta el acantilado. A ver si te sigo sirviendo como entrenador.

—Pero si vamos vestidos de calle, y sin zapatillas...

—¿Es que tienes miedo? —dijo él para picarla.

—¿Miedo yo? Ahora verás...

Irene se quitó el abrigo y se preparó para correr con su vestido de princesa. Por suerte, en aquella ocasión no llevaba tacones.

Bajaron de las gradas y Marcelo dio la salida junto a la caseta del utillaje. Ella pensó que era una suerte que a aquella hora no hubiera nadie entrenando. Los hubieran tomado por un par de

chiflados, riendo y corriendo como locos con ropa de calle.

Marcelo enseguida se adelantó e Irene aceleró la marcha para tratar de atraparlo. Él giraba la cabeza de vez en cuando y le iba lanzando pullas que la desconcentraban, pero ella no se daba por vencida. Se estaba dejando las suelas de sus bailarinas nuevas con el roce de la piedrecillas y el barro del camino, pero no le importaba. Estaba decidida a ganar como fuera y a demostrarle que podía correr más rápido.

Era prácticamente imposible, ya que él medía casi medio metro más que ella y se entrenaba con el equipo desde niño. Aun así, Irene corrió como nunca y a punto estuvo de atraparlo.

Marcelo tuvo que sujetarla por la cintura en el último momento, porque parecía que ella no iba a detenerse al llegar al abismo donde terminaba el acantilado.

—¡Eh! ¿Adónde vas? El suelo termina aquí. A partir de esta roca sólo compiten los pájaros.

—No iba a ninguna parte, sólo corría. De acuerdo, has sido más rápido. Por esta vez...

Los dos sudaban y respiraban con dificultad tras

el esfuerzo. Marcelo la seguía sosteniendo por la cintura, sin aflojar su abrazo. La apretaba suavemente contra sí. Irene sintió cómo se erizaba todo su cuerpo, desde la punta de los dedos de los pies hasta el último de sus cabellos. Tragó saliva, convencida de que Marcelo iba a notar su turbación. Aun así, no quiso apartarse,

Nunca lo había mirado tan de cerca, y se dio cuenta de que tenía una boca muy bonita, de labios rojos y carnosos. Un fogonazo de calor le recorrió la piel. Marcelo la agarraba con firmeza pero delicadamente, como si ella fuera un objeto muypreciado. Por un momento, ella tuvo la certeza de que en sus brazos estaba segura y que, pasara lo que pasara, él nunca la dejaría caer.

El ganador de la carrera acercó su rostro al de ella y dijo:

—Si quisiera, ahora podría besarte y tú no podrías impedirlo.

—Es posible, pero no vas a hacerlo —repuso Irene, jadeante.

—¿Cómo estás tan segura?

—En primer lugar, porque en el fondo eres un caballero. Te tengo calado.

Irene vio cómo su boca se aproximaba irremediablemente y se preguntó qué sucedería a continuación.

—¿Y segundo? —preguntó él, casi en un susurro.

—Segundo... ¡Porque no tienes narices!

Aprovechó su desconcierto para zafarse del abrazo, que él había aflojado sólo durante un segundo. Cogió el borde de la falda con las manos y echó a correr, riendo, en dirección a la pista.

Marcelo la miró alejarse hasta que su figura se convirtió en una mancha difusa entre los árboles.

17. WINTER BREAK

Cuando Irene supo, meses atrás, que sus padres la enviaban a estudiar a un internado británico, enseguida imaginó un lugar frío y lluvioso, con grandes nevadas en invierno.

Había metido en su maleta un anorak de esquí y unas gruesas botas impermeables forradas. Los había utilizado alguna vez, sobre todo durante las primeras semanas, pero lo cierto era que los inviernos de Cornualles no eran tan fríos como se temía, y rara vez nevaba.

Llovía bastante, eso sí, y muchos días amanecían brumosos, pero el frío era soportable, incluso para una chica mediterránea como ella.

Por esta razón le pareció curioso que el cartel de la Winter Break, la esperada fiesta de entrada del invierno en Saint Roberts, tuviera como motivo la nieve. Su lema era poco imaginativo: «*iEntra en*

calor». Los alumnos del último curso encargados de la organización no se habían exprimido precisamente las meninges, pensó.

Los pósteres colgaban por todas partes desde hacía una semana para presentar a la mascota de la fiesta: un enorme muñeco de nieve que habían bautizado como *Snowy* y que iba a presidir el baile desde lo alto del escenario. En su honor, todos los asistentes debían acudir vestidos con alguna prenda de color blanco, requisito imprescindible para que el comité de festejos los dejara entrar.

La Winter Break se celebraba en el gimnasio de la escuela, convertido por unas horas en discoteca móvil. Martha le había explicado que la fiesta tenía pocos años de solera. Había empezado como la reunión clandestina de un puñado de alumnos mayores que se reunían para beber y bailar en el aparcamiento de los profesores.

Al enterarse la dirección del colegio, habían decidido que, ya que las ganas de diversión de los chicos no aflojarían, al menos iban a canalizarlas para tenerlos algo más controlados.

Desde entonces se permitía que los cursos más elevados se encargaran de organizar todos los

detalles. Por una vez, los profesores hacían la vista gorda y desaparecían rápido de la fiesta para que los chicos se divirtieran a sus anchas. Los organizadores tenían la misión de velar por el orden y la seguridad de la fiesta. En todos los años que llevaba celebrándose, nunca se había producido ningún incidente importante, exceptuando algún que otro baño nocturno en el estanque de las carpas mutantes.

Irene pasó toda la tarde encerrada en su habitación con Martha, que estaba excitadísima; se había probado al menos cinco conjuntos diferentes, pero era incapaz de decidirse por uno. Ella le había aconsejado uno al azar, compuesto por una falda corta, negra, y una camiseta ajustada con la leyenda *Let The Hamsters Free*. Llevaba el dibujo de una jaula con la rueda de plástico que normalmente sirve de gimnasio a esos animales.

Por su parte, Irene se puso el conjunto que había comprado en Blessthatdress especialmente para aquel día: pantalones negros ajustados con un ligero toque ochentero y un top de seda, negro también, con transparencias en las mangas. El

corte de las dos prendas era especial, como todo lo que había comprado en la tienda *vintage*, y parecía hecho a su medida. Dibujó una dramática raya negra sobre sus espesas pestañas y, por una vez, se pintó los labios de un rojo electrificante.

Su aspecto era sensual y cómodo a la vez, perfecto para una noche de marcha, aunque ella dudaba que aguantara más de un par de horas en la fiesta. Por la información que le había llegado hasta el momento, la Winter Break tenía pinta de ser el típico baile con cerveza barata y música cutre enlatada.

Cuando entró en el gimnasio, que estaba a oscuras excepto por la luz que proyectaban unos potentes focos colgados del techo, se dio cuenta de que no había acertado con sus suposiciones. La Winter Break no tenía nada de típico.

La gente vestía, como ya le había advertido Martha, con sus mejores galas. Le costó reconocer a alguno de sus compañeros porque no estaba acostumbrada a verlos con su ropa «de guerra».

Había muchas faldas cortas, muchos tejanos ajustados, muchos tops sin mangas, gomina a

montones y tacones, muchos tacones.

En el ambiente flotaba un aroma letal, mezcla de los fuertes perfumes que se habían puesto algunas chicas y del pastel de zanahoria con canela con el que la cocina, siguiendo una tradición de la que nadie recordaba el origen, había obsequiado a los asistentes.

Lo primero que llamó su atención fue que, a diferencia de las pocas discotecas de Barcelona que había pisado, donde todos los chicos vestían igual —vaqueros y camisas lisas ellos, vaqueros y tops provocativos ellas—, los ingleses tenían *looks* de lo más variopinto.

Había algunos chicos con el clásico pantalón vaquero, pero llevaban americanas combinadas con camisetas de lemas divertidos. Otros habían optado por pantalones anchos arremangados y sombreros de fieltro, camisetas con la bandera jamaicana, camisas de cuadros, cadenas, pulseras metálicas...

Algunas chicas llevaban falda, casi todas corta; otras muchas se habían puesto *jeans*, y unas pocas, vestidos. Todas, sin excepción, habían sacado del armario lo más provocativo que tenían

y se pavoneaban por la pista con una cerveza en la mano, moviendo las caderas al ritmo de una música bastante aceptable.

Pese a lo que prometía el cartel, los alumnos mayores se habían esmerado con la ambientación del gimnasio, que estaba irreconocible. Había luces de colores, un potente equipo de sonido, un alumno mayor pinchando con pose de DJ profesional y un generoso surtido de bebida y *snacks*. Del techo colgaban unas vistosas bolas de nieve cubiertas de purpurina que lanzaban destellos hipnóticos al ser heridas por los focos. En el centro de la pista, elevado sobre una especie de tarima, habían puesto a *Snowy*, el simpático muñeco de nieve que guiñaba un ojo y levantaba el pulgar, deseando a los alumnos un frío y divertido invierno.

Irene se alegró de haberse esmerado con el maquillaje y la ropa para no desentonar. La música era pegadiza y los pies se le iban solos siguiendo el ritmo. Se había sentado a observar el ambiente en una de las sillas de tijera que rodeaban la pista, pero en seguida llegó Martha con dos cervezas en la mano y cara de pocos amigos.

—¡Tendrá morro! ¿Pues no se ha presentado en la fiesta con otra pava?

—¿A quién te refieres?

—A quién va a ser, ¡a Josh! Míralo, ¡ahí va! Con su nuevo bomboncito cogido de la mano. ¡Es increíble!

El becario de la biblioteca caminaba hacia la pista de baile con una desconocida muy guapa.

—Pero, ¿estabais saliendo? —Irene se perdía entre las idas y venidas amorosas de su compañera.

—No... exactamente. Hace una semana que no me coge el teléfono. ¡Y ahora, esto! Los hombres piensan con el rabo, créeme. Una vez han conseguido lo que quieren de ti, te desprecian y se pasean con otra delante de tus narices. ¡Será desgraciado!

—No es por llevarte la contraria, pero tú te fuiste en el coche de Mark el otro día.

—¡Eso es diferente!

—¿Por qué?

—Yo ya sabía que él me estaba dejando, pero él no sabía que yo lo sabía, ¡ésa es la diferencia!

¿Entiendes?

—No mucho, la verdad, pero cuentas con todo mi apoyo —se apresuró a declarar.

—Además, Mark tiene la libido de un pescado con gelatina como los que sirven en el Dog & Bone. El otro día me hizo recordar por qué lo dejé. Me empleé a fondo con él, así hasta le metí la mano dentro de la bragueta mientras conducía! Pero a la hora de la verdad... Lo que yo te diga, igualito que una anguila: frío y resbaladizo. Además, no soporto a los tíos que no saben besar. Mark te mete la lengua hasta el fondo y te llena la boca de saliva: ¡es asqueroso!

Afortunadamente, la conversación se interrumpió con la entrada triunfal de Heather en el baile. Era evidente que la rubia ya llevaba encima algo más que un par de cervezas, porque le costaba caminar en línea recta. Poco antes de llegar a las sillas tropezó con sus propios pies y cayó, con tan poca fortuna que la falda de vuelo que llevaba se le subió hasta la cintura y obsequió a los presentes con una buena panorámica de su ropa interior. Martha rio e Irene se levantó para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo. No debería haberme bebido ese último cubata, pero Jared insistió tanto... Ay, Irene, no hagas caso a los chicos, todos quieren lo mismo. Luego se olvidan de ti.

Dicho esto, se echó a llorar desconsoladamente. Martha aprovechó para desaparecer de escena.

Irene trataba de encontrar las palabras adecuadas para que Heather se calmara. Le limpió los churretones de maquillaje con un pañuelo de papel y le retiró el pelo de los ojos.

—Oh, Irene, ¡eres tan buena! Me gusta la gente buena. Yo soy buena también, ¿sabes?

—Claro que sí, Heather.

—¿Te caigo bien?

—Sí, mucho.

Heather volvió a sollozar e Irene decidió que era el momento de llevársela a su habitación a dormir la mona. Por suerte apareció Rosalinde, su compañera de cuarto, que la arrastró hasta el lavabo para refrescarla y hacerle beber café. En ese momento, Martha, que había contemplado la escena desde lejos, decidió reaparecer.

—Venqa, forastera, ¡es hora de bailar!

Las dos corrieron hasta la pista, e Irene, que ya estaba harta de escuchar declaraciones catastróficas acerca de los chicos, se dejó llevar por la música. El DJ estaba pinchando un tema *funk* muy rítmico que habría hecho levantarse a un muerto.

Martha echó en la cerveza un buen chorro de whisky. Llevaba escondida en el bolso una de esas botellitas de minibar de hotel. Irene probó el combinado en su propio vaso. Sabía fatal, pero la bebida se le subió a la cabeza y pronto se encontró riendo y bailando como una loca junto a la inglesa, que agitaba los brazos arriba y abajo y giraba como si fuera una peonza. Cuando se mareaba, empezaba a describir diagonales como si fuera una gogó encima de la barra de una discoteca.

Tras veinte minutos de baile frenético, agradecieron que empezaran a sonar las canciones lentas para recuperar un poco de aliento.

Acababan de desplomarse en sus sillas cuando apareció Liam. Estaba tan guapo que cortaba la respiración, con su delicado cabello rubio detrás de las orejas y una camisa blanquísima de marca.

Martha dio un respingo al verlo, pero Irene ni se inmutó.

—Hola, Irene. Estás muy guapa con ese nuevo peinado.

—Gracias —dijo ella secamente.

—¿Te apetece que bailemos? —preguntó con su voz más seductora.

—No, mejor no. Prefiero descansar.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Entonces bailaré con Martha —anunció.

La aludida la miró pidiéndole permiso con los ojos. Irene se encogió de hombros. Le importaba bien poco lo que hiciera Liam, y si Martha quería bailar con él, era libre de hacerlo.

La pareja de baile no se alejó demasiado. Su amiga la miraba con los ojos muy abiertos y trataba de disculparse sin hablar, poniendo cara de mártir. Luego se daba la vuelta siguiendo el ritmo de la música, abrazada a Liam, y era él quien la observaba; apretaba los labios con la misma rabia que Irene ya le había visto en el Dog & Bone, cuando Peter lo puso en su sitio.

Irene empezó a sentirse incómoda con tanta

miradita. Justo cuando pensaba en marcharse de la fiesta, Josh se plantó ante ella con una de sus reverencias teatrales.

—¡Ratita!

—¡Josh! Vaya, ¡estás muy guapo! —dijo, aliviada de que la distrajera de aquella situación violenta.

El bibliotecario se había vestido igual que la noche de la fiesta clandestina en su habitación, con una camiseta blanca de algodón y su media melena lisa y bien peinada. Ella se fijó en su nariz pequeña y perfecta bajo sus ojos dulces de oso pardo, que normalmente pasaban desapercibidos tras las gruesas gafas de pasta.

—Tú sí que estás impresionante. ¿Qué te has hecho? —la cogió por los hombros y la hizo girar sobre sí misma, boquiabierto.

—Poca cosa, sólo un corte de pelo.

—¡Guau! O quizá debería decir ¡miau!, ratita —declaró mientras le acariciaba el cabello con el dorso de la mano.

—¿Dónde está tu chica? —preguntó Irene.

—Decidió que se aburría y me ha dejado plantado.

—Vaya, lo siento.

—Yo no, así podemos charlar de nuestras cosas —dijo con tono de confianza mientras acercaba su silla—. ¿Qué estás leyendo esta semana? ¿Sigues con tus novelones románticos?

—Estoy con *Ana Karenina*.

—En ese caso estás disculpada. Tolstoi era un verdadero genio, y un idealista.

—Fundó una especie de escuela libertaria para los pobres, ¿verdad? Pero al final se la cerraron.

—Sí. Era de los que quisieron cambiar el mundo. Fue el precursor de la no violencia, y sus ideas inspiraron a Gandhi y a Martin Luther King, aunque también hizo algunas cosas extravagantes. Era hijo de una princesa y de un conde, pero terminó trabajando de zapatero un montón de horas al día, comiendo lechuga y durmiendo sobre un colchón en el suelo. Con ochenta años se escapó de su casa, porque su mujer no entendía que quisiera vivir como un monje.

—Todos tenemos una historia, ¿verdad? —añadió Irene, que no había atendido demasiado a la lección de Josh.

—Seguro.

El bibliotecario la miró de repente como si la viera por primera vez. Sin poder resistir el impulso, volvió a acariciarle el cabello.

—¿Y cuál es la tuya, Josh? —preguntó Irene con curiosidad, mientras le aguantaba la mirada sin apartarse de la caricia.

—La mía es... una historia larga y aburrida. Seguro que la tuya es mucho más interesante, forastera. Venga, vamos a bailar y me la cuentas.

Josh la tomó por la cintura y la condujo hacia el centro de la pista.

Irene se sentía bien con él. Era una de las personas con las que más hablaba en Saint Roberts. Aunque en realidad no lo conocía demasiado, le caía simpático. Además, era emocionante tratarlo fuera de su hábitat natural, la biblioteca. Mientras la abrazaba, ella percibió su olor, un suave aroma a champú y a ropa recién lavada. Le gustaban los chicos que olían a limpio y nada más.

Al girar hacia las sillas se acordó de Martha y de Liam, que seguían bailando muy juntos cerca de allí. Su compañera de cuarto llevaba rato observándolos y la miraba como si quisiera

asesinarla. Irene trató de ignorarlos, pero su amiga estaba dispuesta a montar un numerito para recuperar la atención de Josh y, de paso, molestarla a ella. Sin previo aviso, agarró a Liam por el cuello y se puso a besarlos salvajemente.

Heather, que había logrado reintegrarse a la fiesta, agarró a Irene del brazo y le espetó:

—¿Es que no vas a darle dos bofetadas a esa sucia *robanovios*?

Irene no dijo nada. No sabía si se debía al whisky con cerveza que había tomado o a aquella situación violenta, pero empezaba a sentir náuseas.

—Me parece que ese par no va a dejarnos tranquilos en toda la noche —susurró Josh—. —¿Quieres que salgamos de aquí y vayamos a un sitio más relajado?

—¿Como cuál?

—Los organizadores de la fiesta hemos montado un pequeño *chill out* en el piso de arriba. Es sólo para VIPs.

El bibliotecario la tomó de la mano y la sacó del gimnasio con agilidad. Todavía mareada, Irene lo siguió sin rechistar por las escaleras.

Al llegar al piso superior, donde no había estado nunca porque ya nadie lo utilizaba, Josh se detuvo y sacó una llave del bolsillo. Una puerta desvencijada chirrió al abrirse. Sobre ella colgaba un viejo cartel en el que se leía:

LABORATORIO DE QUÍMICA

18. QUÍMICA Y FÍSICA

Una música suave con un fondo de olas de mar surgía del viejo laboratorio. Sin soltarle la mano, Josh la condujo al interior, que apenas estaba iluminado. La enorme sala estaba ambientada como si fuera un *chill out* de playa, con sofás, velas y grandes cojines blancos repartidos por todo el suelo.

Varios plafones de bambú hacían de paredes y compartimentaban el laboratorio en pequeños camarotes, que podían cerrarse con unas cortinas para ganar intimidad. Las bombillas de color rojo que colgaban del techo daban al lugar un aspecto sórdido, y las risitas, murmullos y gemidos que salían de los compartimentos cercanos no dejaban lugar a dudas.

Irene vaciló y estuvo a punto de huir de aquella especie de picadero al que la había llevado el

bibliotecario. Sin embargo, la curiosidad por saber qué haría él a continuación era demasiado fuerte.

Nunca había estado en un sitio como aquel, y el alcohol que llevaba en el cuerpo la volvía más osada de lo habitual. Además, se trataba de Josh. Era un chico delicado, así que Irene se dijo que si las cosas iban demasiado lejos y ella no se sentía cómoda, no tendría problemas para frenarlo.

Josh sacó dos botellines de cerveza de una nevera semioculta en una estantería, lo que dejó claro que conocía el lugar al dedillo.

Caminaron muy juntos por una especie de corredor y entraron en el último de los reservados, que exhibía claras señales de haber sido utilizado hacía poco. Josh se apresuró a quitar de en medio, con una mueca de asco, dos vasos medio vacíos y algo que, en la semipenumbra, a Irene le pareció un tanga de color negro.

—Hay mucha gente vulgar por aquí —declaró con repulsión, mientras cerraba las cortinas.

Irene se sentó en el sofá y él se colocó a su lado, muy cerca. Sus rodillas se tocaban y ella se sintió excitada y expectante. Le pareció gracioso que aquel lugar fuera un antiguo laboratorio de

química, y que ahora los veteranos de Saint Roberts lo hubieran convertido en una especie de laboratorio del amor.

Aquella noche, Irene iba a dejar que Josh hiciera experimentos con ella. No sabía hasta dónde iba a llegar, eso ya lo decidiría cuando llegara el momento. Pero él parecía vacilar, como si no supiera muy bien cómo dar el siguiente paso.

—¿Quieres que apague la luz? Puedo desenroscar la bombilla y...

—Ni hablar. Quiero ver todo lo que pasa.

—Esto es lo que pasa —dijo Josh mientras se quitaba la camiseta, dejando al descubierto su torso desnudo.

Al igual que los rasgos de su cara, su pecho parecía cincelado como una escultura griega. Su piel era muy pálida, y los músculos del abdomen se le marcaban. Irene no respiraba.

—¿Por qué te has quitado la camiseta?

—Porque hace calor.

—¿No estamos celebrando que está a punto de llegar el invierno? —preguntó Irene en un susurro.

—No mientras tú estés cerca, ratita.

Dicho esto, se acercó aún más y la besó

lentamente, como si tuvieran por delante todo el tiempo del mundo.

Ella no se lo esperaba. Había imaginado que primero hablarían un rato, y que él volvería a acariciarle el pelo, como antes en el gimnasio. Que luego sus manos se rozarían como por casualidad y finalmente, quizá, él se atrevería a besarla.

Pero el calor del pecho de Josh sobre el suyo y sus labios repasando cada centímetro de su rostro la hicieron olvidarse de todas sus ideas preconcebidas. A partir de aquel instante, Irene dejó de pensar y se dedicó sólo a sentir.

Venciendo su timidez, lo abrazó y empezó a acariciarle suavemente la espalda, firme como la de un nadador profesional. Él le tomó la cara con las manos, la miró con un deseo incontenible y volvió a besarla, esta vez con más urgencia.

—Irene, me gustas mucho. Llevo soñando con esto desde hace semanas —dijo en voz baja.

—¿De verdad?

Irene no tenía ganas de hablar y sabía que lo que él sentía por ella no era precisamente amor. Prefería no pensar en nada y seguir explorando,

buscando con sus dedos en todos los huecos cálidos de su pecho y de su abdomen, fibrado y suave como una tabla de madera bien pulida.

—Desde el primer día que te vi. Eres muy guapa, eres tan...

Esta vez fue ella quien lo silenció con un beso profundo y apremiante. Quería perderse en su boca, desaparecer, fusionarse en aquella agradable calidez. No necesitaba más palabras. Josh aumentó la intensidad de sus caricias y sus manos se movieron por su ropa, buscándole los pechos. Le levantó el top e Irene terminó de quitárselo con un movimiento rápido, dejando al descubierto el delicado sujetador blanco con el que había cumplido el requisito de entrada a la Winter Break.

Josh enmudeció y la miró embobado durante unos segundos. Irene lo besó de nuevo, muy excitada, y él se arrodilló sobre el suelo, entre sus piernas. La cogió por la cintura desde abajo y empezó a besarla lentamente, desde el vientre hasta los pechos. Sus manos luchaban con el cierre del sujetador. Ella se dio cuenta de que se estaba poniendo nervioso porque los dedos le temblaban, tal vez porque no era capaz de abrirlo.

—Espera, ya lo hago yo.

Con un gesto experto, Irene se deshizo de la prenda y dejó al descubierto sus senos, blanquísimos, perfectos y suaves. Josh se apartó de ella unos centímetros, como si quisiera apreciar toda su belleza mientras ella gemía, vencida por el deseo.

Pero Josh no se acercaba. Parecía dudar de nuevo, como al principio.

Irene lo tomó con suavidad por la cabeza y lo atrajo hacia sí hasta que lo tuvo encima de su cuerpo. Los dos se abrazaron y rodaron por el sofá, hasta aterrizar en los cojines. Irene reía a carcajadas sin dejar de rodearlo con sus brazos. Su piel era increíblemente suave para ser un chico y no podía apartar los dedos de ella.

Josh se apretó contra ella, que suspiró al notar el bulto duro que se le clavaba en las caderas. Él bufaba, como si le costara contener la excitación.

—Irene, Irene... —gemía.

Ella llevó una de sus manos hacia el vientre de él, tratando de introducirla por debajo del pantalón. Estaba totalmente desinhibida y sentía mucha curiosidad, puesto que nunca antes había

llegado tan lejos con un chico.

Josh sudaba y seguía lanzando bufidos y gemidos hasta que, de improviso, calló y se retiró de su abrazo.

—¿Qué pasa? ¿Es que he hecho algo mal? — preguntó Irene.

El bibliotecario estaba pálido como un fantasma y su labio inferior temblaba. Irene bajó la mirada y descubrió el motivo de su estupor: una enorme mancha en sus pantalones blancos, especialmente escogidos para la Winter Break.

Josh enrojeció, se puso la camiseta a todo correr y le lanzó la suya. Murmuró una disculpa con un hilo de voz y salió corriendo de allí sin volver a cerrar las cortinas.

19. *WINTER CRASH*

Irene volvió a su habitación sin pasar por el gimnasio. No le apetecía meterse otra vez en el barullo de la fiesta ni enfrentarse a Martha, que debía de estar hecha un basilisco al comprobar que Josh y ella habían desaparecido juntos. Además, necesitaba poner en orden sus ideas y reflexionar acerca de lo que acababa de suceder.

Al llegar, con la cabeza aún enturbiada por el alcohol, se quitó los zapatos y se sentó sobre la cama con el ordenador portátil sobre su regazo. Abrió el correo electrónico, deseando que alguna de sus amigas de Barcelona estuviera conectada en aquel momento. Necesitaba chatear un rato y confesarse con alguien.

Mientras aguardaba la conexión, encendió su iPod en modo aleatorio y se puso los auriculares. Sonaron los primeros acordes del *Concierto*

Número 2 de Rachmaninov, que había grabado para su trabajo con Hugues, y el piano tuvo un efecto pacificador sobre su corazón, agitado por los acontecimientos de la noche.

No había nadie conectado a aquellas horas, pero encontró un mensaje de Zoe, que le preguntaba cómo iba todo y si había conocido a algún chico «interesante». También tenía un correo de su madre. Irene había olvidado contestarle un sms de la noche anterior en el que le proponía que charlaran por teléfono al caer la tarde. Se puso a responder sin ganas, sólo para evitar que le cayera una bronca.

De: Irene

Para: Mamá

Asunto: Re: ¿Hay vida?

Hola, mamá,

Perdóname por no haber contestado tu mensaje de ayer. Se me fue el santo al cielo preparando un trabajo de clase y luego ya era tarde para llamarte. Por aquí todo va bien. Sigue sin nevar, y me han dicho que es difícil que eso suceda nunca.

Recibí tu paquete con las libretas y el jersey, que

es precioso. ¡Mil gracias!

Espero que no tengas demasiado trabajo y que salgas un poco este fin de semana. Mañana te llamaré, a la hora de siempre.

Un beso,

Irene

PS: Antes de que te lo empieces a preguntar, estoy despierta a estas horas porque tengo que estudiar para un examen, pero ahora mismo apago la luz y me voy a la cama. ;-)

Irene dejó el ordenador sobre el escritorio sin ningún remordimiento por las mentiras piadosas que acababa de contar. Su madre aún estaba sensible, y no quería preocuparla con sus cosas.

Se tumbó en la cama con los brazos detrás de la cabeza y se puso a escuchar el romántico concierto de Rachmaninov. Aquella música apasionada y melancólica encarnaba para ella toda la magia y la delicadeza del amor. Nada que ver con la película un tanto sórdida que acababa de vivir al lado de Josh.

No tenía muy claro por qué le había seguido el juego y había acabado con él en el reservado.

Recordó que le había parecido guapo la noche de la fiesta clandestina en su habitación, pero nunca había tenido interés por él, más allá de sus conversaciones en la biblioteca. Al parecer, Josh se había fijado en ella de otro modo, aunque ella no lo había advertido.

Irene se preguntó si detrás de todo aquello sólo estaba su curiosidad, o si el hecho de haber cambiado de aspecto y haberse convertido en otra, en cierto modo, la había impulsado a lanzarse a la aventura.

El concierto llegaba a su fin y, de repente, se sintió vacía.

Había sido divertido dejarse llevar por una vez, se dijo. Su experimento con el bibliotecario había sido agradable y muy excitante, a pesar de su final accidentado, pero no le apetecía repetirlo. La próxima vez que se liara con un chico quería poner toda su alma en ello, vivirlo como una experiencia única y a la vez eterna. Como el concierto de Rachmaninov.

Irene se preguntó si el amor sublime que Hugues y ella estudiaban en sus clases privadas existía en la vida real o era sólo una ficción que

poseía a unos cuantos románticos trasnochados.

Si sólo se podía encontrar en las novelas de género, entonces, ¿qué era el amor? ¿Dos cuerpos buscándose en la oscuridad sin saber apenas nada el uno del otro? ¿A eso se reducía todo? Después de su experimento en el laboratorio, se preguntaba qué sentiría al besar unos labios queridos, al acariciar la piel y el cabello de alguien que de verdad le importara.

Se puso el pijama y se metió en la cama con *Ana Karenina*. Un poco de lectura la acabaría de tranquilizar, y quizás lograra conciliar el sueño. Ya iba por la mitad del libro y se había enganchado a las dos historias principales. Por un lado estaba la de Ana y Vronsky.

Ana, embarazada de Vronsky, termina por confesar a su marido lo que siente y se pone en sus manos. Él se niega a concederle el divorcio y la amenaza con separarla para siempre de su hijo. Ana entiende que su decisión de vivir una pasión ilícita la ha privado de todo. Sólo le queda Vronsky, nada más.

Y luego estaban Levin y Kitty. La que en otro tiempo bebía los vientos por Vronsky, termina

casándose con Levin, a quien en principio rechazaba.

Irene leyó un pasaje en el que la reciente pareja acaba de tener una discusión.

Sólo entonces comprendió Levin por primera vez lo que no comprendiera al llevársela de la iglesia después de la boda. Se dio cuenta de que no sólo quería mucho a Kitty, sino que ignoraba dónde terminaba ella y dónde empezaba él, debido a la dolorosa sensación de desdoblamiento que experimentó en aquel instante. Al principio se molestó, pero no tardó en comprender que ella no podía ofenderlo, ya que constituía una parte de su propio ser.

Conmovida, Irene se preguntó cómo debía de ser sentirse tan unida a otra persona. Con el alma aún revuelta por la música, tuvo nostalgia de un sentimiento que nunca había experimentado. Lo más cerca que había estado de aquello había sido con Peter, la noche que él la llevó al *pub*. Ella se había sentido en una nube, casi como Cenicienta con su príncipe azul en el baile. Pero el cuento, en

su caso, no había tenido precisamente un final feliz.

Leyó un par de páginas más, hasta que sintió que los párpados le pesaban. Comprobó en el reloj de la mesita de noche que era más de la una. No quería que Martha la encontrara despierta y empezara un altercado a aquellas horas, así que apagó la luz, pero se dio cuenta de que le iba a resultar muy difícil dormir.

Tenía sed, un efecto secundario de la cerveza con whisky que había tomado, y su mente no cesaba de recrear una y otra vez los momentos más intensos de la noche.

Al levantarse a oscuras para coger una botella de agua, se asustó al oír unos golpecitos en la ventana. Fue a mirar quién era y se quedó de piedra al descubrir tras el cristal la figura de Peter Hugues, recortada por la luz de la luna.

Irene acababa de pensar en él y, como por arte de magia, aparecía ahora llamando a su ventana. ¿Y si se había dormido y lo que estaba viendo a través del cristal era un sueño? Contuvo las ganas de pellizcarse en el brazo, porque era evidente que estaba despierta.

¿Pero qué hacía allí el profesor a esas horas de la madrugada?

Su mente empezó a barajar posibilidades y rápidamente se imaginó lo peor. Los profesores debían de haber hecho una ronda rutinaria por la fiesta y habían descubierto el *chill out* del viejo laboratorio de química. Los alumnos mayores habían tenido que confesar y ahora serían castigados todos lo que habían pasado por allí aquella noche.

Para eso venía a buscarla.

Muerta de vergüenza, abrió la ventana y se preparó para recibir una buena bronca. Peter estaba pálido como la cera y la miraba con gravedad. Irene ni se atrevía a levantar la vista, pero él habló rápido y sin rodeos:

—Irene, necesito tu ayuda. Marcelo ha tenido un accidente.

20. EL PACIENTE INGLÉS

Irene sintió que un sudor frío le empapaba las sienes al escuchar las palabras de Peter. Recordó su cita con Marcelo en la fiesta, que había olvidado por completo, y se sintió desfallecer.

Para su alivio, el profesor le aclaró que el chico estaba bien, aunque el accidente podría haber tenido consecuencias muy graves. Al parecer, la moto había derrapado sobre el hielo en una carretera secundaria y Marcelo se había dado un fuerte golpe en la cabeza. Había conseguido llamar a una ambulancia antes de perder el conocimiento y lo habían atendido en el hospital de Truro.

Aparte de un brazo roto y de una leve conmoción, no había sucedido nada irreparable, pero los médicos le habían advertido que debía hacer reposo absoluto. Era muy posible que sintiese vértigos y mareos constantes durante

semanas.

Como los padres de Marcelo vivían en Australia, desde el hospital habían llamado al colegio hasta dar con Peter, que había acudido a recogerlo. Pero al salir del coche se había dado cuenta de que no podría arrastrarlo él solo hasta su cuarto, porque Marcelo estaba tan afectado por los sedantes que le habían administrado que las piernas no le respondían. Por eso había decidido buscarla.

—¿Y por qué yo? No me malinterpretes, pero no soy precisamente una persona fuerte, y Marcelo mide casi metro noventa.

—No sabía a quién más acudir. Los médicos me dijeron que en la ambulancia no dejaba de repetir tu nombre. De hecho, los sanitarios que lo atendieron creían que eras su novia o algo así.

—Vaya —balbució ruborizada—. Será porque teníamos que encontrarnos en la Winter Break.

Llegaron a la explanada donde Peter había dejado el coche mal aparcado, con las luces y el motor encendidos. Irene abrió la portezuela y palideció al ver el rostro magullado de Marcelo, que llevaba un brazo en cabestrillo y exhibía multitud de pequeños cortes en un lado de la cara.

Tenía la frente vendada y bajo los esparadrapos se adivinaba un enorme chichón.

—Tú sí que sabes cómo llamar la atención de una chica —bromeó Irene para ocultar que estaba sobrecogida.

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer —repuso él con una sonrisa bobalicona fruto de la cantidad de calmantes que llevaba encima.

—¿Puedes incorporarte un poco? —dijo Huges — Yo te sostendré. Irene se pondrá al otro lado y hará de soporte secundario. Espero que no te ofendas —añadió mientras le guiñaba el ojo.

—En absoluto.

Avanzaron penosamente por el patio hasta llegar a la entrada de la residencia de chicos. Marcelo caminaba con los ojos muy abiertos, porque decía que si los cerraba el mundo le daba vueltas. Incluso así, de vez en cuando le asaltaba el vértigo y tenían que parar.

Afortunadamente, la habitación se encontraba en el primer piso y sólo tuvieron que subir un tramo de escaleras. Una vez en su cuarto, que el chico no compartía con nadie, lo acomodaron con cuidado sobre la cama. Irene iba amontonando

cojines bajo su cabeza.

—Estoy bien, no necesito más cojines, de verdad —protestó.

—¿Os apetece un té? Lo hago en un momento.

Irene se puso a trajinar con el hervidor de agua y las tazas. Por alguna razón, se sentía extraña en la misma habitación que Peter y Marcelo. Prefería tener las manos ocupadas para que nadie lo notara.

—Te dejo en buenas manos —dijo Peter mientras se encaminaba a la puerta—. Si no me necesitas más esta noche, voy a acostarme. Volveré por la mañana para ver cómo te encuentras. No te olvides de llamar a tus padres.

—De acuerdo, profesor Hugues. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. Hasta luego, Irene.

Cerró la puerta sin darle tiempo a contestar, pero a ella le pareció ver un destello de ironía en sus ojos.

—Me temo que no voy a poderte hacer de liebre durante un par de días —se disculpó.

—No te preocupes, eso es lo de menos. Lo

importante es que te recuperarás.

Irene acercó la tetera y dos tazas de loza blanca a la mesita de noche de Marcelo, que era antigua y estaba bien restaurada.

—Es bonito tu cuarto. Y tienes suerte de no tener que compartirlo con nadie.

—No está mal. Aunque a veces me gustaría que hubiera alguien para poder robarle los calcetines.

Irene rio al imaginar a Marcelo con el equivalente masculino de Martha como compañero de habitación.

—Créeme, vives mucho mejor así. ¿Está bien el té? ¿Quieres más azúcar?

—Está perfecto. Lamento mucho que por mi culpa te hayan despertado en medio de la noche. Byron... Hugues debe de haberte dado un buen susto.

—No te preocupes, estaba despierta. Eso sí, me asusté al verlo llegar. Aunque estoy segura de que tú eres quien peor lo ha pasado esta noche —añadió dando un sorbo a su infusión—. ¿Cómo sucedió?

—La carretera estaba helada y tuve que frenar para esquivar a un zorrillo que se cruzó. Las

ruedas patinaron con el hielo y caí al suelo. Me di un golpe muy fuerte en la cabeza y noté cómo los huesos del brazo se me rompían.

Irene tragó saliva y dejó que siguiera con su relato.

—Estaba medio inconsciente, pero sabía que si me quedaba allí tirado, en aquella carretera remota, nadie me encontraría y moriría congelado a las pocas horas.

—¿Y qué hiciste?

—Mi teléfono móvil había salido despedido con el tortazo. Me pareció verlo en un parterre cercano, aunque tal como estaba yo en ese momento, era como si se encontrara a cien kilómetros de distancia. Fue un milagro que sacara fuerzas para reptar hacia él, pero lo logré y llamé a emergencias. Luego no recuerdo nada más hasta que desperté en el hospital, con la cara de Hugues a diez centímetros de la mía.

—Es increíble que consiguieras alcanzar el teléfono, magullado y medio inconsciente como estabas. ¿De dónde sacaste las fuerzas?

—Sólo pensaba que no podía marcharme de este mundo sin despedirme de ti —dijo Marcelo

repentinamente serio.

Sentada en la cama junto a él, Irene lo miró a los ojos y guardó silencio. Acarició con la mano sus dedos, que temblaban un poco, antes de quitarle la taza de té. Luego le preguntó en voz baja si quería beber un poco más.

Marcelo negó con la cabeza. Con el tono de media broma que le era característico, añadió:

—Además, habíamos quedado. Y tenía que hacer todo lo posible para acudir a esa maldita fiesta. ¿Qué tal estuvo, por cierto?

—Ni bien ni mal —respondió sofocada—. Hubo un poco de todo. Heather se emborrachó y cayó en medio de la pista. Hubo que darle café y ponerle la cabeza bajo agua fría. Y Martha montó uno de sus numeritos. Lo mismo de siempre.

Irene no quiso dar ningún detalle más. Después de lo que Marcelo acababa de explicarle, sintió vergüenza por todo lo que había sucedido en la Winter Break. Estaba segura de que él la juzgaría como una chica superficial y ligera de cascos si llegara a saber la verdad algún día.

—Tienes cara de cansada. Deberías irte ya a la

cama. No te preocupes por mí, Irene. Con todos los calmantes que me han dado, voy a dormir doce horas de una tirada.

—De acuerdo, pero volveré por la mañana. Tengo que vigilarte o de lo contrario saldrás a correr en cuanto me descuide.

—Espero mejorar muy pronto. No quiero ser una carga.

—No lo eres, de verdad —repuso ella—. Yo... estoy feliz de que sigas en este mundo —añadió con timidez.

Marcelo había cerrado ya los ojos, e Irene no supo si había llegado a oír sus últimas palabras. Le arregló las sábanas para que estuviera más cómodo durante la noche. Tras una última mirada, salió de la habitación sin hacer ruido.

21. EL TREN

La semana pasó muy rápido para Irene. Casi sin darse cuenta había llegado a su fin. Era domingo y los días habían volado entre las clases y las visitas a Marcelo por las tardes. Él seguía sin salir por culpa de los vértigos que lo aquejaban constantemente, aunque los médicos le habían dicho que su evolución era buena y que en pocas semanas estaría completamente restablecido.

El miércoles anterior no había habido sesión de gramática del amor porque Peter tenía un seminario en Londres. Irene agradeció que la citara el fin de semana para una salida fuera de Saint Roberts. Así podría acabar *Ana Karenina*, que tenía un poco abandonada desde que hacía de enfermera.

Aún era de noche cuando terminó de preparar la bolsa para la excursión, en la que no olvidó

introducir su trabajo y el libro. Tras la ventana oía silbar un viento gélido que sacudía los arbustos y cubría de escarcha los parterres en hibernación. Parecía que el mundo se hubiera detenido aquella mañana de diciembre y fuera a quedarse para siempre así, congelado.

Peter ya la estaba esperando en la explanada, con el motor de su viejo Jaguar encendido y la calefacción a toda potencia. Tomaron la carretera hacia Truro, que a aquella hora de la madrugada estaba desierta. Él estaba de buen humor, aunque algo más serio que de costumbre.

El viaje trascurrió prácticamente en silencio. Irene se adormecía, mecida por el vaivén del coche y el agradable calor. Peter la dejó descansar, aunque de vez en cuando le lanzaba miradas interrogativas que ella no advertía. Finalmente se durmió, agotada, y despertó al llegar a la estación de trenes de Bodmin.

En cuanto divisó la pintoresca locomotora a vapor pintada de rojo, blanco y verde, comprendió por qué el profesor la había llevado hasta allí. Los trenes eran un motivo importantísimo en *Ana Karenina*. Al inicio de la novela, Ana asiste en la

estación de Moscú a un accidente que mata a un hombre y es, a la vez, el presagio del final trágico de ella, que se arroja a las vías.

Subieron a un vagón que a Irene le pareció sacado de un cuento. Sentado frente a ella en un compartimento de madera, Peter empezó con la cuarta lección de su particular gramática.

Sacó el trabajo de la mochila y se lo pasó, cabizbaja. Siempre temía no estar a la altura cuando le entregaba un escrito. El profesor leyó con gran atención las cuatro páginas, tituladas *Las dos caras del amor*, y ella aprovechó para contemplarlo a su antojo. Seguía serio y tenía el ceño fruncido, como siempre que leía, en un gesto que le parecía encantador. Llevaba una camisa azul claro y un jersey grueso de un tono más oscuro. Sus ojos reflejaban alternativamente uno de los dos azules, según el ángulo de la luz que entraba por la ventana.

Irene suspiró y se concentró en el paisaje. El páramo estaba desolado. Al atravesarlo en aquel vagón de otra época, que silbaba y traqueteaba como una máquina infernal, se le ensombreció el ánimo. ¿Adónde la conducía aquel tren? ¿Y cuál

era el fin de aquellas lecciones?

No estaba segura de lo que sentía por Peter ni de qué era ella para él. Su profesor nunca había hecho o dicho nada que demostrara un interés romántico por su parte, pero Irene había sentido la intensidad de su mirada y las chispas que habían saltado cuando se cogieron de la mano, hacía ya un par de semanas. Luego él había cerrado todas las compuertas.

Peter terminó de leer y la miró con expresión grave.

—Tienes toda la razón. La mayoría de las novelas románticas, como has escrito en tu trabajo, terminan de manera trágica.

—Pero ¿por qué es así? No he sido capaz de llegar a una conclusión —repuso ella.

—Yo creo que casi lo has logrado. Mira lo que dices aquí:

Parece, pues, que en el amor sólo existan dos posibilidades. Por un lado está la pasión desenfrenada, que llena a sus protagonistas de sentimientos cercanos al éxtasis y que arrasa con todo lo que se interpone a su paso, sin importar

las consecuencias. Es el amor entre Vronsky y Ana, que los condena, sobre todo a ella, a desaparecer del mundo y perder todos sus asideros. Por otra parte tenemos el amor tranquilo, quizá más convencional, de Kitty y Levin.

—Son dos caras de la misma moneda —se reafirmó ella—. Entonces, ¿todas las grandes pasiones tienen que acabar mal? Si no queremos sufrir, ¿tenemos que conformarnos con uno de esos... amores tranquilos? El de mis padres no terminó precisamente bien.

—Las personas cambian, Irene. Estoy seguro de que tus padres nunca imaginaron que un día dejarían de quererse. Y eso puede suceder. De hecho, sucede todo el tiempo. Pero el amor tranquilo no tiene nada de malo. Ya lo comprobarás algún día.

Irene se enfurruñó, porque no le gustaba que Peter le hablara como si fuera su hermano mayor. El tren emitió un fuerte pitido al pasar de largo por una estación, y aquel sonido los sobresaltó.

—Hoy te he traído aquí porque quiero contarte algo —dijo con semblante serio.

—¿De qué se trata? —preguntó ella con toda su atención puesta en él.

—Esta vez no se trata de ninguna novela, sino de mí. Dudé mucho a la hora de incluir este libro en nuestra lista de lecturas, porque me trae demasiados recuerdos. En primer lugar, porque fue una de las primeras que compartí con Clea, mi mujer. Ya te conté que solíamos leernos fragmentos de nuestros libros preferidos por las noches, junto a la chimenea.

Irene se los imaginó en un salón confortable, con una espesa alfombra sobre el suelo de madera. Clea se sentaría a leer a los pies de un sillón donde Peter descansaría mientras le acariciaba el cabello.

—Sé que tienes curiosidad, y creo que lo que viví con ella puede serte útil algún día. Por eso me he decidido a contarte mi historia. No se la he confesado a nadie hasta ahora. Verás, Irene, lo peor de todo es que el final de *Ana Karenina* es muy parecido al de mi mujer. Clea también se suicidó.

Irene se quedó de piedra al oír estas palabras, que Peter pronunció con el rostro contraído por un

dolor tan profundo que la angusti6. Contuvo el impulso de abrazarlo y de darle consuelo, porque no quer6a dar otro paso en falso.

—Eso es horrible. Lo siento much6simo. 6C6mo pas6?

—Sucedi6 en mi primer a6o como profesor despu6s de licenciarme. Clea y yo encontramos empleo en el mismo instituto del extrarradio de Londres. Era un lugar complicado, con muchos alumnos de familias desestructuradas o disfuncionales, como dicen los americanos. Mi esposa era muy sensible a la violencia, que all6 era el pan de cada d6a. Yo no le di importancia y, aunque muchas tardes ella volv6a de clase temblando o incluso llorando, la tranquilizaba dici6ndole que acabar6a por acostumbrarse, que no deb6a implicarse tanto.

Peter hablaba con la voz entrecortada, como si se sintiera responsable del final tr6gico de aquella historia.

—Un d6a, al regresar tarde a casa, encontr6 las luces apagadas. Me pareci6 raro, pero supuse que ella habr6a salido a cenar con alguna amiga. Esa idea me alegr6, porque llevaba semanas metida en

casa sin ver a nadie. Decía que le daba miedo salir. Y entonces sonó el teléfono. Era la policía, que me citaba para comunicarme que Clea se había lanzado a las vías del metro. En su bolsillo encontraron una nota dirigida a mí. Nunca olvidaré lo que decía:

Peter, amor mío, te pido perdón por lo que voy a hacer. Es fruto de una larga reflexión y sé que no hay otra salida. No quieras entenderlo aún. Aunque ahora te resulte imposible asumirlo, lo hago por ti. No mereces tener a tu lado a una fracasada como yo, que no tolera la vida ni aporta a ella nada de valor. El mundo es un lugar demasiado hostil, yo no sé enfrentarme a él y necesito acabar de una vez con todo este sufrimiento. Con amor, siempre,
Clea

—No era la primera vez que trataba de suicidarse. En su otro intento la sorprendí justo a tiempo, cuando se disponía a hacerlo. Hablamos mucho de aquello y pensé que ya estaba curada. Nunca me lo perdonaré, Irene —sus ojos azules

brillaban con desconsuelo—. Si no hubiera estado tan concentrado en mis estúpidos libros, si le hubiera prestado más atención, entonces quizás... —concluyó, con la voz rota.

—Peter, ¡lo siento tanto!

Irene casi no podía contener las lágrimas. No sabía qué decir para confortarle. Él continuó hablando, como si quisiera desahogarse.

—Por eso aquel día en el acantilado me asusté tanto. Creía que ibas a saltar, como hizo ella. Tú te pareces un poco a Clea. Si te enseñara una foto suya te sorprenderías. Tienes que prometerme que tendrás mucho cuidado. ¡Dime que lo tendrás, por favor!

—Lo prometo. Tendré cuidado.

Profundamente conmovida, Irene no pudo contenerse más y le tomó de la mano en un gesto inocente y espontáneo. Esta vez Peter no se liberó enseguida, pero en pocos segundos llegaron a la siguiente estación y tuvieron que soltarse para apearse del tren.

Caminaron sin hablar durante un trecho hasta llegar a uno de los famosos páramos de la zona.

Él se movía con los hombros encogidos y los

labios apretados, como si tratara de recuperarse de un fuerte golpe. Irene no sabía qué decir, pero el silencio que los envolvía no le resultaba incómodo. Al contrario, aquel paraje desolador, azotado por los vientos, invitaba al recogimiento y a la introspección. Apreciaba mucho que Peter se hubiera sincerado con ella, aunque no alcanzaba a comprender sus motivos.

Fuera como fuera, ahora se sentía aún más cerca de él.

Tras una larga caminata que sirvió para serenar los ánimos, por fin llegaron a Bodmin Moor.

Peter quería enseñarle las reliquias de la edad del bronce que se encontraban allí. A Irene le parecieron imponentes y misteriosas aquellas grandes piedras que se elevaban hacia el infinito. Eran todo un ejemplo, puesto que habían resistido durante siglos el embate de la lluvia y de los vientos.

¿Quién y cómo las habría colocado allí?

De repente se sintió muy poca cosa y se acercó a uno de los túmulos. Se abrazó a él, mientras el aire le agitaba el cabello, y cerró los ojos deseando que le transmitiera la fuerza de aquella roca

eterna.

22. LAS DESVENTURAS DEL JOVEN JOSH

El lunes fue un día lento y pesado. Las clases se le hacían eternas a Irene, que no lograba concentrarse y desviaba sin parar sus ojos hacia la ventana. Un sol tímido jugaba al escondite con unos cuantos jirones de nubes y arrancaba destellos a las ramas desnudas de los árboles, que parecían cuajadas de diminutas frutas brillantes.

Por una vez, se alegró de que no soplara el viento atroz que llevaba días azotando la zona. Aquel vendaval le producía dolor de cabeza y la llenaba de una tristeza difusa. Todavía estaba muy impresionada por lo que Peter le había revelado en el tren. De hecho, le entraban ganas de llorar al imaginar lo solo y culpable que debía de haberse sentido todos aquellos años.

Finalmente, las clases terminaron y, tras dudarlo

unos instantes, decidió acercarse a la biblioteca. Había estado evitando a Josh durante los últimos días, pero aquella situación no debía prolongarse. Necesitaba un libro y no tenía tiempo de encargarlo en la pequeña tienda de la aldea. Además, no había nada de lo que avergonzarse, se dijo levantando la barbilla para infundirse ánimos.

Lo encontró sentado tras el mostrador con una novela en la mano, como siempre, con sus gafas de pasta y una sudadera negra muy usada.

Irene se tranquilizó al verlo así vestido. Aquella tarde prefería enfrentarse al gracioso y familiar bibliotecario que al Josh seductor, rey de los reservados. Aun así, al fijarse en sus manos, le resultó imposible no recordar la suavidad con la que se movían acariciando su cara, su vientre, su... Movi6 la cabeza para espantar aquellos recuerdos inoportunos y ensay6 una sonrisa amistosa.

—Hola, tragalibros.

—¡Irene! —exclam6 6l con mirada alucinada—
¡Por fin! Creí que ya no volverías.

—Estudio aqu6, ¿recuerdas? Y necesito libros.

—Me alegro de verte, entonces, aunque s6lo

hayas venido a buscar lectura —dijo Josh con expresión amargada—. ¿Qué necesitas?

—*Las desventuras del joven Werther*, de Goethe. Y un buen libro que me sirva para situarme en la época. Josh, de verdad, no hace falta que pongas esa cara... Todo está bien. Sigamos como si nada hubiera ocurrido, ¿de acuerdo?

Por toda respuesta, Josh se dio la vuelta y fue a buscar el libro a una estantería cercana. Tras entregarle la novela, que parecía a punto de hacerse trizas de tan usada como estaba, le pidió que lo acompañara al jardincillo interior de la biblioteca. Irene creyó que todavía estaba preocupado por su *accidente* de la noche de la Winter Break y quería disculparse por ello, pero el bibliotecario le reservaba una nueva sorpresa.

Se sentaron en un banco de madera, protegidos por las mamparas de vidrio que convertían el espacio en una especie de cubo transparente. Josh arrancó una hojita de un arbusto de boj cercano y la hizo bailar entre sus dedos. Como no se decidía a hablar, Irene sintió lástima por él y decidió ayudarlo:

—Josh, no tienes que disculparte. Lo que pasó la otra noche les pasa a muchos chicos. Además, habíamos bebido y yo...

—Olvida eso, por favor, no volvamos a hablar de ello. Irene, quiero decirte algo.

Ella se asustó. No estaba segura de poder soportar más confesiones terribles aquella semana.

—¿Qué? —preguntó tragando saliva.

—Ya te dije que me gustaste desde el primer día que te vi. Recuerdo incluso cómo ibas vestida. Llevabas unos vaqueros rotos y un jersey naranja que después no te he vuelto a ver.

Irene se asombró de que recordara tantos detalles, y una parte de su mente trató de recordar dónde había metido aquel suéter.

—Esta semana —prosiguió él— he pasado por un infierno pensando que te había perdido, que no querías volver a hablar conmigo nunca más después de la fiesta. Hubiera sido comprensible, desde luego, porque me comporté como un auténtico canalla.

—Pero ¿qué dices? No hice nada que no quisiera hacer. Tú no eres culpable de nada.

—Déjame terminar, ratita. Lo que quiero decirte

es que fue imperdonable llevarte allí, hacer las cosas de ese modo. Me gustaría volver a empezar, que me dieras otra oportunidad, porque estoy enamorado de ti.

Irene abrió los ojos como platos y palideció. ¿Enamorado? ¿Josh, de ella? Ahora sí que se armaría una buena. Martha iba a perseguirla por todo Cornualles hasta que lograra darle una buena paliza.

—Josh, eso no puede ser. ¡Si casi no nos conocemos!

—Te conozco lo suficiente para saber que te quiero y que nunca querré a ninguna otra chica como a ti.

—Vaya, eso es... muy halagador.

«E inquietante», dijo para sí. Aquella declaración no podía llegar en un momento más inoportuno. Irene se sentía desbordada por los acontecimientos de los últimos días: el accidente de Marcelo, la confesión de Peter... Lo último que necesitaba era tener a un bibliotecario enamorado detrás de sus pasos. Decidió ser clara con él para evitar más malentendidos.

—Josh, verás, estoy pasando por un momento muy complicado de mi vida. No puedo, ahora no puedo pensar en esto. No creas que me arrepiento de nada. Lo que pasó la otra noche estuvo bien y siempre me quedará un buen recuerdo. Pero no puedo corresponder a lo que me dices. Ahora mismo tengo mil cosas en la cabeza.

—Lo entiendo, puedo esperarte.

—No, por favor. No quiero que me esperes, no se trata de eso. Sigamos como siempre, como si nada hubiera ocurrido. ¿Podrás hacerlo?

—Irene, no me resignaré tan fácilmente. Pero tampoco quiero agobiarte. Si quieres, podemos salir alguna vez como amigos. Sólo eso ya me hará feliz. Te prometo que lo del otro día no se repetirá. ¿Te apetece venir conmigo este viernes al cineclub? Ponen *Las dos inglesas y el continente*.

Ella empezó a darse cuenta de que era inútil tratar de razonar con Josh, así que calló.

—Es una peli de François Truffaut de los años setenta —continuó él—. Cuenta la historia de dos hermanas que están enamoradas del mismo hombre. Una historia romántica, como las que te gusta leer.

—Gracias, Josh, pero habrá que dejarlo para otra ocasión. Este viernes estoy ocupada. Ya sabes que Marcelo ha tenido un accidente. Tengo que hacerle compañía y llevarle comida.

—De acuerdo, otro día, entonces —concedió, con el ceño fruncido.

—Hasta luego. Y igracias por los libros!

Cuando ya estaba abriendo la gruesa puerta de madera, oyó los pasos del bibliotecario, que la llamaba de nuevo.

—Irene...

—¿Sí?

—¿Puedo darte dos besos de despedida, como hacéis en tu país?

—Siempre que signifiquen lo mismo que en mi país —respondió ella tras un momento de duda.

Josh la besó en las mejillas, ruborizado como un colegial.

Luego Irene subió las escaleras meneando la cabeza y desistió, en el último momento, de encerrarse en su habitación.

Una ráfaga húmeda le alborotó el pelo, pero esta vez no le importó que el viento volviera a animarse. Con el libro de Goethe bajo el brazo, se

dirigió al estadio de atletismo buscando un poco de paz.

23. UNA LINTERNA MÁGICA SIN LUZ

Irene se encaramó a las gradas, tan arriba como pudo. En esa atalaya, el viento soplaba más fuerte. En compensación, el mundo también parecía más limpio. Ya había oscurecido, aunque el horizonte todavía conservaba algún resto de la luz de la tarde. Aquella era su hora favorita del día, y le encantaba estar en el exterior para disfrutarla.

Leer en su habitación se había convertido en misión imposible los últimos días. Martha la evitaba y, en los pocos momentos en los que coincidían, la inglesa irradiaba tanta energía negativa que Irene creía que iba a caer fulminada allí mismo.

Sacó su termo, en el que aún quedaba un poco del té de mediodía, y se sirvió un vaso. Lo agarró fuerte con ambas manos para tratar de calentarlas.

Allí sentada, con el aullido del viento como compañero, el té y una novela por empezar, se sintió feliz por primera vez en muchos días. Abrió el libro con cuidado para que no acabara de romperse y empezó a leer.

Goethe abría fuego con una nota al lector en la que le advertía que allí se había reunido toda la información posible acerca del «desgraciado» Werther. Irene se dio cuenta de que la novela era una sucesión de cartas del protagonista dirigidas a su amigo y confidente.

El lenguaje era barroco y enrevesado, claramente de otra época, pero pronto se acostumbró a aquel tono inflamado y se sumergió en la lectura, olvidándose del mundo exterior.

Las desventuras del joven Werther cuenta la historia de un joven sensible que pasa una temporada en el campo. Allí conoce a una chica, Lotte, de quien se enamora inmediatamente pese a saber que está comprometida con Albert, un caballero mucho mayor que ella. Aunque su amor es imposible desde el principio, Werther no puede dejar de verla y se hace amigo de la pareja, a la

que visita con frecuencia. Finalmente Lotte pone fin a esas visitas, que le parecen inadecuadas, y, tras despedirse los dos con un beso, Werther decide suicidarse.

Irene había leído la contraportada del libro, que desvelaba el trágico final. Inmediatamente se acordó de Peter y de la terrible historia de su mujer, y se le hizo un nudo en el estómago.

La oscuridad había avanzado. Ni siquiera los potentes focos alcanzaban a iluminar todos los recovecos sombríos del estadio. El viento se había detenido y el bosque cercano estaba envuelto en una espesa niebla, cuya humedad levantaba pequeñas nubes de vapor alrededor de las luces.

Irene alzó los ojos hacia el horizonte, invisible ahora, y se acordó de Marcelo. De repente, lo echó de menos. Le gustaba su sencillez y su buen humor, siempre tratando de animarla para que corriera más deprisa. Sin él, la pista de atletismo le parecía un lugar desolado y triste, incluso un poco siniestro, con aquella niebla amenazadora que parecía tener vida propia.

Releyó unas palabras de la primera página del libro que antes le habían pasado desapercibidas y

que ahora sintió que le hablaban directamente:

¡Y tú, alma sensible y piadosa, oprimida y afligida por iguales quebrantos, aprende a consolarte en sus padecimientos! Si el destino o tus errores no te permiten tener cerca a un amigo, que este libro pueda suplir su ausencia.

Contradiendo al literato, Irene pensó que lo que su alma sensible y afligida necesitaba en aquel momento era un amigo y no un libro. Con un impulso urgente e inesperado, recogió sus cosas y corrió a visitar a su liebre.

Lo había visto todos los días desde su accidente, a excepción del sábado y el domingo anteriores, porque había estado ocupada con su trabajo y con la excursión a Bodmin. Movida por aquel extraño anhelo, ahora le parecía que habían pasado siglos desde que lo visitara por última vez.

Lo encontró recostado sobre la cama, vestido con uno de sus cómodos chándales, y la embargó una alegría enorme y absurda que le costó disimular.

—Ya pensaba que te habías cansado de mí — dijo él a modo de saludo.

—¡Nada de eso! He estado muy liada, pero vengo dispuesta a molestarte un buen rato. Si me dejas.

—Pues claro. Pero te advierto que vas a aburrirte conmigo. Nunca fui el payaso de la clase, pero desde que estoy en cama reconozco que soy una auténtica lata.

—No será para tanto... ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Una carrerita hasta el acantilado?

—No, bobo, elige algo que *sí* puedas hacer. Si no te decides, empezaré a leerte mi novela y lo lamentarás —bromeó Irene, amenazándolo con el libro en la mano.

Como él no decía nada, abrió el *Werther* y le leyó un par de párrafos en voz alta:

Wilhem, ¿qué sería sin amor el mundo para nuestro corazón? Una linterna mágica sin luz. Apenas pones la lamparilla aparecen sobre tu blanca pared imágenes de todos los colores. Y aun cuando no fueran más que eso, fantasmas

pasajeros, constituyen nuestra felicidad si los contemplamos como niños pequeños y nos extasiamos ante esas maravillosas apariciones. Hoy no he podido ver a Lotte, me retuvo una visita ineludible. ¿Qué hacer? Le envié mi criado solamente por tener a mi alrededor alguien que hoy hubiera estado cerca de ella. Con qué impaciencia le estuve esperando, con qué alegría volví a verlo. Si no me hubiera dado vergüenza, me habría gustado tomar su cabeza y la habría besado.

Cuentan de la piedra de Bolonia que si se la pone al sol absorbe rayos y resplandece algún tiempo durante la noche. Lo mismo me sucedió a mí con el criado. La sensación de los ojos de ella se había posado en su rostro, en sus mejillas, en sus botones y en el cuello de su casaca, ¡hacíamelo tan sagrado, tan valioso! En aquel instante no hubiera cambiado mi criado por mil táleros. ¡Me sentía tan a gusto en su presencia...! Dios te libre de reírte. Wilhem, ¿será la felicidad producto de la fantasía?

Marcelo la escuchaba embelesado,

cómodamente tendido en el colchón con el brazo sano detrás de la cabeza. Ella se había sentado en una silla, a su lado, y apoyaba los pies descalzos sobre la cama.

Al terminar el fragmento, cerró el libro y se dispuso a preparar té, como ya era costumbre en aquellas visitas.

—Estás muy pensativo. ¿Te he aburrido?

—Al contrario. Este pasaje que habla del amor como una linterna mágica me ha recordado la primera vez que me colgué de una chica.

Irene dejó las tazas en la mesita y lo alentó a seguir hablando. Sabía muy poco de Marcelo, y aquello pintaba de lo más interesante.

—Fue hace dos años, durante las vacaciones de verano. Las pasé en Australia con mis padres, como cada año. A ella la conocí en un curso de surf que hacía con varios chicos de mi barrio. Enseguida congeniamos, y eso que a mí nunca se me dio bien la gente. Pero ella era especial.

Marcelo se quedó unos instantes pensativo, como si estuviera evocando a aquella chica luchando contra el bravo oleaje de la costa australiana. Luego prosiguió:

—En Australia era invierno, y después de las clases nos íbamos todos, incluido el instructor, a tomar algo caliente al bar del club de surf. Aquel lugar se convirtió en nuestro centro de reuniones. Fue allí donde me di cuenta de que ella siempre se sentaba a mi lado y que me reía todas las bromas. Me parecía imposible que una chica tan guapa se hubiera fijado en mí. Empezamos a quedar los dos solos después del curso, pero nunca pasaba nada, porque ella era muy tímida y yo no tenía ninguna experiencia con las chicas. Aun así, estaba claro que entre nosotros había algo muy especial. Yo también, como Werther, habría sido capaz de hacer mil tonterías por ella en aquel entonces — dijo con voz nostálgica.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Irene, sorprendida por una súbita punzada de celos.

—La semana antes de volver a Inglaterra sucedió algo terrible. Yo paseaba con mis padres y el perro por la playa, al atardecer, cuando la vi. Estaba allí con Robert, el profesor de surf. Al principio no di crédito a lo que veía, pero cuando nos acercamos un poco salí de dudas. Los dos estaban tumbados sobre una toalla y se besaban y

abrazaban como si el mundo se fuera a acabar. Quise morirme.

—Conozco esta sensación. Todo el mundo ha vivido alguna vez algo así.

—Es posible —dijo tras un suspiro—. En aquella playa me sentí como un auténtico estúpido. Yo creía que era timidez por parte de ella, pero lo que sucedía era que yo no le gustaba. Sólo fui un entretenimiento, el idiota que le pagaba los refrescos y le servía para poner celoso a Robert, su verdadero objetivo. Volví a Saint Roberts y pasé un otoño terrible. Necesité un buen tiempo para curarme de aquello. Ya ves... yo también tuve algo de Werther en aquella época.

—Suena horrible como primera experiencia. Lo siento mucho por ti —dijo Irene, que tuvo que pensar en la sentida declaración de Josh aquella tarde.

—Ahora ya no me parece tan malo. Además, aprendí muchas cosas de aquellas vacaciones.

—¿Cómo qué?

—Aprendí que cuando te mueres por los huesos de alguien y no vas a ser correspondido, el mejor

favor que te pueden hacer es darte con la puerta en las narices. Nada duele más en estos casos que un poco de compasión, porque con la esperanza se abre una herida que no deja de supurar.

Irene lo miró, admirada, y tomó buena nota de sus palabras. Acababa de decidir que no saldría con Josh ni siquiera como amiga y que limitaría al máximo sus visitas a la biblioteca.

—Es precioso eso que has dicho. ¿Es tuyo?

—Sí, ¿por qué? ¿He soltado alguna bobada? —preguntó Marcelo.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su charla.

24. UN INVIERNO MUY CALIENTE

Heather entró en la habitación como un torbellino. Sus sandalias de tacón repiqueteaban contra el suelo de madera mientras se movía arriba y abajo por el cuarto, agitadísima, ignorando por completo a Marcelo, quien miraba a la rubia asombrado.

—Heather, ¿qué te pasa? Para un poco, que me estás mareando —trató de calmarla Irene.

—Es Martha, tienes que venir, irápido!

—¿Por qué? —se alarmó— ¿Le ha pasado algo?

Por toda respuesta, Heather la agarró del brazo y la arrastró por el pasillo hasta el exterior.

Cuando ya llegaban a la residencia de chicas, con Irene trastabillando continuamente, se escucharon unos extraños alaridos mezclados con gritos rabiosos. Debía de haber una pelea o algo así, pensó ella, que temió que su compañera

estuviera implicada.

En el exterior del edificio donde estaba su cuarto, en la planta baja, se encontraron con un grupo de alumnos que miraba algo con expectación. Unas cuantas chicas reían y cuchicheaban tapándose la boca, mientras que otros alumnos comentaban lo que sucedía como si se tratara de un *reality show*.

Irene se dio cuenta de que todos dirigían la vista justo hacia la ventana de su habitación, de donde procedían los gritos y los golpes, y se asustó. ¿En qué lío se habría metido ahora aquella inglesa loca?

Atravesó con Heather el grupo de curiosos hasta llegar a su ventana, que estaba abierta de par en par.

Irene vio horrorizada cómo Martha, en plena pataleta, lanzaba su ropa, sus discos y sus libros por la ventana, mientras gritaba insultos incomprensibles para ella, pero que sonaban como las peores maldiciones de un marinero inglés. Tras esquivar un grueso diccionario que volaba directo a su cabeza, saltó por la ventana hacia el interior y trató de detenerla.

—Pero ¿es que te has vuelto loca? ¿A qué viene esto? Son mis cosas, y no puedes sacarlas de aquí. ¡Y mucho menos por la ventana!

—¡Tú, mosquita muerta! —gritó su compañera, totalmente fuera de sí, señalándola con un dedo acusador.

Irene estaba lo suficientemente cerca de ella para notar los efluvios de alcohol que desprendía su aliento. Entendió que había pasado la tarde bebiendo, y se había calentado hasta que al final toda su rabia había estallado.

—Ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer —siseó—. ¿Quién te has creído que eres, con tus aires continentales y tus modales mojigatos? Bajo tu disfraz de chica modosita se escondía una perra en celo, maldita seas. A mí no me engañas. ¡Fuera de mi habitación! ¡Vuelve a tu cochino país, traidora!

—Cálmate, Martha, te confundes con esta historia. Deja eso, ¡es mi ropa interior! —exclamó Irene, arrebatándole algunas prendas de la mano—. Vamos a serenarnos y hablaremos de todo esto.

—¡Estoy muy serena! —chilló poseída por la

rabia.

A Irene le entraron ganas de abofetearla. Era indignante lo que acababa de decirle y que se hubiera atrevido a lanzar sus cosas al patio. Sin embargo, las reglas de la escuela prohibían cambiar de compañero de cuarto a medio curso, así que no le tocaba otra que entenderse con ella.

Respiró hondo y empezó a recogerlo todo con parsimonia. Tal vez si no le hacía ningún caso, la inglesa terminaría por tranquilizarse.

Heather dispersó a los curiosos y se puso a ayudarla. Mientras entraban y salían trajinando libros y ropa, la rubia le advirtió que Martha estaba hablando mal de ella por todo el colegio. Al parecer, trataba de buscar alianzas para aislarla. Con la excusa de que le había robado a Josh, pretendía que sus compañeros la ignoraran y le retiraran la palabra.

—Pero yo estoy de tu parte, Irene. Cuenta conmigo para lo que quieras —le susurró—. No sé cómo te contienes. Yo de ti le habría dado ya un buen puñetazo.

—No creas, a lo mejor acabo por hacerte caso.

Terminó de meter sus cosas en la habitación, cerró la ventana y se despidió de Heather. Quería hablar muy seriamente con Martha, y era mejor que se quedaran a solas.

Irene se dio cuenta de que había sido un error confiar en que el tiempo suavizaría las cosas. Estaba claro que la inglesa no olvidaba fácilmente, y quizá no le perdonara nunca su escarceo con Josh. Ella odiaba las discusiones, pero decidió poner todo de su parte para acabar con aquel malentendido estúpido que le estaba amargando la existencia.

Su compañera de cuarto se había encerrado en el baño. Al cabo de un rato de no oír ningún ruido procedente de allí, Irene se levantó y llamó a la puerta.

—¿Martha? ¿Va todo bien?

No respondió, pero el ruido del depósito del inodoro tranquilizó a Irene. Tenía mucho trabajo por delante, así que se puso a doblar ropa y a ordenar papeles en su escritorio.

Transcurrió cerca de media hora cuando la inglesa, por fin, salió del lavabo con los ojos enrojecidos y la cara hinchada. Se había puesto el

pijama y recogido el pelo para dormir, pero aún le quedaban restos de perfilador de ojos bajo los párpados. Esto, unido a su mirada triste y cansada, le daba un aspecto verdaderamente miserable.

Era obvio que había estado llorando.

Irene olvidó su indignación y sintió pena por ella. Martha era una atolondrada y una radical en sus filias y fobias. Si quería a alguien, se entregaba a morir, y si odiaba... Bueno, acababa de comprobar los resultados.

—¿Estás mejor? Ven, siéntate conmigo, tenemos que hablar —dijo Irene, dando unas palmadas sobre su cama para que Martha se acercara. Pero la inglesa vacilaba.

—Iré al grano: Martha, a mí no me gusta Josh. Lo del otro día fue un accidente, y en realidad no pasó nada importante entre nosotros. Es todo tuyo, en serio, no me interpondré entre vosotros.

Martha hizo una mueca de dolor, como si Irene acabara de soltarle una bofetada en plena cara, y enrojeció hasta las orejas.

—Eres de la peor calaña, españolita. Primero me lo robas, luego lo exprimes y cuando ya no te interesa... ¿Me cedes los restos de tu festín? ¡No,

gracias! Josh te quiere a ti, y yo no soy plato de segunda mesa.

—No me quiere, sólo se ha encaprichado de mí. Ya verás cómo en unos días se le ha pasado la tontería.

Por toda respuesta, Martha se metió en la cama y se tapó la cara con un cojín.

—Martha, quiero que volvamos a ser amigas. Sólo dime cómo puedo ayudarte y lo haré sin dudar —insistió Irene, desesperada.

Una mano temblorosa salió de bajo las sábanas y alcanzó uno de los botellines de vodka que la inglesa coleccionaba en su mesita. Se oyó un gorgoteo, y a continuación la botella vacía aterrizó en el suelo. Luego no se oyó nada más, excepto unos suaves ronquidos que, minutos después, indicaron que el alcohol había hecho su efecto.

—¿Martha?

Irene la dejó por imposible y acabó de recoger sus cosas, que seguían esparcidas por todas partes. Cuando terminó estaba cansada, pero aún nerviosa.

Al tumbarse en la cama, se acordó de su

conversación con Marcelo y de la agradable intimidad que habían compartido aquella tarde. Le entraron ganas de retomar el libro de Goethe para revivir esas sensaciones. Además, ahora que sabía cuál era el final, tenía ganas de acabarlo.

Encendió su iPod con el volumen muy bajo y dejó que las emociones del día fluyeran. La invadió una tristeza que empezaba a resultarle familiar. Martha había sido una de sus pocas amigas en aquel solitario rincón del mundo, y estaba claro que la había perdido. No iba a ser fácil compartir techo con ella a partir de ahora. Irene se dijo que aquél iba a ser un invierno muy, muy largo.

Subió el volumen cuando el *random* de su biblioteca de música hizo sonar la voz delicada de Keren Ann y su *End of May*. Cerró los ojos, como pedía la canción. En un momento de debilidad, deseó que los dados se pusieran de su lado por una vez y llegara mayo, con sus mañanas despejadas y sus risas despreocupadas.

*Close your eyes and make a wish
Under the stone there's a stonefish
Hold your breath then roll the dice*

It might lead the run road to paradise

*Don't say a word, here comes the break of
the day*

*And wide clouds of sand raised by the
wind of the end...*

*Don't say a word, here comes the break of
the day*

*And wide clouds of sand raised by the
wind of the end of may⁷*

7. Cierra los ojos y pide un deseo / Bajo la piedra hay un pez roca / Aguanta la respiración y luego tira el dado / Podría conducirte a la carretera que lleva al paraíso. / No digas ni una palabra, ahora es cuando llega la pausa del día / Y grandes nubes de arena levantadas por el viento de final de mayo.

25. CAMINANDO POR UN MAR DE NIEBLA

El miércoles era fiesta, y Peter aprovechó para invitarla a otra lección de gramática un tanto especial.

Salieron de Saint Roberts en su coche para tomar la carretera de la costa, que serpenteaba entre acantilados y precipicios. El profesor quería enseñarle algunos lugares pintorescos, dado que no llovía y el viento era soportable, aunque la niebla lo cubría todo como un manto algodonoso y húmedo.

—¿Adónde nos dirigimos exactamente? — preguntó Irene cuando ya llevaban un buen trecho.

—A un lugar que muy poca gente conoce. Y estamos a punto de llegar.

Cinco minutos después, detuvo el coche en un

arcén bajo unas enormes rocas. La invitó a seguirlo por un caminito de tierra que partía de allí.

El paisaje agreste que se adivinaba tras las rocas era espectacular. El angosto sendero se adentraba por la costa trazando curvas hasta el borde del mar, donde se hacía más recto y ancho. A partir de allí se podía disfrutar de unas vistas dramáticas de los acantilados, que parecían extenderse hasta el infinito, recortando la costa con sus moles afiladas de tonos negros y verdes.

Irene estaba acostumbrada a contemplar cómo el mar golpeaba el acantilado cercano a Saint Roberts, pero aquello no tenía comparación.

Habían llegado a un mirador natural salpicado de rocas blancas. Peter tomó asiento sobre una de ellas. Irene iba a imitarlo, pero se quedó allí, de pie, hipnotizada por el mar que descargaba su furia infinita contra la imperturbable pared de piedra. La niebla ascendía desde el agua, acariciando con sus dedos fríos y alargados las rocas hasta alcanzar sus mejillas.

—Es impresionante. Parece que estemos solos

en el fin del mundo —se estremeció Irene.

—Tienes razón, Land's End está muy cerca de aquí. Según una leyenda de Cornualles, éste es el fin de la Tierra. Pero... ¿este paisaje no te recuerda algo?

—No sabría decirlo. Creo que nunca antes había estado en un lugar tan increíble.

—¿Te suena alguien llamado Caspar David Friedrich?

Irene contempló la extensión infinita de agua que espumeaba, las rocas afiladas y aquel mar de niebla fantasmal que los envolvía. Su rostro se iluminó al comprender adónde quería ir a parar.

—¡Claro! El pintor alemán. ¡Es increíble! Acabamos de estudiar su obra en clase de Historia del Arte. Este sitio parece el escenario de su famoso cuadro, *El caminante frente al mar de nubes*. Sólo que nosotros vemos otro mar ahí abajo, además del de nubes.

—Si la niebla sigue subiendo, dentro de poco ya no veremos el agua. Espera unos minutos y verás.

Irene se sentó con las piernas cruzadas y los dos guardaron silencio. Hugues tenía razón: la humedad había aumentado, y con ella llegaron

más nubes de niebla que terminaron por cubrirlo todo. Ya casi ni veía a Peter y le entró un miedo irracional.

Entonces el profesor se levantó para encaramarse a una piedra más elevada, donde se quedó de pie. Su voz sonaba hueca, como si la niebla le robara sus matices.

—Friedrich, como ya sabes, es uno de los grandes exponentes del romanticismo alemán. Ese cuadro que has recordado está considerado como su obra más representativa. Lo pintó a principios del siglo XIX. A Friedrich se le compara a menudo con Turner, el pintor inglés, aunque yo creo que son muy distintos.

—¿Y en qué se diferencia el romanticismo alemán del de otros países europeos? —preguntó Irene, adoptando el papel de alumna aplicada.

—En Alemania fue donde se vivió con más intensidad. Piensa que el movimiento romántico se bautizó en literatura como *Sturm und Drang*, que significa «tempestad e ímpetu». Los románticos eran individualistas, y amaban la libertad de expresión sobre todas las cosas. Apreciaban el misterio y el poder de la naturaleza. Eso, Friedrich

lo reflejó perfectamente en su cuadro.

—¿Goethe era también un romántico?

—En el sentido literario, lo fue durante una buena época. Escribió *Las desventuras del joven Werther* antes incluso de que se pintara *El caminante*. El libro se hizo muy famoso e influyó en muchos escritores posteriores.

—He leído en el prólogo que incluso llegaron a prohibirlo.

—Sí, porque cerca de dos mil jóvenes se suicidaron, poseídos por el espíritu trágico del protagonista. El libro causó verdadero furor y se convirtió en uno de los primeros fenómenos de masas. Los lectores imitaban a Werther en su comportamiento de enamorado doliente, e incluso se vestían como él.

—Es fácil caer en el ridículo cuando se está enamorado —dijo Irene, aunque enseguida se arrepintió de sus palabras, porque temió que el profesor interpretara que se referían a ella y a sus sentimientos hacia él—. Quiero decir que la tesis principal de mi trabajo de esta semana es ésa.

—Explícamelo. Cuando volvamos al colegio

leeré tu ensayo.

—La adoración que siente Werther por Lotte sin apenas conocerla me parece una auténtica exageración. De hecho, acabé pensando que el amor romántico no existe. Sólo es una proyección de nuestras propias carencias sobre la persona amada, a quien atribuimos toda clase de virtudes sin conocerla. Creo que el amor romántico no es más que una fantasía de nuestra mente. Ésa es mi tesis.

—¡Me sorprendes! —dijo Peter alzando las cejas—. Y yo que te consideraba una romántica empedernida...

Irene no era capaz de interpretar si estaba coqueteando con ella, si le tomaba el pelo o si de verdad se refería a su trabajo sobre la obra de Goethe. De repente, no pudo soportar ni un segundo más sus medias tintas.

—Peter, ¿por qué lo haces?

—¿Por qué hago qué?

—Esto, la gramática del amor. Si sigues temiendo que me tire por un precipicio, ya puedes olvidarlo. No tengo intención de abandonar este mundo. Quiero seguir mirando el mar de niebla

durante muchos años más —declaró con vehemencia.

—Creía que ya habíamos hablado de eso.

—No lo hicimos. ¿Por qué, Peter? —insistió.

No estaba dispuesta a marcharse de allí sin una respuesta.

—Me gusta estar contigo, Irene. Tienes una fuerza única, y el día que la descubras harás que el mundo entero gire a tu alrededor.

Peter había pronunciado aquellas palabras en voz baja antes de volverse lentamente en dirección al abismo, de manera que quedó de espaldas a ella. Irene lo contempló impotente, sin saber a qué atenerse. Había dicho que le gustaba estar con ella. ¿Quería eso decir que le gustaba? ¿Era eso un principio de algo? ¿O se refería simplemente a que le gustaba enseñarle cosas? ¿Había hablado el hombre o el profesor?

El viento se animó e hizo ondear la chaqueta de Peter, una pelliza de piel de aspecto anticuado. El cuadro de Friedrich acudió de nuevo a su mente. Al profesor sólo le faltaba el bastón para que la escena fuera una reproducción perfecta de *El caminante frente al mar de nubes*.

Luego se marcharon del acantilado con pasos cautelosos para no tropezar. A Irene le pesaba en el alma la incertidumbre, mayor ahora tras aquella conversación ambigua. Movida por el empuje romántico, decidió arriesgarse, aprovechando que él se había detenido un momento.

—¿Puedo tomarte de la mano? —preguntó con timidez— Me gustaría saber qué se siente al salir contigo.

Peter la miró, desconcertado ante su petición, y no dijo nada.

Ella interpretó su silencio como un sí y tomó su mano, que estaba caliente y era muy suave, pero no se atrevió a mirarlo. Pensó, agradecida, que la niebla era su aliada y dificultaría que él viera los colores que habían teñido sus mejillas.

Caminaron juntos durante unos minutos que para Irene fueron un instante efímero.

Al llegar al aparcamiento se oyeron las voces de otros caminantes que tomaban el sendero, y en ese momento Peter se soltó. Irene se miró la mano que minutos antes había estado envuelta en una agradable calidez. De repente, se sintió

desamparada como una niña pequeña perdida en la multitud.

Regresaron a la escuela en silencio.

El profesor paró el coche delante de la residencia, pero Irene notaba que el cuerpo no le respondía. Sabía que debía abrir la portezuela y marcharse, pero sus piernas se negaban a moverse. Entonces Hugues salió del coche para abrirle la puerta, con un gesto caballeroso, y le dijo a modo de despedida:

—Deberías ir a ver a Marcelo. No tiene a nadie aquí.

Aquellas palabras hirieron a Irene en lo más profundo de su alma. Eran una invitación definitiva para que lo dejara en paz y abandonara sus esperanzas de chiquilla enamorada.

26. EMBOSCADAS

El jueves fue uno de esos días raros tras una fiesta entre semana. Parecía que fuera lunes, y todo costaba un poco más de lo habitual. La mañana pasó muy despacio, e Irene sentía que su cabeza aún estaba envuelta en la niebla del día anterior.

Tenía que leer *Jane Eyre*, de Charlotte Brönte, para su siguiente sesión de gramática, pero no se atrevía a ir a la biblioteca para sacar el libro. Quería mantenerse alejada de Josh por el bien del bibliotecario, pero aquella idea la estaba poniendo en un aprieto, ya que ninguno de sus compañeros parecía tener una edición de la novela para prestársela. Contrariada, empezó a pensar que quizá tendría que verlo después de todo.

Al terminar las clases fue a visitar a Marcelo. Le llevaba unas galletas de avellanas para acompañar

el té y un montón de apuntes de parte de sus compañeros.

Tenía la puerta abierta y lo encontró dormido como un tronco sobre la cama. Le dio pena despertarlo, así que decidió dejar los papeles y los dulces sobre la mesa para que los encontrara más tarde.

Antes de irse se aseguró de que estaba bien arropado, porque en aquel cuarto siempre hacía frío. La invadió una oleada de ternura mientras le colocaba las sábanas con cuidado. Ya no llevaba las vendas de la cabeza, y sus cardenales empezaban a adoptar una tonalidad amarillenta. Tenía la boca entreabierta y parecía sonreír, con una expresión de absoluto abandono y paz.

Le entraron ganas de acariciarle el cabello y darle un beso en la frente herida, pero no quería despertarlo. Cuando ya estaba a punto de salir de la habitación, algo llamó su atención en una estantería. Un libro con el lomo de un vivo color rojo sobresalía un poco respecto a los demás.

Irene se acercó sin hacer ruido para ponerlo en su sitio. Tenía pocas manías, pero no podía soportar que los libros no estuvieran

perfectamente parejos unos con otros. Al mirar el lomo antes de empujarlo para que estuviera a la misma altura que los demás, tuvo que reprimir un grito de alegría.

¡*Jane Eyre!* Marcelo tenía una edición no muy antigua de la novela de Charlotte Brönte.

Irene vaciló un segundo, pero finalmente se decidió a llevárselo. Ya le explicaría más tarde que lo había tomado prestado por una semana. Estaba segura de que a Marcelo no le importaría.

Feliz por haber resuelto el problema que llevaba agobiándola todo el día, se marchó hacia su habitación con su hallazgo bajo el brazo. Sin embargo, en el pasillo le esperaba una sorpresa...

Divisó a Josh haciendo guardia junto a su puerta. Estaba apoyado con la espalda contra la pared y la miró con reproche.

—Hola, ratita. Como ya no vienes a verme, he decidido ir en tu busca.

—No hacía falta. Vendré a verte a la biblioteca cualquier tarde, ¿de acuerdo?

—¿Ni siquiera vas a invitarme a pasar? —preguntó con expresión lastimera— Llevo esperándote como un pasmarote hace casi una

hora.

Irene dudó, porque no quería alimentar falsas esperanzas en Josh, pero él la miraba tras sus gafas de pasta con unos ojos suplicantes que no sabía cómo ignorar. De repente, se le ocurrió una idea arriesgada que quizá funcionase.

—Está bien. Pero no puedes quedarte mucho rato. Tengo un montón de trabajo esta tarde.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el semblante de Josh, e Irene se sintió peor que cuando le había contestado secamente.

Al entrar se encontraron con Martha, que esbozó una amplia sonrisa al ver a Josh, aunque se le borró inmediatamente en cuanto comprobó que Irene venía detrás de él.

—Vaya, la feliz parejita. ¿Habéis venido a restregarme vuestra dicha por las narices?

Irene decidió aprovechar la situación:

—Josh y yo no salimos, Martha, ya te lo dije. ¿Verdad, Josh?

—Verdad —dijo él con pesar.

—Ah. ¿Y entonces qué haces aquí? —preguntó ella, sorprendida.

—He venido a traerle unos libros a Irene.

—¿Y nada más?

Antes de que el bibliotecario tuviera tiempo de responder, Irene lo hizo por él.

—También ha venido porque quiere hablar contigo. De hecho, yo ya me iba. Os dejo solos para que aclaréis las cosas —dijo mientras recogía su chaqueta y el libro antes de dirigirse rápidamente hacia la puerta.

Josh la contempló marcharse con expresión atónita.

Lo último que Irene pudo oír antes de cerrar la puerta fue:

—Yo también me moría de ganas de hablar contigo, Josh. Ven y siéntate a mi lado.

Irene se rio por lo bajo. Sabía que cuando Martha se hacía con una presa no la soltaba fácilmente, así que encaminó sus pasos hacia la biblioteca, segura de que nadie iba a molestarla en un buen rato.

27. LA SERPIENTE DE LOS CELOS

Apenas quedaban diez días para Navidad, e Irene trataba de imaginar cómo serían sus primeras vacaciones lejos de su familia y de su país. Su padre tenía programado un viaje de negocios y apenas iba a parar en Barcelona dos noches. Por su parte, su madre se marchaba a México a visitar ruinas mayas y, sobre todo, a pasar algunos días en la playa.

Le había costado convencerla de que hacer aquel viaje le haría bien. Finalmente lo consiguió, no sin antes asegurarle que ella estaría perfectamente en Cornualles y que no echaría de menos la parafernalia navideña.

Aunque no estaba muy segura de esto último, tenía la certeza de que, si se quedaban las dos solas en Barcelona, su madre acabaría por deprimirse del todo. Era mejor que pasara bien

lejos aquella prueba de fuego, sus primeras Navidades como divorciada, en un lugar donde nada ni nadie le recordase la familia feliz y unida que había dejado de existir.

Ese sábado, la patrulla de mantenimiento de Saint Roberts, armada con altas escaleras, había empezado a colocar guirnaldas y adornos navideños en los árboles y las paredes de la plaza. Ya había anochecido, e Irene contempló, pegada a la ventana, cómo se encendían por primera vez todas aquellas luces de colores. En la cima del abeto más alto resplandecía una enorme estrella blanca.

—¿Has visto, Martha? Ya casi es Navidad —dijo a su compañera con un suspiro de nostalgia.

Martha, que se estaba acicalando frente al espejo, ni siquiera la oyó. Hacía rato que se había atrincherado tras sus auriculares Oboe de color blanco, con los que escuchaba música a todo volumen. Irene se preguntaba si se los quitaría siquiera para peinarse antes de salir.

No podía decirse que las cosas hubieran mejorado mucho desde su maniobra para dejarla con Josh a solas, hacía ya unos días. La inglesa la

evitaba tanto como podía y sólo le dirigía la palabra cuando era imprescindible.

Irene suponía que el bibliotecario había hablado de ella más de la cuenta y que los intentos de Martha por atraerlo no habían dado los frutos esperados. Pero seguía pensando que la fascinación de Josh desaparecería en poco tiempo. Entonces, tal vez las cosas con Martha volverían a ser como antes.

Dejó de mirar las luces para no caer en la melancolía y se arrebujó entre los almohadones de su cama para seguir leyendo *Jane Eyre*.

Iba muy retrasada con la lectura. Apenas había avanzado quince páginas porque, con las vacaciones a la vuelta de la esquina, había tenido que entregar un montón de trabajos de clase. De hecho, no había vuelto a abrir la novela desde que la tomó prestada de la estantería de Marcelo, el jueves anterior. Ni siquiera había tenido tiempo de explicarle que se había llevado el libro.

Lo que sí había hecho era buscar toda la información posible sobre la autora y la novela. *Jane Eyre*, escrita en 1847 por Charlotte, una de las hermanas Brönte, cuenta la trepidante historia

de una niña huérfana criada por una tía malvada y déspota. Su infancia recordaba a la de Oliver Twist, rodeada de privaciones y, sobre todo, carente de calor humano.

Jane sufre los abusos de su tía y de sus primos hasta que la mandan a estudiar a un internado, donde vive en condiciones muy duras. Pero allí hace algunos amigos y recibe una educación. A los dieciocho años llega a ser profesora de la misma institución que la ha visto crecer.

La historia da un vuelco cuando, a los veinte, marcha como institutriz a Thornfield para hacerse cargo de Adèle, una niña recogida por el señor de la casa, Edward Rochester.

Jane se enamora de Rochester y, tras varias vicisitudes, él le pide matrimonio. Cuando la boda está a punto de culminarse, aparecen dos testigos que aseguran que Edward ya está casado. Él lo admite y cuenta a Jane que se casó engañado con una bella mujer que resultó ser una demente con impulsos homicidas. La tiene recluida en el ático de Thornfield, al cuidado de una atenta enfermera, para evitar que hiera a nadie o se dañe a sí misma.

Tras esta revelación, Jane huye y es recogida por un clérigo, con quien convive un tiempo mientras ejerce de maestra en una escuela cercana.

Un día le parece oír en su mente la voz agónica de Edward, que la llama. Regresa a Thornfield y descubre que Rochester se ha quedado ciego y malvive en una propiedad cercana, después de que su mujer incendiara la casa familiar. Como él es ahora viudo, Jane decide perdonarlo y se queda con él.

«¡Por fin!», se dijo Irene sonriendo. Tenía ganas de leer una novela con un final feliz después de tantas historias de suicidios y catástrofes. Además, el personaje de Jane, una mujer fuerte y de principios, le resultaba muy atractiva.

A Irene le había llamado la atención, en la página 18, otro de los comentarios a lápiz del lector misterioso. Al margen de una escena en la que el primo de Jane la maltrata y la insulta y finalmente le arroja un libro a la cabeza, había escrito:

¡DALE DURO, JANE!

Irene empezó a pasar páginas, buscando otras notas parecidas. El libro estaba plagado de ellas.

En la página 250 había un fragmento subrayado, justo cuando Jane se da cuenta de que está irremediablemente enamorada de Rochester, a pesar de sus intentos por apartar ese sentimiento de su corazón.

Mis ojos se dirigieron involuntariamente a su rostro. No pude controlar mis párpados: se levantaron, y mis pupilas se fijaron en él. Lo miré y obtuve de ello un intenso placer, un placerpreciado aunque doloroso: de oro puro con una punta hiriente de acero. Un placer como el que siente un hombre moribundo por falta de agua, que sabe que el pozo al que se ha arrastrado es de aguas venenosas y, no obstante, se inclina para beber profundamente de ellas.

A continuación había una nueva referencia a aquella enigmática B. que ya había encontrado en el libro de Haruki Murakami.

*RECUERDO SU MIRADA CRISTALINA,
SUS OJOS LÍQUIDOS, Y SÉ QUE
SÓLO B. PODRÍA APAGAR MI SED.
PERO NO DEBO PENSAR MÁS EN ELLA.
¡TENGO QUE CURARME DE ESTA ENFERMEDAD!*

Irene se quedó asombrada al comprender que aquellas notas que la habían acompañado durante sus lecturas de la gramática y que a ratos la habían hecho reír con sus observaciones agudas y desenfadadas no eran de otra persona que Marcelo.

Mil preguntas acudieron a su mente en tropel. ¿Por qué había leído él los mismos libros que ahora ella estaba trabajando? Marcelo nunca le había dicho que le gustara la literatura, ni había hecho un solo comentario acerca de las novelas que ella devoraba, muchas veces en su presencia.

¡Habían leído juntos *Werther* en voz alta y él no le había dicho nada! ¿Por qué se lo ocultaba? ¿Y quién era aquella B.? ¿Sería la misma chica australiana que le había roto el corazón dos años atrás?

Una punzada de celos hizo que deseara saber

más de aquella chica de mirada líquida. Resolvió preguntarle a Marcelo por todo el asunto en cuanto lo volviera a ver.

La voz de Martha, que por fin se había dignado a dirigirle la palabra, la sacó de su febril agitación.

—¿Es que vas a quedarte aquí toda la noche?

—Sí, no tenía pensado salir. ¿Por qué? ¿Has cenado? ¿Necesitas que te traiga algo de la cafetería? —preguntó Irene, solícita.

—Lo que necesito es que desaparezcas.

—Ya lo hemos hablado, Martha —repuso ella, cansada de oír la misma historia una y otra vez—. No se pueden hacer cambios a mitad de curso, así que vas a tener que aguantarme unos meses más.

—No me refería a eso, listilla. Lo que quiero decir es que necesito que te largues durante unas horas. Estoy esperando compañía.

Irene miró por la ventana. Hacía una noche de lluvia y viento, y lo último que le apetecía era caminar hasta el *pub*. Pero tampoco tenía ganas de soportar a Martha y a su galán de aquella noche, quien quiera que fuese, así que pensó con rapidez.

Iría a ver a Marcelo. Y de paso trataría de aclarar qué diablos era todo aquello de las notas y

quién era aquella B.

Tomó su impermeable y sus botas de agua para dirigirse a la residencia de los chicos. Al salir, se cruzó por el pasillo con dos alumnos más jóvenes que Martha y ella. Iban cargados de cerveza, panchitos y galletas saladas. Irene alcanzó a oír los gritos de alegría de su compañera y el sonido atronador de algo parecido al rap segundos después de que los chicos entraran.

Afuera, las luces de Navidad apenas iluminaban el suelo bajo sus pies, y resbaló en dos ocasiones a causa del hielo.

La puerta de Marcelo estaba cerrada. Llamó un par de veces sin que él acudiera a abrirle. Se dio cuenta de que las cortinas de la ventana estaban descorridas y se acercó para ver si su amigo ya dormía. Pero se sorprendió al comprobar que la habitación estaba vacía. ¿Le habría pasado algo?

Se tranquilizó al recordar que Marcelo ya estaba casi restablecido, aunque sus mareos seguían asaltándolo de vez en cuando. Debía de haber salido a tomar un poco el aire, se dijo, tras tantos días de encierro. Acto seguido, fue a buscarlo al lugar donde tenía más probabilidades de

encontrarlo: la pista de atletismo.

La lluvia caía con fuerza, e Irene sintió cómo sus pantalones se empapaban, a pesar de las botas y del impermeable.

Escudriñó toda la zona de entrenamiento, pero Marcelo no estaba allí. Cuando ya estaba a punto de marcharse, le pareció divisar una luz que se movía allá a lo lejos, en el acantilado. ¿Sería él?

Conocía el camino al dedillo, a fuerza de recorrerlo casi dormida en sus carreras matutinas, así que avanzó con decisión bajo los árboles, que la protegían un tanto del chaparrón. Al final del camino vio una figura alta, enfundada en un anorak grueso, que sostenía una linterna y miraba hacia la negrura del acantilado, de espaldas a ella.

—¿Marcelo, eres tú?

—¡Irene! ¿Qué diablos haces aquí? ¡Menudo susto me has dado!

—Fui a tu habitación y me preocupé al no encontrarte. Pero... ¿qué diablos haces *tú* aquí? ¡Podrías haberte caído! Hace una noche de perros.

—No te preocupes, me encuentro mucho mejor. Desde el jueves no he tenido ni un solo mareo.

—¡Eso es fantástico! Pero podrías haberme dicho que ibas a salir. Yo te habría acompañado.

—Era tarde y estaba tan contento que la habitación se me ha hecho pequeña. Necesitaba respirar.

—¿Y por qué estabas tan contento? —preguntó Irene intrigada.

El viento empujaba en diagonal las cortinas de lluvia. A pesar de que su impermeable llevaba capucha, sintió que se estaba empapando como un gatito bajo la tempestad.

—He recibido una sorpresa. ¡Una noticia maravillosa, Irene! Dentro de tres días vendrá a visitarme desde Australia una persona muy querida —contestó Marcelo, cuyos ojos profundos refulgían en la oscuridad.

—¿Y quién es esa persona? ¿Una vieja amiga?

—Podría decirse así... —repuso como si dudara de lo que podía contar—. Hace más de dos años que no veo a Brenda. Ya sabes que los médicos me han prohibido viajar a Australia para pasar las Navidades con mis padres, y ellos tampoco pueden venir porque están trabajando. Así que me hace muchísima ilusión pasar las fiestas con una

persona tan especial para mí.

Irene sintió que la serpiente de los celos se le enroscaba entre las piernas nuevamente. Ella había imaginado que, al estar los dos casi solos en Saint Roberts, pasarían cálidas veladas al lado de un buen fuego, leyendo en voz alta y abriendo juntos los *Christmas crackers*. Pero Marcelo acababa de dejarle claro que prefería la compañía de otra persona mucho más *querida*.

—No me extraña que estés tan contento, entonces —dijo mientras volvía la cara para que él no notara su expresión sombría.

—Creo que me he curado sólo de pensar que pronto la veré. Brenda es una persona muy especial, iya lo verás!

—Seguro que sí... Tenemos que irnos ya. Lluve a cántaros y tú todavía estás convaleciente. No deberías esforzarte tanto la primera vez que sales. Déjame que te acompañe.

Por el camino, Marcelo no cesó de parlotear acerca de sus planes con Brenda. Quería ir de acampada, enseñarle Truro y otras mil cosas que a la chica, acostumbrada al paisaje australiano, iban a parecerle de lo más divertido.

Cuando ya llegaban a la residencia, Irene lo notó cansado y dejó que se apoyara en su hombro. Ofuscada con la visita de aquella misteriosa amiga, no se acordó de preguntarle por *Jane Eyre* ni por los otros libros. «Pero ¡claro! –se dijo con estupor–. Su visitante de aquella Navidad se llamaba Brenda, y en sus notas Marcelo hablaba siempre de una tal B. ¡Tienen que ser la misma persona!»

Irene se despidió de Marcelo con el ánimo por los suelos. No podía soportar un minuto más su insolente alegría y sus alabanzas hacia aquella extraña. Luego se fue a su habitación dando grandes zancadas, presa de una rabia inexplicable.

Ni siquiera advirtió que la capucha del impermeable se le había bajado y se le estaban empapando por completo el cabello y la cara.

28. VIENTOS DE CAMBIO

Al llegar a su habitación se encontró con un extraño silencio. Se había preparado para enfrentarse con Martha por atreverse a volver antes de tiempo y chafarle la diversión, pero no se oía música ni ruido de juerga detrás de la puerta. Eso la llevó a pensar que quizá se había cansado de los dos chavales y los había mandado a su cuarto.

Un fuerte olor a vómito, sudor y humo hizo que, al abrir, tuviera que cubrirse la nariz con la mano. Tropezó con dos vasos de tubo vacíos y una botella de ginebra a medio consumir. El suelo de la habitación parecía una pocilga, plagado como estaba de envases de plástico, colillas y carátulas de discos tiradas por todas partes.

La estancia se hallaba en semipenumbra, sólo iluminada por la débil luz testigo del pasillo que se

colaba por la puerta entreabierta. No obstante, Irene enseguida se dio cuenta de que no estaba sola.

Un movimiento brusco junto a la cama de Martha la puso alerta. Tanteando la pared, encontró el interruptor de la luz y la encendió.

Le costó unos segundos interpretar la escena que veían sus ojos. El cuerpo de Martha yacía sobre la cama, inmóvil, mientras uno de los adolescentes forcejeaba con sus pantalones, tratando de bajárselos. No era tarea fácil, porque su compañera parecía estar inconsciente.

El otro chico esperaba de pie, junto a la cama, a que su cómplice terminara la operación. Iba casi desnudo, e Irene comprobó con horror que exhibía una enorme erección bajo los calzoncillos.

Él se volvió, sorprendido al ver la luz.

—¿Qué mierda estáis haciendo? —dijo ella apretando los puños.

Una oleada de ira la invadió al comprender que aquellos dos querían abusar de su amiga. Había olvidado incluso que estaban en superioridad numérica.

—¿A ti qué te parece? —respondió el que estaba

en ropa interior, mientras se acercaba sacándole la lengua de manera obscena— ¿Quieres participar, muñequita?

—Ni se te ocurra tocarme, niño. ¡Si no os marcháis de aquí ahora mismo llamaré al vigilante!

—respondió Irene sin retroceder ni un centímetro.

Como el chico seguía acercándose, echó mano de lo que tenía más cerca: dos gruesos tomos del *Oxford Dictionary of Literature*. Se los lanzó con todas sus fuerzas a la cara. Recordó fugazmente la escena de *Jane Eyre* en la que su primo le arroja un libro, haciéndola sangrar, y en un rincón recóndito de su mente se rio de aquella coincidencia durante una décima de segundo.

El primer tomo pasó cerca de la cara de aquel impresentable, que tuvo suficientes reflejos para esquivarlo en el último momento. El librote acabó estrellándose contra el suelo, provocando un ruido enorme.

Un segundo proyectil literario le golpeó de lleno en la cabeza. El agresor lanzó un aullido de dolor y se agarró la frente con las manos, pero enseguida se revolvió.

Irene se dio cuenta de que el impacto había

acabado de enfurecerlo. Estaba metida en un buen lío. Agarró entonces un pesado cenicero de cerámica que Martha había moldeado en segundo de primaria y que, por alguna extraña razón, todavía conservaba en su escritorio. Se preparó para utilizarlo también como proyectil.

El que trajinaba con los pantalones de Martha levantó entonces la palma de la mano y lanzó una mirada significativa a su compañero, que se detuvo. Parecía llevar la voz cantante y se había dado cuenta de que Irene podía complicarles la vida, así que trató de reconducir la situación.

—No sé por qué te pones así, chica. Sólo estábamos ayudando a tu amiga a acostarse, eso es todo. Celebrábamos una pequeña fiesta los tres, ya sabes —dijo señalando con sorna al que estaba en calzoncillos—, pero Martha ha pillado una buena cogorza y se ha mareado. Por eso íbamos a meterla en la cama. Vamos, Steve, ivístete!

El aludido se puso la ropa de prisa y corriendo. Luego salieron pitando de la habitación.

Irene seguía de pie, en medio del cuarto, con el cenicero fuertemente agarrado. Al cabo de un

minuto sintió cómo el subidón de adrenalina se desvanecía y su cuerpo empezó a temblar sin control.

Cerró la puerta con llave y se acercó a Martha, que seguía dormida.

Trató de espabilarla como pudo, pero se dio cuenta de que allí pasaba algo raro. Su compañera no respondía y apenas podía moverse. Entendió que la inglesa no estaba borracha, sino drogada con algo que los chicos habían mezclado con su bebida. Sus sospechas se confirmaron al ver un envase de somníferos sobre la mesita de noche, junto a un vaso que contenía todavía un poco de combinado.

Presas de la ira, le entraron ganas de ir a por aquellos dos desgraciados y molerlos a palos. Cuando logró serenarse un poco, dudó entre llamar primero a seguridad, a la policía o a una ambulancia, pero finalmente decidió que sería mejor esperar a que fuera de día.

Martha parecía fuera de peligro. Su respiración era profunda y acompasada, por lo que supuso que despertaría por la mañana con un buen dolor de cabeza y poco más. Al envase de somníferos tan

sólo le faltaba una píldora, así que parecía claro que su amiga no había recibido ninguna dosis letal. Se quedaría velándola, por si se encontraba mal durante la madrugada, y por la mañana la acompañaría a denunciarlos ante el jefe de estudios.

Cuando llevaba un rato vigilando el sueño de su compañera, se dio cuenta de que tenía que hacer algo o de lo contrario iba a dormirse, agotada como estaba por las fuertes emociones de la noche.

Abrió su portátil y decidió ponerse al día con el correo electrónico.

Para: Papá

De: Irene

Asunto: Re: Ardillita

Hola, papi,

¿Qué tal va todo? ¿Hace mucho frío en Suecia? En Cornwall bastante, aunque no tanto como imaginábamos. Llueve casi todo el tiempo, eso sí. Contestando a la pregunta de tu mensaje anterior: no, no hace falta que me mandes más dinero. Este

lugar es más bien aburrido y no hay muchas ocasiones para gastarlo. Además, tengo mis tarjetas de crédito para emergencias, ¿recuerdas?

Espero que los suecos sean simpáticos y que, entre reunión y reunión, te quede algo de tiempo para hacer turismo y descansar. Debe de ser bonito pasar la Navidad en un sitio tan blanco e invernal. ¿No está por allí cerca la casa de Papá Noel? Espero que me llames y me lo cuentes todo.

Un beso fuerte de tu ardillita, que te echa de menos,

Irene

Martha se removió, inquieta, e Irene se acercó a la cama para comprobar que su amiga estaba bien.

Le quitó los zapatos, por si le molestaban, y volvió a su escritorio para seguir tecleando.

Para: Mamá

De: Irene

Asunto: Re: México lindo

Querida mamá,

Me alegra mucho saber que ya lo tienes todo listo para tu viaje. La tía me ha escrito hace pocos días y

me ha dicho que sigues preocupada por mí. Por favor, no lo estés. He hecho muchos amigos aquí y vamos a pasar unas Navidades estupendas. Sabes que nunca me gustaron los villancicos, el espumillón y todas esas tradiciones casposas. Por una vez, estará bien vivir una Navidad à l'anglaise.

Diviértete mucho, ¡de verdad!, y no dejes de contarme novedades desde México.

Un beso,
Irene

Apagó el ordenador con el corazón encogido. Ya no era sólo la perspectiva de pasar la Navidad sola en un país extraño. Tenía la sensación de que todo su mundo, el nido que había ido creando durante las últimas semanas en Saint Roberts, se tambaleaba y estaba a punto de cambiar para siempre.

Quizá había vivido todo el tiempo en un equilibrio precario, sin advertir que en cualquier momento alguien podía quitar la alfombra bajo sus pies.

Agotada y confundida, repasó una y otra vez sus últimas conversaciones con Peter y con

Marcelo hasta caer profundamente dormida sobre el escritorio.

29. EL AMOR ESTÁ EN TODAS PARTES

Despertó con los hombros y los brazos completamente entumecidos. Una vocecilla dulce le susurraba al oído y le daba besos de mariposa en los párpados, que era incapaz de abrir.

—Te quiero, Irene —decía.

Cuando logró abrir los ojos, se encontró con el rostro de Martha a escasos centímetros del suyo. Trató de moverse, pero tenía el cuello rígido y le dolía todo el cuerpo.

Su compañera olía a champú y llevaba el cabello mojado. Vestía un chándal limpio y la observaba desde muy cerca con admiración.

—Eres toda una heroína. No sé cómo fuiste capaz de enfrentarte a ellos. ¡Eran dos, Irene! Podrían haberte hecho mucho daño.

—Creo que al final tenían más miedo que yo —repuso mientras se estiraba como un gato para recuperar la flexibilidad de sus músculos maltrechos—. Pero ¿tú no estabas inconsciente?

¿Cómo sabes lo que sucedió?

—No podía moverme, pero lo oía todo. Lo que me pusieron en la bebida me dejó medio catatónica. ¡Fue horrible! De repente me sentí mal, vomité y me caí. Ellos me agarraron y enseguida me di cuenta de que había caído en una trampa. ¡No sé qué habría pasado si no hubieras llegado justo a tiempo! Te estaré eternamente agradecida por esto, amiga. ¿Me perdonas por mis enfados de estos días? —preguntó con ojos suplicantes.

—Claro, Martha.

A la inglesa se le saltaron las lágrimas al oírla y acabó liberando un sollozo. Irene también se emocionó y abrazó a su compañera, que se agarró a su cuello con tanta fuerza que casi no la dejaba respirar.

—No tiene importancia, tranquila... Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo —dijo Irene, feliz de recuperar la normalidad con su compañera de cuarto, si es que a aquel nuevo estado de admiración exaltada podía llamársele normalidad.

Martha no se cansaba de cantarle alabanzas. La comparaba con *Catwoman* y Lara Croft. La perseguía por toda la habitación parloteando y

hasta se metió en el lavabo cuando Irene quiso ir a ducharse. Al final empezó a añorar a la chica malcarada que se ponía los auriculares desde las siete de la mañana y no le dirigía la palabra en todo el día.

Cuando salió de la ducha, donde tuvo que encerrarse con el pestillo echado para perderla de vista diez minutos, hizo prometer a la inglesa que la trataría como siempre y que dejaría de hablar de ella como si fuera la Mujer Maravilla.

—Si eso es lo que quieres... Pero nunca olvidaré cómo le atizaste al más bajito en la cabeza. Al final tantos librotos tenían que servirte para algo útil, además de llenarte la cabeza de pájaros.

—Tienes razón, por fin les encontré su verdadera utilidad —rio con ganas—. Oye, tendríamos que ponernos en marcha. Hay que denunciar a esos dos. Primero deberíamos hablar con el jefe de estudios y luego con la policía.

—No, Irene, no puedo hacerlo —respondió Martha con gravedad.

—¿Por qué? Si no dices nada, pueden volver a intentarlo con otra incauta.

—Pero si los denuncio, tendré que admitir que

los había invitado a mi habitación y que habíamos bebido. Me caerá una buena, quizá hasta me cueste la expulsión. ¡Mis padres me matarán!

—Entonces, ¿vas a dejarlos irse de rositas?

—Nada de eso. Ya encontraré la manera de ocuparme de ellos, te lo aseguro —dijo apretando los dientes.

—Si tú lo dices... —admitió Irene, no muy convencida.

—Tienes mi palabra. Por cierto, ¿qué te parece si nos quedamos aquí toda la mañana? ¡Como en los viejos tiempos! Tengo galletas de mantequilla y podemos ver una película en mi ordenador.

A Irene le pareció un plan magnífico. Estaba agotada y sólo tenía ganas de quedarse allí, en pijama, oyendo gotear la lluvia mientras bostezaba ante una comedia de las que gustaban a Martha.

—¿Y si volvemos a ver *Love Actually*? Necesitamos un poco de buen rollo.

—¡Genial!

Había sido una de las primeras películas que habían visto juntas en la habitación, una mañana de domingo muy parecida a aquélla. Irene se

sintió cómoda con la vuelta a la rutina, a una familiaridad que había echado de menos más de lo que pensaba.

Mientras Irene se reencontraba con aquellas historias entrecruzadas cuyo denominador común era siempre el amor, Martha la tomó de la mano con camaradería. Irene apretó la suya, conmovida otra vez por un gesto espontáneo que destilaba cariño e intimidad.

Mirando a su compañera, se dijo que el amor era mucho más que los enredos divertidos y las pasiones edulcoradas que retrataba la película. ¿No era la amistad otra forma de amor, incluso más pura y generosa?

La voz en *off* de Hugh Grant, que interpretaba a un primer ministro británico enamorado de una chica de barrio, miembro de su gabinete, parecieron corroborar sus pensamientos:

Siempre que me siento pesimista por cómo está el mundo, pienso en la puerta de llegadas del aeropuerto de Heathrow. La opinión general da a entender que vivimos en un mundo de odio y egoísmo, pero yo no lo entiendo así. A mí me

parece que el amor está en todas partes. A menudo no es especialmente decoroso ni tiene interés periodístico, pero siempre está ahí. Padres e hijos, madres e hijas, maridos y esposas, novios, novias, viejos amigos... Cuando los aviones iban a estrellarse contra las Torres Gemelas, que yo sepa, ninguna de las llamadas telefónicas de los que estaban a bordo fue de odio y venganza; todas fueron mensajes de amor. Si lo buscáis, tengo la extraña sensación de que el amor en realidad está en todas partes.

A Irene se le humedecieron los ojos al escuchar aquella declaración superpuesta a las imágenes de un montón de parejas, familias y amantes reencontrándose en el aeropuerto. Tenía las emociones a flor de piel y pensó que aquella comedia romántica le venía que ni pintada para desahogarse.

Martha, que estaba concentrada en las galletas, le dio un pañuelo de papel del paquete que ya tenía preparado, e Irene volvió a sumergirse en la historia. De las ocho situaciones que se narraban, su favorita era la de Juliet, interpretada por Keira

Knighthley.

Juliet va a casarse muy pronto y se da cuenta de que el mejor amigo de su futuro marido no la soporta. En una escena, el amigo antipático se presenta en su casa y le confiesa que en realidad está profundamente enamorado de ella. Para declararse no abre la boca en ningún momento, sino que va armado de unos grandes carteles escritos a rotulador que va desplegando ante sus ojos y que revelan su secreto y el porqué de su displicencia.

A ella le parecía una declaración enormemente romántica, y siempre que la veía se emocionaba. Minutos después, Irene suspiró mientras contemplaba al actor Colin Firth.

—Me encanta este hombre. ¡Es tan atractivo!

—¿En serio? A mí me parece un poco aburrido: siempre pone la misma cara.

—Calla, no sabes de lo que hablas. No es aburrido, lo que pasa es que está atormentado y sufre por amor —lo defendió Irene.

Firth interpretaba a un escritor que descubre que su mujer le es infiel con su hermano. Huye de Inglaterra y busca refugio en una casita de campo

en el sur de Francia. Allí intenta escribir su nueva novela y se enamora de su asistente portuguesa. Ella no habla inglés ni él portugués, pero eso no es obstáculo para que caigan rendidos el uno por el otro. Pasan los días y él tiene que volver a Inglaterra a pasar la Navidad con su familia, pero finalmente se olvida de sus obligaciones y se marcha a Lisboa a buscar a Aurelia, su verdadero amor. En una escena quizá algo tópica pero muy emocionante, el escritor se declara a la portuguesa delante de toda su familia y de los clientes del restaurante donde trabaja.

Irene miró de reojo a Martha. Incluso ella había dejado de comer por un momento y miraba la pantalla con los ojos brillantes y una sonrisa soñadora en los labios.

La película terminó como había empezado, con la imagen del aeropuerto como punto de encuentro de los protagonistas y de muchas otras personas anónimas. Al contemplar aquellas caras de felicidad en la pantalla, Irene se dejó llevar y lloró a lágrima viva, consciente de que aquel año nadie de su familia iba a abrazarla al regresar a casa.

Martha, que tampoco vería a sus padres porque iban a esquiar a los Alpes suizos con un grupo de amigos, pareció comprender. Le pasó el brazo por la cintura y le dijo, con tosca ternura:

—No te preocupes, Mujer Maravilla. Esta Navidad seremos como hermanas. La cocinera de mis padres me enseñó una receta deliciosa para la salsa de arándanos del pavo. ¡No creas que vas a librarte fácilmente de mí!

30. JANE & JAZZ

Irene se detuvo un momento tras la puerta antes de llamar al timbre. Aún faltaban unos minutos para las siete de la tarde, la hora en que Peter la había citado aquel miércoles.

La entrada de su casa, como las demás viviendas para profesores de Saint Roberts, estaba hecha de madera, excepto la parte superior de la puerta, que tenía una aplicación cuadrada de hierro forjado y cristal. Aprovechó aquel espejo improvisado para darse un último retoque en el cabello, que llevaba suelto, y en los labios, perfilados y maquillados a conciencia. Le gustó el aspecto algo salvaje que le daba el pintalabios rojo en contraste con la picardía infantil de su flequillo torcido.

Tras varias excursiones y encuentros fuera del colegio, a Irene le parecía muy significativo que

Peter la hubiera citado nada menos que en su casa. La excusa había sido adelantar unos días la celebración de la Navidad y trabajar con comodidad la novela que le tocaba.

Le hacía mucha ilusión conocer el lugar donde vivía el profesor. Le parecía una muestra más que evidente de que la intimidad entre ellos dos no hacía sino prosperar, a pesar de sus recelos iniciales. Nerviosa, se preguntó qué pasaría aquella noche. Había imaginado mil finales posibles para aquella cena, pero tenía claro que quería ser parte activa de los acontecimientos, pasara lo que pasara. Se había cansado de ser un corderito dócil y de que siempre fueran otros los que forjaran su destino.

Al final se decidió a llamar, y Peter salió a abrirle con el pelo algo revuelto y las manos y la cara manchadas de harina.

—Bienvenida a mi pequeña cueva —dijo inclinando la cabeza—. Pasa y ponte cómoda. Estoy terminando de preparar el postre. ¡Acabo en un minuto!

Acto seguido, desapareció tras una puerta blanca que Irene supuso que llevaba a la cocina.

—Gracias. ¡Huele delicioso! —gritó Irene para que la oyera desde allí, mientras se servía una copa de vino blanco de la botella que Peter había dejado abierta junto al sofá.

—¿En serio? Debe de ser el suflé de queso. No soy un gran cocinero, pero de estudiante aprendí a preparar tres o cuatro cosas bastante decentes para impresionar a las chicas. Me temo que en esta cena probarás mi repertorio al completo, porque no sé hacer nada más —le advirtió riendo.

Irene se acomodó en el mullido sofá de color burdeos y se dedicó a repasar con curiosidad la estancia. El salón de Peter era una habitación sencilla, cálida y masculina, un fiel reflejo de su personalidad.

La sólida tarima del suelo era de madera oscura y estaba cubierta por dos alfombras gemelas de color negro, una bajo el sofá y otra bajo la mesa redonda que ya estaba dispuesta para la cena.

Había tres enormes estanterías llenas de libros, como en su despacho, aunque éstas parecían un poco más ordenadas. Dedujo que el profesor era un amante del jazz clásico, porque vio varias portadas de discos del sello Blue Note colgados en

las paredes junto a carteles de conciertos antiguos.

En el tocadiscos, una reliquia de otro tiempo, una voz rota cargada de tristeza y deseo contenido desgranaba una canción que a Irene le pareció bellísima. No tenía ni idea de jazz, pero la carátula vacía del disco estaba sobre la mesita auxiliar y pudo comprobar que se trataba de Billy Holiday en un tema llamado *I'm a Fool To Want You*.

*I'm a fool to want you
I'm a fool to want you
To want a love that can't be true
A love that's there for others too*

*I'm a fool to hold you
Such a fool to hold you
To seek a kiss not mine alone
To share a kiss that Devil has known⁸*

Irene dejó la portada donde estaba y miró fijamente hacia un punto indeterminado, esperando que aquel título no fuera un mal presagio que acabara con sus expectativas para aquella noche.

Para alejar las ideas pesimistas, se levantó con la copa en la mano y estudió con atención un póster en blanco y negro que colgaba de la pared.

Se trataba de una foto de dos hombres maduros, ambos de color, sentados junto a un piano. El primero sostenía una trompeta en la mano izquierda. Se le veía cómodo en su piel, como si confiara plenamente en el mundo. Reía tanto que su cuello se doblaba hacia atrás y sus ojos se habían convertido en un par de rendijas oscuras. Exhibía dos hileras de dientes enormes y blanquísimos, perfectamente alineados. A su lado, el otro hombre tenía las manos sobre el regazo y los pies cruzados en una postura algo más tímida. También reía.

Irene leyó los nombres escritos debajo y comprobó que se trataba de Louis Armstrong y Duke Ellington. No era una completa ignorante, y aquellos nombres le sonaban: sabía que eran dos de los grandes del jazz. Más allá de eso, le intrigaba la historia que escondía aquella fotografía. Por la forma en que Duke reía, más contenida que la de Louis, parecía que acababa de

contar alguna anécdota divertidísima que hacía desternillarse al trompetista.

Le habría encantado presenciar el momento en que el fotógrafo había apretado el disparador de la cámara y poder participar así de la chanza. Al pie de la fotografía, alguien había añadido un pequeño cartel con una frase enigmática escrita con un rotulador grueso:

LOS CABALLEROS SIEMPRE ACENTÚAN LOS TIEMPOS DÉBILES.

—Esta foto me encanta —dijo Peter, apareciendo de improvviso a su lado con una copa de vino—. Es un trocito de felicidad suspendida en el tiempo.

—Se ven muy diferentes el uno del otro —respondió ella—. Duke Ellington... Es él, ¿verdad? Incluso parece un poco azorado.

—Sí, es Duke Ellington. Tenía modales de aristócrata, quizá por eso se le ve más contenido. En cambio, Louis Armstrong siempre dio la imagen de *clown*. Encontrarás pocas fotografías de él en las que no esté riendo. ¿Sabías que Ellington fue el inventor del *swing*? Esa frase de ahí la dijo

él en referencia a su ritmo particular.

—No tenía ni idea. La verdad es que no estoy familiarizada con este tipo de música.

—Si quieres, ponemos otra cosa.

—¡Oh, no es necesario! Me gusta lo que estamos escuchando —dijo Irene en referencia a Billy Holiday—. Aunque es un poco triste.

—La vida de esta cantante no fue precisamente alegre. Tendrías que escuchar alguna de sus primeras grabaciones. Su voz suena tan diferente... Parece la de una niña, aunque ya se intuye su complejidad.

Irene se sintió cohibida ante aquellas explicaciones de entendido. Por un momento se preguntó qué hacía ella en aquel salón con chimenea, junto a un hombre mucho mayor, más sofisticado y culto que ella. ¿Qué sabía ella de la vida? Poca cosa. ¡Si ni siquiera tenía idea de quién había inventado el *swing*!

Peter pareció captar parte de su turbación y dio un giro a la conversación para conducirla a un territorio más conocido por su alumna.

—No quiero aburrirte con detalles tan poco trascendentes. Además, lo importante de la música

es disfrutarla. ¿Cenamos? Así de paso me cuentas cosas de tu trabajo sobre *Jane Eyre*. Lo he leído y tengo alguna duda que quiero preguntarte. Te advierto que es una de mis novelas favoritas.

—¿Qué es lo que más te gusta del libro?

—Me gusta Jane. Es una chica valiente y auténtica que nunca tiene miedo de decir lo que siente. Esas cualidades son doblemente interesantes al tratarse de una mujer de su época. Ni siquiera hoy en día resulta fácil encontrar personas tan decididas como ella.

Irene tomó buena nota de sus palabras, que le infundieron ánimos para seguir adelante con sus propósitos para aquella velada. Tenía pensado declararse a Peter durante la cena y así aclarar de una vez su relación. Había ensayado diferentes alternativas, varios discursos y estrategias, y había sido precisamente en *Jane Eyre* donde había encontrado la inspiración.

Cuando se enamora del señor Rochester, Jane trata de olvidar esos sentimientos prohibidos pero, en un ataque de sinceridad, al pensar que él va a casarse con otra, le confiesa que no sabría vivir sin su amor.

El profesor acababa de decirle que admiraba la valentía del personaje de Charlotte Brönte, e Irene pensó que aquello era una invitación en toda regla a que ella misma se declarase. Bebió un largo trago de vino y se sentó frente a él. La mesa estaba dispuesta con manteles sencillos, aunque de buena calidad, y un par de velas encendidas.

Peter sirvió el suflé de queso.

—¡Vaya! ¡Esto tiene muy buena pinta!

—Lo dices como si no te lo esperaras —dijo él, divertido.

—Quizá no lo esperaba —respondió ella con voz insinuante—. Atractivo, buen cocinero, gran lector, conversación excelente, todo un caballero y, además, entendido en jazz. ¿Qué más podría desear una chica?

Peter pareció turbado ante el comentario de su alumna y su actitud seductora. Se concentró con una atención exagerada en abrir la botella de vino tinto que tenía entre las manos. Irene siguió insistiendo sin ningún sentido de la oportunidad.

—Peter, ¿qué opinas de las relaciones entre personas de diferente edad?

El profesor se puso pálido y huyó despavorido a la cocina con la excusa de ir a buscar algo que había olvidado.

«Vale, Irene, te has pasado tres pueblos. ¡No se puede ir de cero a cien en tres segundos!», se reconvino en voz baja.

Cuando Peter volvió con un salero en la mano, ella ya se había serenado y trató de ofrecer una versión de sí misma algo más recatada. Lo conquistaría con su conversación inteligente, como hacía Jane con el señor Rochester, pensó.

Enseguida tuvo la oportunidad de desplegar sus conocimientos sobre literatura del XIX, ya que el profesor encaminó la charla decididamente hacia aquel terreno, evitando con cuidado cualquier referencia personal. Mientras devoraban el suflé, regado con un carnosos merlot australiano, Peter sacó las cinco páginas de su trabajo, garabateadas con sus propias notas en tinta roja.

En el tocadiscos sonaba *Sophisticated Lady*. Aquel tema sugerente, unido a los efectos del vino, hizo que a Irene le resultara difícil concentrarse en otra cosa que no fueran los ojos y los labios de Peter.

—Veamos —empezó él—. Me gustaría comentar este apartado donde dices que *Jane Eyre* no es sólo una novela de amor. ¿Qué quisiste decir?

—Quiero decir que en el libro aparecen muchos tipos de amor. Por supuesto, está la pasión entre Rochester y Jane, pero también aparece el amor entre las hermanas Rivers, el cariño maternal que siente Jane por Adèle e incluso los efectos que puede tener para una persona vivir una existencia sin amor.

—¿Te refieres a la señora Reed, la tía de Jane?

—Sí, me pareció muy interesante la escena en la que se reencuentran, con Jane ya hecha una mujer, y cómo ni siquiera en su lecho de muerte la señora Reed es capaz de darle ni una brizna de cariño.

—Tal vez no te des cuenta, Irene, pero esta reflexión que acabas de hacer es más que notable. Puedo decir sin temor a equivocarme que eres la mejor alumna que he tenido jamás. Estoy orgulloso de ti.

No eran exactamente las palabras que ansiaba oír de sus labios, pero como no contradecían su objetivo de manera evidente, las escuchó con

placer. ¿No acababa de proponerse conquistarlo a través del intelecto?

Peter señaló un par de aspectos más de su trabajo y, antes de terminar el segundo plato, ya no quedaba nada más por comentar.

Irene se atusó el pelo y se preparó para el tercer asalto de la noche. Él se había levantado para cambiar de disco mientras ella fingía comer su filete al vino, maquinando cuál sería su siguiente paso.

El profesor puso otro disco de jazz, lejos del delicado sentimentalismo que había sonado hasta entonces. Se trataba de una vieja grabación de Duke Ellington, quien cantaba *It Don't Mean Anything If Ain't Got Swing* acompañado de una *big band*. La energía de la habitación cambió inmediatamente con aquella música alegre y despreocupada, que traía el ritmo y los aires de Nueva Orleans. Los pies de Irene se movieron involuntariamente, y Peter relajó un tanto su expresión.

—Espérame un minuto. Me llevo todo esto y traigo el postre enseguida. ¡He preparado mi

famoso *coulant* de chocolate!

—Te ayudo —repuso Irene, y se levantó de la mesa para recoger las copas y los cubiertos.

Fueron juntos hacia la cocina, Peter delante de ella, e Irene se sorprendió al ver que era una habitación minúscula, aunque muy ordenada. Apenas había sitio para una persona, así que tuvo que esperar a que el anfitrión depositara su carga en el lavavajillas y lo cerrara antes de entrar tras él.

El cocinero abrió el horno, que emanaba un maravilloso aroma de chocolate caliente. Al tirar de la bandeja chocó contra Irene, que vio aquel accidente como una señal del cielo que le indicaba que aquél era su momento.

Peter tenía las manos ocupadas con la bandeja del *coulant*, y ella aprovechó para ponerse a su lado. Con un dedo le limpió una manchita de harina que todavía le quedaba en la frente, acariciándola con el dorso de la mano. Él la miró con la misma intensidad que en el *pub* hacía unas semanas.

Irene sintió que se perdía en sus ojos encendidos. Se acercó aún más, acariciándole el

cabello y dispuesta a besarlo, segura de que él iba a corresponderle. Acababa de verlo en sus ojos. Pero Peter volvió la cara en el último momento e Irene se encontró con su mejilla en lugar de su anhelada boca.

Confusa, dolida y muda por la vergüenza, la seductora fallida se marchó rápidamente hacia el comedor. Él corrió tras ella todavía con la bandeja en la mano.

—Irene, no te enfades conmigo. Eres una chica preciosa e inteligente y me encantaría... Bueno, cualquier chico de esta escuela estaría loco por tenerte a tiro. Pero yo soy tu profesor y te debo respeto. Además, no te convengo.

—¿Y cómo sabes tú lo que me conviene? —preguntó ella casi gritando.

Se sentía humillada y notaba cómo las lágrimas empezaban a resbalarle por el rostro. No quería que Peter la viera llorar. Necesitaba conservar algo de su escaso amor propio. Las explicaciones estaban de más, puesto que el gesto del profesor había sido elocuente, así que recogió su bolso y la chaqueta a toda prisa y se perdió en la noche dando un portazo.

8. Soy tonta por quererte / Soy tonta por quererte / Por
querer un amor que no puede ser verdad / Un amor que
está allá también para otros. / Soy tonta por abrazarte /
Muy tonta por abrazarte / Por buscar un beso que no es
solo para mí / Por compartir un beso que ha probado el
Diablo.

31. LA AUSSIE

Se despertó hacia las seis de la mañana con la cabeza embotada por falta de sueño. Lo primero que le vino a la mente fue el rostro de Peter con la bandeja del horno en las manos. Recordó cómo la había mirado con pesar mientras ella le cerraba la puerta de su propia casa en las narices.

Sintió un pellizco de tristeza y cierta sensación de ridículo. ¿Qué pensaría de ella? Estaba segura de que no era la primera vez que una alumna se *colgaba* de él. Le horrorizó que la considerara una «lolita» más a la que había tenido que desilusionar con delicadeza.

Para consolarse, se dijo que al menos ahora sabía a qué atenerse. Se había arriesgado, y aunque el resultado no había sido el que deseaba, experimentaba una extraña serenidad.

Salió de la cama con un suspiro de resignación y

se puso en marcha. Había quedado a las siete con Marcelo. Quedaban menos de quince días para la January Race, que se celebraba justo después de Año Nuevo, y su liebre insistía en que debían volver a entrenar cuanto antes.

Irene no estaba segura de que fuera prudente para él empezar a correr tan pronto, pero su amigo era un cabezota y no se dejaba convencer fácilmente. Se puso las mallas y unas zapatillas deportivas nuevas que le había mandado su padre como regalo anticipado de Navidad. Luego marchó hacia la pista a buen paso. Estaba segura de que no habría nadie a aquella hora y podría calentar con tranquilidad antes de que llegara Marcelo.

Se quedó muy sorprendida cuando lo encontró ya allí, haciendo estiramientos en un banco de madera.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó ella—. ¿No habíamos quedado a las siete?

—Lo mismo podría decir yo de ti. ¿Es que quieres entrenarte a mis espaldas para sacarme ventaja?

—No podía dormir, así que decidí venir antes.

—Eso es exactamente lo que me ha pasado a

mí. Estos días estoy algo nervioso —dijo con voz soñadora.

Irene pensó que iba a soltarle una nueva perorata sobre lo guapa, lista y divertida que era su Brenda. Y aquella mañana no iba a poder soportarlo.

—Entonces lo mejor será que empecemos ya, ¿no crees? Pero vayamos despacio: no estoy en muy buena forma últimamente.

Había mentido porque no quería que Marcelo se esforzara demasiado y sufriera un desvanecimiento o algo peor.

—De acuerdo. Iremos poco a poco.

Salieron trotando en dirección al bosquecillo que llevaba al acantilado.

Enseguida Irene se encontró mejor. La neblina de la mañana se estaba aclarando, y todo parecía indicar que aquél iba a ser uno de los raros días de diciembre en que asomaría el sol. La brisa del mar soplaba con suavidad, arrastrando reminiscencias saladas que se pegaban a su piel y se mezclaban con el sudor.

Irene sintió cómo la sangre circulaba por cada rincón de su cuerpo. Se concentró en aquel

hormiguelo benéfico y en el sonido de las fuertes pisadas de Marcelo para olvidar sus penas.

Aunque todo lo demás se desmoronara, aunque no dejara de meter la pata con los chicos, nadie podría quitarle aquella sensación: la alegría absurda e irracional de correr al lado de un amigo, disfrutando del silencio y de la naturaleza que se desperezaba. En aquel momento sintió que compartía algo muy importante con Marcelo, un ser puro y sin rincones sombríos, alguien que la comprendía y la aceptaba tal como era.

Volvió la cara para comprobar cómo se encontraba su liebre. Recordó con un estremecimiento su accidente de hacía pocos días y cómo había sufrido hasta estar segura de su recuperación. Sonrió al verle la cara de concentración. Conocía muy bien aquella expresión y no se sorprendió cuando él anunció un cambio de ritmo.

—Deja de fingir que no puedes ir más deprisa, Irene. Me encuentro bien y quiero que nos entrenemos de verdad. Ya sabes cómo funciona esto. Yo me adelanto y tú tratas de atraparme.

—De acuerdo, pero prométeme que si sientes algo raro, pararás.

—Estoy perfectamente, mamá —se burló—. Venga, concéntrate y respira como te he enseñado. ¡Hasta luego! —gritó al alejarse con pasos largos.

Irene apretó el paso, alborozada, con ganas de emplear a fondo sus músculos. Desde el accidente no había vuelto a entrenarse a conciencia y sentía que el cuerpo le pedía un acelerón.

El camino se estrechó al aproximarse al acantilado. Tuvo ganas de abrir los brazos, como si fuera a volar, para rozar las cortezas de los árboles con la punta de los dedos. La distancia entre ella y Marcelo se acortaba irremediablemente. Ya preparaba las bromas pesadas que iba a gastarle al darle alcance, cuando de repente oyó unas pisadas a sus espaldas.

Una ráfaga de aire le agitó el cabello cuando una chica la adelantó, e Irene pudo capturar su perfume de vainilla.

Parecía una aparición. Una especie de hada de los bosques o una valquiria rubia, altísima y esbelta. Llevaba el cabello liso recogido en una cola de caballo que se movía de izquierda a derecha al

compás de sus pasos elegantes. Irene levantó la mano para saludarla, como hacían todos los corredores del mundo en señal de cortesía, pero la chica iba como una flecha y ya estaba adelantando a Marcelo.

A continuación vio que su amigo se había detenido en seco y oyó gritos. Pensando que le había pasado algo, corrió con todas sus fuerzas.

Lo encontró fundido en un abrazo con aquella belleza rubia, que reía sin cesar mientras le revolvía el cabello con familiaridad.

—¡Marcy, Marcy Marcy! —repetía, como si Marcelo fuera la octava maravilla del mundo y ella una exploradora intrépida que acabara de rescatarlo de las garras de un codicioso contrabandista.

—¡Brenda! Pero ¿cuándo has llegado? Deberías haberme avisado.

—Llegué ayer en plena noche. He instalado mi iglú térmico en un claro del bosquecillo. Tenía pensado ir a despertarte dentro de un rato, cuando hubiera acabado mi entrenamiento.

Irene cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, incómoda. Se sentía una intrusa, como si

estuviera de más en aquel esperado reencuentro. Marcelo ni siquiera la miraba, absorto en su felicidad por volver a ver a su querida B. Ella torció el gesto, y entonces Brenda se presentó.

—Tú debes de ser Irene, ¿verdad? Marcelo me ha hablado mucho de ti —declaró mientras le daba la mano.

Al ver a la australiana más de cerca, comprobó con envidia que no sólo le sacaba casi medio metro de altura. También tenía una de esas pieles perfectas de mejillas sonrosadas y poros invisibles.

—Y tú debes de ser Brenda —dijo Irene al estrechar su mano.

La recién llegada no tardó en olvidarla y volvió a concentrarse en Marcelo. O Marcy, como ella prefería llamarlo.

«Menudo nombrecito ridículo», se dijo Irene, rabiosa, mientras la oía cotorrear. Incluso su voz y su acento eran ofensivamente encantadores, parecidos al arrullo de una paloma.

Pero ¿por qué había tenido que aparecer justamente aquella mañana? Tan sólo unos minutos antes había disfrutado con Marcelo de un

momento único, bello y perfecto. Un verdadero oasis en medio de tanta tempestad sentimental. Pero aquellos buenos presagios se habían empañado ahora con la llegada de la Miss Australia y su olor a galletas recién hechas.

«¡Si ni siquiera suda! », pensó Irene, indignada.

Marcelo propuso que fueran los tres a desayunar, pero ella se excusó diciendo que había quedado con Martha. No tenía el ánimo para soportar a los dos tortolitos.

Por el camino de vuelta tuvo que aguantar las amables preguntas de Brenda, que se esforzaba por incluirla ahora en la conversación.

—Eres española, ¿verdad? Una de mis mejores amigas nació en Sevilla y emigró con sus padres a Australia cuando era muy pequeña. Me enseñó a decir algunas palabras. Me parece un idioma muy divertido, como los españoles —dijo con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes inmaculados y perfectamente colocados.

—Eso es estupendo —respondió Irene, sin poder evitar sonreírle a su vez.

¿Qué tenía aquella chica que la hacía irresistible?

—He plantado mi tienda de campaña cerca de tu residencia, en el bosquecillo de al lado. Vendré a visitarte, si no te importa. ¿Quizá podríamos tomar el té? En Australia también existe esa costumbre, pero nunca lo he hecho en un internado inglés. Seguro que tu habitación es encantadora— prosiguió agitando las manos mientras hablaba.

—En realidad es algo pequeña y la comparto con una amiga. Ella sí es inglesa.

—¡Estupendo! Así podré conocerla también.

Irene admiró su confianza y deseó poseer una décima parte de ella.

—¡Bueno, ya hemos llegado! Nos veremos más tarde, Irene. He alquilado un coche y quiero hacer excursiones por los alrededores. Espero que nos acompañes.

—Estoy un poco ocupada estos días y... — empezó a protestar.

—Marcy, ¿me enseñas las instalaciones del cole antes de que empiecen las clases? —preguntó Brenda a Marcelo con su voz más seductora, ignorándola otra vez.

Irene puso rumbo a la residencia, no sin antes comprobar la mirada de admiración que él

dedicaba a la *aussie*.⁹ Caminaba cabizbaja y hundida, con la mente llena de pesimismo y el corazón plagado de negros presagios.

Al llegar a su cuarto tropezó con algo pequeño frente a la puerta. Era un paquete cuadrado, envuelto en papel de celofán azul, con un sobre grapado. El envoltorio crujió cuando lo retiró.

Irene se sorprendió al descubrir un CD con la misma portada que había admirando la noche anterior en el póster: la foto de los dos músicos sentados sobre la banqueta de un piano. Abrió el sobre que acompañaba al disco con ansiedad. No había duda acerca de quién le había enviado aquel regalo.

Te quiero, Irene, y eres muy importante para mí. Tanto, que ya te has vuelto imprescindible en mi vida. ¡Qué aburrida sería sin los miércoles contigo! Nunca podremos ser una pareja, pero tú misma dijiste que hay otras formas de amor más profundas y duraderas, como la de Armstrong y Ellington, cuyos corazones latían al unísono para la felicidad del mundo.

DE TU AMIGO CURSI Y TRASNOCHADO

Unas lágrimas escaparon de sus ojos y cayeron sobre la tarjeta, emborronando las líneas que Peter le había dedicado.

9. «Australiana», en arqot.

32. GAVIOTAS Y KOALAS

El viernes empezó torcido. Irene se levantó temprano y salió a correr con Marcelo bajo una lluvia congelada. Afortunadamente, Brenda no iba a comparecer aquella mañana, puesto que todavía arrastraba los efectos del *jet lag*.

Irene agradeció la intimidad recobrada con su amigo, aunque el rato que pasaron juntos no tuvo nada de divertido. Ella se había preparado para una nueva oleada de alabanzas desmesuradas hacia Brenda, pero en su lugar se encontró con un Marcelo extrañamente silencioso y ausente que sonreía bobamente y miraba al infinito con ojos soñadores.

Al verlo en aquel estado de atontamiento, Irene empezó a preocuparse de verdad. ¿Es que Brenda le había sorbido el seso por completo? ¡Si ni siquiera parecía interesado en el entrenamiento!

—¿No vas a decir nada esta mañana? Fuiste tú quien me enseñó que hay que hablar mientras se corre, ¿recuerdas? —le soltó, irritada.

—Perdona, tenía la cabeza en otra parte.

—Eso es evidente. Marcelo, la January Race es dentro de diez días y, al paso que vamos, voy a quedar de las últimas. He perdido toda mi ventaja después del parón de tu accidente y... todo lo demás —dijo disimulando sus sentimientos con argumentos deportivos.

En realidad, la carrera era lo último que le importaba.

—En eso estaba pensando precisamente. Ayer le expliqué a Brenda que estoy preocupado porque no voy a poder entrenarte durante los próximos días. Ya sabes que los profesores me han concedido una prórroga debido al accidente. Me examinaré un poco más tarde que los demás, pero tengo que aprovechar todas mis horas libres si quiero aprobar alguna asignatura antes de Navidad. El primer examen es dentro de tres días.

—¡Dios mío, no había caído en eso!

—Pero no tienes que preocuparte. A Brenda se le ocurrió ayer una idea fabulosa para que puedas

seguir con tu rutina: ise ha ofrecido a ser tu entrenadora! ¿No es genial? Es un año mayor que yo, y en su colegio era la primera del equipo de atletismo femenino. Que se ocupe de ti es casi un privilegio. ¡Seguro que será mucho mejor entrenadora que yo!

A Irene se le cayó el alma a los pies. Aquello era el colmo de la humillación. ¿Cómo iba a competir con aquel pibón que ponía a todo el mundo a sus pies? La australiana era insultantemente guapa, elegante, divertida, lista y, por supuesto, la primera en todo. Por si fuera poco, *ella* tenía que sentirse agradecida de que se dignara fijarse en su humilde persona.

No le dijo nada a Marcelo, pero se propuso hacer todo lo posible por evitarla. Estaba claro que había venido hasta Cornualles para reconquistarlo a toda costa, y si se había ofrecido a ayudarla era sólo para ganar puntos ante él.

Sin embargo, al llegar a su habitación se dio cuenta de que ignorar a Brenda no iba a ser tan fácil. Encontró un sobre blanco pegado a la puerta con un trozo de celo. En su interior había una notita escrita en una caligrafía clara y elegante:

Queridísima Irene,

¿Te ha contado Marcelo mi grandiosa idea de ayer? Estoy emocionada por poder ayudarte en esto. Marcy dice que eres muy rápida y que sólo necesitas un buen incentivo para brillar en la carrera. Ya verás cómo, juntas, lo encontraremos. Entre tanto, espero que te alegre saber que esta noche he organizado una pequeña cena para los tres en vuestro pintoresco pub. Me muero de ganas por conocer el lugar. Te recogeremos a las seis. ¡No puedes faltar!

Brenda

Irene entró en su cuarto dando un portazo, con la nota que acababa de arrugar en la mano. Lo peor de todo, se dijo, era que la *aussie* era tan amable con ella que se le hacía complicado odiarla.

Se duchó con prisas y luego fue a clase para no pensar en ella durante un rato.

Después de historia, aquella mañana tocaba gramática. Peter entró en el aula muy serio y distante. Irene pensó que no era extraño que los alumnos de Saint Roberts lo llamaran Byron.

Parecía que regresara de un viaje en el tiempo desde el siglo XIX sólo para darles clase cada día.

Un destello fugaz iluminó la mirada del profesor cuando vio a Irene sentada en su lugar habitual. Ella le correspondió con una inclinación de cabeza casi imperceptible.

La clase transcurrió como siempre. Irene trató de prestar atención, pero se le hacía muy difícil escuchar a Peter hablar sobre conjunciones y pronombres relativos sin pensar en los últimos acontecimientos que habían vivido juntos. Recordó con nostalgia otra clase de hacía varias semanas. Al terminar, se había quejado a Martha de que le picaban muchísimo los ojos.

—No me extraña que se te sequen —le había respondido su amiga—. ¡Si ni siquiera parpadeas para poder mirar a Byron todo el tiempo! ¡No te pierdes ni uno de sus movimientos!

Cuando sonó el timbre y los alumnos empezaron a salir atropelladamente, Peter la llamó a su mesa.

—Irene —dijo con ansiedad.

—¿Peter? —replicó ella.

—Me alegro mucho de que hayas venido a clase.

—No encontré un plan mejor para esta mañana —bromeó Irene—. Además, si hubiera faltado habrías tenido que ponerme un punto negativo.

—¿Estás...? ¿Estás bien? —preguntó con precaución.

—Sí, lo estoy. Muchas gracias por el regalo y por la nota —declaró tratando de contener la emoción—. Creo que siempre que escuche ese disco me acordaré de ti.

—Para mí también sonará diferente a partir de ahora. Será algo así como la banda sonora de nuestra amistad.

—Yo también tengo una cosa para darte —anunció ella mientras sacaba un gran sobre de su carpeta para la clase de arte.

Peter lo desenvolvió, intrigado, y una sonrisa le curvó los labios al ver su contenido. Irene le había regalado una reproducción de *El caminante frente al mar de nubes*.

—Le pondré un marco y lo colgaré en mi despacho. Es un regalo muy especial para mí. Muchas gracias, Irene.

Pronunció estas últimas palabras en voz baja. Se notaba que estaba conmovido. Tras aclararse la

garganta, pareció sobreponerse y se dirigió a ella de nuevo con la mano tendida para que se la estrechara.

—¿Amigos, entonces? ¿Nos veremos este lunes, antes de Navidad?

—Amigos —dijo Irene, que no pudo resistir el impulso de descolocarlo esquivando su mano y dándole dos besos en las mejillas—. En mi país los amigos se saludan así —añadió a la vez que le guiñaba un ojo.

Luego se despidió hasta el lunes siguiente agitando la mano.

Al llegar a su cuarto, con el corazón más ligero que por la mañana, se encontró a Martha en plena «operación salida». Irene llamaba así al par de horas largas que la inglesa pasaba vistiéndose y arreglándose cuando tenía que acudir a una cita especial.

—Vaya lío de ropa que tienes montado. ¿Con quién has quedado esta vez?

Martha se acercó a ella dando saltitos y la cogió por las muñecas, mirándola a los ojos loca de contento.

—¡Con Josh! Por fin nos hemos reconciliado. ¡Y ha sido tan romántico...! —exclamó, alargando las ayes de la frase—. Va a llevarme al cineclub a ver una peli de amor.

—¿Cómo se titula?

—*Las dos inglesas y el continente*. Es de un director de cine francés o algo así. ¿A que suena sofisticado?

Irene se sonrió sin que Martha la viera, pero no le dijo nada para no chafarle la diversión. Se la veía radiante de felicidad, como no lo había estado en muchos días. Deseó de corazón que Josh se portara bien con ella y que aquel estado le durase mucho tiempo.

Todavía quedaba un buen rato para su cita inexorable con Brenda y Marcelo, así que se tumbó en la cama a leer *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez. Era el último libro de la gramática del amor, y le hacía ilusión que el curso acabara con una novela escrita originalmente en español.

La historia comenzaba con una muerte, la del amigo íntimo de un protagonista de la novela, el doctor Juvenal Urbino, marido de Fermina Daza. El

libro de Gabriel García Márquez cuenta la trayectoria de la pareja y de Florentino Ariza, el tercero en discordia, que está enamorado de Fermina desde su juventud y la espera hasta que los dos son ya viejos.

A Irene le fascinó desde el principio el lenguaje de aquel escritor. Sentía que podía oler sus metáforas y palpar sus adjetivos. El premio Nobel escribía con frases largas y cadenciosas, llenas de poesía. Sus palabras se le enredaban en el corazón como lianas exuberantes trepando por el tronco de un árbol hasta adueñarse de él.

El doctor Juvenal Urbino explicaba en el primer capítulo que el aroma de los amores contrariados es el de las almendras amargas, puesto que ése es el rastro que dejan las emanaciones de cianuro en el cuerpo de una persona que se suicida por amor. Al parecer, entre los amantes no correspondidos fue un método bastante popular para dejar este mundo.

La expresión «amores contrariados» llamó su atención y la anotó en su cuaderno para utilizarla en su trabajo sobre el libro. ¿De verdad era posible vivir un amor libre de cualquier dificultad?

Si tenía que juzgar por sus experiencias en Saint Roberts, la esencia misma del amor era la contrariedad, todos los obstáculos que iban apareciendo en el camino. Su mente empezó a divagar y se alejó de la lectura, incapaz de concentrarse.

Martha acabó de arreglarse al fin y se marchó con un alegre *ciaociao*.

No había pasado ni un minuto cuando llamaron a la puerta. Irene abrió, con expresión de fastidio, y se encontró cara a cara con Brenda, que le metió prisa porque no quería llegar tarde a cenar.

Irene la tranquilizó y le explicó que en el Dog & Bone siempre había sitio. Le advirtió que no se hiciera demasiadas ilusiones respecto a la comida o la concurrencia. Brenda la condujo con sus andares elegantes hasta el coche, un BMW rojo alquilado, y le abrió la puerta de atrás. Marcelo ya estaba sentado junto a ella en el asiento delantero.

Al mirarlos desde atrás, una vez arrancaron, Irene pensó con amargura que aquellos dos eran la viva imagen de la belleza y la felicidad.

Brenda lucía un maravilloso vestido de punto de

color beige que resaltaba el tono bronceado de su piel. Llevaba el cabello suelto y no parecía maquillada, aunque sus ojos y sus mejillas refulgían como piedras preciosas. Y Marcelo... ¿Qué le había pasado a su eterno chándal y a sus familiares zapatillas deportivas?

Debía de haberse tomado muy en serio el comentario de la australiana acerca de su indumentaria —el día anterior le había dicho medio en broma que parecía un granjero— y llevaba un conjunto muy distinto de su estilo habitual. Vestía unos vaqueros de diseño y una camisa de algodón rosa palo, de un tono muy poco común. Saltaba a la vista que se había gastado bastante dinero en aquella ropa de diseño.

Brenda conducía a gran velocidad, tomando cada curva con una seguridad pasmosa, como si conociera la carretera de toda la vida.

Pronto estuvieron sentados en el Dog & Bone con el obligado vaso de *real ale* delante.

—¿Qué es este brebaje? —preguntó la australiana al propietario del local, con tal gracia que el señor Ward tomó a broma su descortesía.

En aquel pueblo ningún forastero se atrevía a

meterse con la *real ale*, pero a pesar de ello le aclaró con una amplia sonrisa cuál era el origen de la bebida típica de la zona. Marcelo la miraba con orgullo.

—Es muy encantador todo esto —dijo Brenda cuando se quedaron solos en la mesa con la carta del *pub*—. En Australia no existen lugares como éste.

—¿Y cómo os divertís donde tú vives? —preguntó Irene.

—Bueno, no hay demasiadas opciones en mi pueblo, si quitas el surf, los chicos y las fiestas en la playa. Si no fuera por el clima y por la naturaleza, que en Australia es de lo más salvaje, te diría que Cornualles no es tan diferente de aquello. ¡Y los chicos de aquí son tan guapos como los australianos! —bromeó mirando significativamente a Marcelo.

—En Cornualles no sobrevivirían vuestros koalas. Seguro que se los comerían las gaviotas.

Irene se había mostrado impertinente por primera vez, harta de que aquella listilla pretendiera saberlo todo de la vida. Marcelo levantó una ceja al escuchar su comentario.

—Oh, deberías ver alguno de cerca algún día —respondió Brenda—. Son unos animalitos preciosos. ¿Sabías que se encaraman en unos árboles que en algunas zonas llegan casi hasta el borde del mar? Parece que quieren tocarlo con sus deditos.

Irene la dejó por imposible, porque estaba claro que no iba a poder con ella. «Muy bien, rubita, tú ganas», claudicó mentalmente. A partir de aquel momento se abstrajo de la conversación y trató de no prestar atención a los comentarios graciosos de Brenda ni a las réplicas atentas de Marcelo. Se sentía de más en aquella maldita reunión, y a su amigo, si podía llamarlo así, parecía no importarle, aunque la australiana le lanzaba miradas de reojo de cuando en cuando, como si sopesara sus sentimientos.

La noche terminó pronto, porque el ánimo sombrío de Irene acabó por enfriar el de los otros dos y aguló la fiesta a la australiana, que había planeado quedarse hasta que empezara el karaoke.

Irene había rogado que la llevaran a casa cuanto antes con la excusa de un fuerte dolor de cabeza.

En el camino de vuelta, pese a que había insistido en que no era necesario, la sentaron en el asiento del copiloto. Brenda se dedicó a hacerle mil y una preguntas acerca de su vida en Barcelona, sus padres, sus amigos, los libros que le gustaban, su lugar favorito para unas vacaciones...

Irene terminó confundida y malhumorada. Se preguntaba por qué diablos aquella desconocida tenía tanto interés por su vida. ¿Qué le importaba la edad de sus padres o si tenía primos o hermanos? ¿Es que la consideraba su rival y quería obtener toda la información posible para medirse con ella?

Enseguida descartó la idea por absurda, puesto que era evidente que para Brenda no existía competencia posible.

Cuando llegó a su cuarto, vio que Martha todavía no había regresado. En su fuero interno se alegró de que al menos una de las dos lo estuviera pasando bien aquella noche.

33. CUENTAS PENDIENTES

Se despertó con los ojos hinchados y un dolor de cabeza agudo y palpitante. Mientras buscaba un analgésico en la mesita de noche de Martha, se protegió los ojos de la luz con una mano. Descorazonada, pensó que una jaqueca era la peor manera de empezar el fin de semana previo a la Navidad.

No encontró ninguna pastilla entre las cosas de su amiga. Fue al lavabo a preguntarle si le quedaba alguna en el bolso, pero la inglesa no estaba allí.

La cama estaba deshecha, así que supuso que habría salido de la habitación sin despertarla. Comprobó el reloj y se dio cuenta de que eran más de las once. Ahí tenía la razón de su malestar: había dormido más de la cuenta. Aunque también podía ser que ella misma hubiera conjurado su

mal la noche antes, al fingir que le dolía la cabeza para zafarse de Brenda y Marcelo.

Fuera como fuera, la jaqueca era insoportable y no podía ni pensar.

Se vistió con su ropa deportiva, no porque tuviera intención de entrenar, sino porque fue lo primero que encontró. Luego salió hacia el dispensario en busca de la enfermera Swan.

Atravesó la plazoleta casi sin mirar. Estaba a punto de llegar al edificio principal cuando la detuvo una escandalosa algarabía. Se oían muchos gritos, alguna risa y un fuerte ruido de golpes.

Dos alumnos pasaron a su lado corriendo y se dirigieron con ansia hacia el tumulto de donde parecía provenir el jaleo. Irene decidió alejarse, porque el dolor era más fuerte que su curiosidad por ver qué sucedía. Pero entonces apareció Heather, que la tomó del brazo y la arrastró de nuevo hacia la plazoleta, justo al lado del estanque de las carpas mutantes.

—¡Se están peleando! —gritó alborozada —
Vamos a ver qué pasa, ¡se está montando un lío impresionante!

Irene no tenía ningunas ganas de asistir a ese

espectáculo. Una pelea sería necesariamente un asunto ruidoso, y si algo no quería su cabeza en aquel momento era ruido. Pero no tuvo fuerzas para oponerse al entusiasmo arrollador de Heather, ya que sólo hablar le suponía un esfuerzo sobrehumano.

La rubia la metió en medio del tumulto, y allí, entre sus compañeros de clase, que gesticulaban y animaban a los contendientes, los vio. ¡Era Josh! Erguido con su metro noventa de altura, su rostro estaba lívido y traspasado por una expresión de rabia animal que hubiera atemorizado a cualquiera. Y así estaban los dos chicos contra los que peleaba, totalmente aterrorizados.

Uno de ellos, que Irene reconoció como el cabecilla del dúo que había intentado abusar de Martha, acababa de caer al suelo tras un puñetazo terrible en la barbilla. Su compañero de juergas, el más bajito, tenía una ceja abierta, de la que manaba abundante sangre. Estaba de pie junto al estanque. Las piernas le temblaban, y por su expresión era evidente que se debatía entre el impulso de huir y el de mantener su pundonor delante de todo el colegio.

Al final venció su instinto de supervivencia y arrancó a correr como alma que llevaba el diablo. La multitud de alumnos que presenciaba la pelea como si fuera un espectáculo deportivo estalló en carcajadas y se oyeron silbidos y gritos de «cobarde» y «gallina». Josh parecía ajeno a todo aquel público.

Estaba muy ocupado atacando de nuevo al cabecilla, que se había levantado del suelo con dificultad y avanzaba hacia él con los puños en alto. Con gran parsimonia, el bibliotecario esquivó cada uno de sus golpes desesperados, lo acorraló y acabó levantándolo por los hombros como si fuera un muñeco de trapo. Luego lo lanzó al estanque helado.

Se oyó un *clonc*, como si hubiera caído dentro del agua una piedra o un tronco muy pesado.

—Si vuelves a hacer algo parecido, la próxima vez te arrojaré al mar y no a un inofensivo estanque. ¿Entendido?

El chico asintió, empapado, aterido y humillado. El público aplaudió con fervor. Nadie sabía cuál era la cuenta pendiente entre el bibliotecario y aquellos

dos chavales, pero les había encantado empezar la mañana de sábado con aquel choque de emociones fuertes. Irene estaba boquiabierta, pero enseguida ató cabos al ver a Martha en un rincón del patio. La inglesa levantó la mano a modo de saludo y le guiñó un ojo con sonrisa cómplice.

Irene sintió dos nuevos pinchazos en las sienes y se apresuró a marchar hacia la enfermería. Pero aquella mañana todo parecía confabularse para que no llegara nunca a su destino.

—¡Si estás aquí! Llevo esperándote más de una hora en la pista —dijo Brenda, que se materializó ante ella como un ángel rubio vestido con ropa deportiva carísima y zapatillas de última tecnología.

—Perdona, había olvidado nuestra cita. Es que no me encuentro muy bien. Sigue doliéndome la cabeza y... —se excusó Irene, que jadeaba por el esfuerzo de concentrarse para hablar.

—Para la jaqueca, una buena carrera es mano de santo.

Dicho esto, la agarró por el brazo mientras sacaba un analgésico y una botella de agua de su bolsa de deporte.

—No puedo correr así, Brenda, necesito descansar un poco.

—Oye, déjala en paz. ¿No ves que está pálida?

Heather la había agarrado por el otro brazo y miraba a la australiana con cara de pocos amigos.

—Se le pasará en seguida. La pastilla que acabo de darle es muy potente. En menos de lo que tardaremos en llegar a la pista se encontrará mucho mejor.

—Te he dicho que la dejes. ¿Quién te crees que eres para venir aquí y mangonear a la gente a tu antojo?

Heather forcejeaba con su brazo izquierdo mientras Brenda la miraba con obstinación, sin dejar de agarrar el derecho firmemente.

«Oh, no», pensó Irene. Ya había visto suficientes peleas aquella mañana. Brenda era una chica muy educada, pero Heather era impulsiva, y una nunca podía estar segura de sus reacciones.

—Chicas, ¡ya está bien! —protestó, soltándose de las dos—. Heather, Brenda no me está mangoneando. Fui yo quien insistió en entrenar a tope los pocos días que me quedan antes de la carrera. Ella sólo quiere ayudar. Iremos hacia la

pista y, si al llegar me siento mejor, entrenaremos.

Heather se quedó atrás, refunfuñando algo sobre Australia y las colonias inglesas, mientras Irene se alejaba con Brenda, que caminaba con sus largas y elegantes zancadas, como si flotara.

El incidente apenas la había perturbado y no cesó de parlotear y de agradecerle que hubiera salido en su defensa hasta que llegaron a la pista. Irene hubiera deseado que se callara, pero al llegar a la zona de entrenamiento se dio cuenta de que la cabeza ya le molestaba algo menos.

—¿A que ya estás mejor? —le preguntó la australiana con sincera calidez.

—Sí, tenías razón.

Era imposible resistirse al influjo mágico de aquella chica.

—Mañana me voy de acampada a la península de Lizard. ¿Te apuntas? Será divertido.

—Estoy un poco ocupada, Brenda. Es mejor que invites a Marcelo —rehusó a la defensiva.

—Él también vendrá.

—Entonces no me necesitáis para nada —replicó Irene, desolada—. ¿Empezamos ya? Me encuentro

muy bien —mintió.

Brenda se alejó con un bamboleo indiferente de su cola de caballo. Irene todavía estaba algo aturdida, pero empezó a correr tras ella como pudo. El aire helado de la mañana contribuyó a despejarle un tanto la cabeza.

La rubia apretaba como un gamo, pero ella no estaba dispuesta a dejarla ganar sin luchar. Se tomó como un asunto personal aquel entrenamiento. Pensaba que si era capaz de atraparla, superaría sus sentimientos de inferioridad respecto a aquella belleza llegada de las antípodas.

Al acelerar, notó cómo su corazón bombeaba con fuerza para adaptarse al esfuerzo súbito que le pedía. No había tenido tiempo de recogerse el cabello y algunos mechones sueltos se le empezaron a meter en los ojos. Pronto se convirtieron en una auténtica molestia al humedecerse con el sudor y el fuerte viento que provenía del mar. Irene se distrajo un par de veces manoteando con ellos para colocarlos detrás de las orejas.

Con todo, consiguió mantenerse a distancia de

su liebre, que brincaba y saltaba como si aquella carrera no le estuviera costando ningún esfuerzo. Irene, en cambio, no se sentía cómoda aquella mañana. Notaba incluso el roce de los calcetines en los tobillos y su cabeza retumbaba como un tambor al compás de cada una de sus pisadas, pero resistió, y poco a poco empezó a acercarse a Brenda.

La australiana se volvió, miró el cronómetro y la avisó de que aquélla era la última vuelta. También le recordó que debía respirar tomando el aire por la nariz.

Irene no le hizo ningún caso y decidió echar el resto en los pocos metros que quedaban para el final. Corrió enloquecida como si en ello le fuera la vida, sintiendo que sus pulmones iban a reventar y que el corazón se le escapaba por la boca a galope tendido.

De repente, empezó a ver las gradas próximas como unas líneas grises y difusas que pasaban a toda velocidad a su lado. Le pareció que eran ellas las que se movían, mientras su cuerpo se había detenido en mitad del carril. Las sienes le palpitaban y fue consciente durante un segundo de

que iba a atrapar a Brenda, que gritó algo.

Lo siguiente que vio fue una nube borrosa y, a continuación, un fundido a negro.

Despertó unos minutos después, rodeada por los rostros preocupados de su entrenadora y del profesor de educación física, que pasaba por allí y la había visto perder el conocimiento.

—Has tenido suerte de que esta chica estuviera aquí. De otro modo te habrías dado un buen golpe en la cabeza —dijo el profesor mientras le acercaba una botella de agua.

Irene respiró hondo, todavía desorientada, mientras trataba de incorporarse ayudada por una Brenda que rezumaba preocupación.

—No tendrías que haberte esforzado tanto. ¿Por qué has corrido así?

—Necesitaba ganarte en algo.

34. LA CAJA DE LOS SECRETOS

Hacía muchas horas que Irene leía sin descanso *El amor en los tiempos del cólera*. Como su clase de gramática con Peter se había adelantado al lunes, debido a las vacaciones, tenía que darse prisa para redactar un trabajo decente aquella misma noche.

Su concentración era tal que a ratos perdía la noción del tiempo, e incluso de la realidad. Le parecía que la lluvia helada que pintaba finas rayas en los cristales de su habitación era el preludio de una tempestad tropical. Casi esperaba ver cómo se abrían los cielos y caía una gruesa y efímera cortina de agua, como si se hallara en medio del Caribe y no en mitad de una oscura tarde de domingo en Cornwallles.

El influjo de las palabras de García Márquez era muy poderoso. Desde la primera línea había

cautivado a Irene, que hasta entonces nunca había leído una prosa tan colorida, mágica y sensual. Algunos fragmentos de la novela la inquietaban un poco, como la escena en que Florentino Ariza se emborracha de amor comiéndose las gardenias frescas de los parterres de su madre y bebiendo colonia a granel, todo ello para apropiarse del sabor de su amada, Fermina Daza, y transpirarlo por todos sus poros

Rememoró aquel capítulo perturbador del inicio del libro más adelante, cuando al seguir con su lectura febril comprobó que, cincuenta años después, Florentino vuelve a escribirle una carta y Fermina cree percibir en el papel un tenue olor, esta vez tan marchito como sus rostros, a gardenias blancas.

Estaba subrayando aquel recurso literario genial cuando notó una vibración en el bolsillo. Acababa de entrar un mensaje en su móvil.

[¿Cómo te va con el comedor de gardenias
y los amores contrariados?]

Irene sonrió al leer el sms de Marcelo. Brenda

debía de haberle explicado que no iba de acampada con ellos porque estaba ocupada leyendo la novela del premio Nobel. No le extrañó que conociera al dedillo dos de los *leitmotivs* de la obra, ya que, como todos los libros de la gramática, estaba plagado de notas suyas.

A él también le había impactado el fragmento en el que Florentino se come las flores del parterre y lo había subrayado profusamente, junto con otras excentricidades del personaje. Irene le contestó tecleando con una mano, mientras con la otra seguía sosteniendo la novela.

[No tan bien como debe de irte a ti con Doña Perfecta.
¿Qué tiempo hace en Lizard?]

La respuesta de Marcelo no se hizo esperar.

[No lo sé, porque no estoy allí.
Me quedé para estudiar.
¡Pero no puedo concentrarme!
Menudo aburrimiento de domingo...]

Irene se alegró al saber que al final Brenda se había marchado sola. Decidió que ya era hora de

aclarar aquel asunto de las notas, que había dejado aparcado con la visita sorpresa de la australiana, y respondió con rapidez.

[¡Pues aburrámonos juntos!
Yo soy toda una experta. Voy a verte
en menos de diez minutos.]

Se cepilló el cabello con cuidado, porque lo llevaba hecho un desastre a causa de la humedad. Tomó la novela y una gruesa chaqueta impermeable y marchó corriendo bajo la lluvia.

Marcelo la esperaba en su habitación con una tetera recién preparada y unas rebanadas de pan de jengibre. Irene se sentó a la mesa frente a él y decidió que no se andaría por las ramas. Sacó el libro de su mochila empapada y lo depositó con cuidado sobre el tapete.

—Conoces este libro, ¿verdad?

—Claro, el del comedor de flores. Imposible olvidarlo —respondió Marcelo con una sonrisa cauta.

—Quiero decir que lo conoces muy bien, tanto como para subrayarlo y llenarlo de notas

personales. Como ésta.

Irene abrió el libro al azar y leyó en voz alta un fragmento que Marcelo había marcado, así como su comentario al margen de aquellas líneas:

Quería ser otra vez ella misma, recuperar todo cuanto había tenido que ceder en medio siglo de una servidumbre que la había hecho feliz, sin duda, pero que una vez muerto el esposo no le dejaba a ella ni los vestigios de su identidad. Era un fantasma en una casa ajena que de un día para otro se había vuelto inmensa y solitaria, y en la cual vagaba a la deriva, preguntándose angustiada quién estaba más muerto: el que había muerto o la que se había quedado.

—*PERDER EL AMOR ES COMO
ESTAR MUERTO EN VIDA.*

*ME PREGUNTO SI B.
ME ECHARÁ EN FALTA,
SI NOTARÁ SIQUIERA MI AUSENCIA.*

Marcelo tomó el libro entre sus manos y acarició el lomo, como si acabara de recuperar a un viejo

amigo perdido, pero guardó un silencio inescrutable.

—¿Hace mucho que escribiste esto? —lo interrogó Irene, dispuesta a llegar hasta el final del misterio como fuera.

—Hará unos dos años.

—¿Y también fue entonces cuando leíste a Murakami, Jane Austen, Tolstoi y los demás?

—Sí, los leí todos por aquellas fechas. Con Byron —añadió tras una pausa.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No es una época que me guste mucho recordar. Y pensé que si Hugues te estaba ayudando como lo hizo conmigo, cuando volví de Australia con el corazón hecho pedazos, era mejor que no te molestara. De hecho, siempre te escondías de mí para leer.

—Y ahora debes de estar muy contento —lo tanteó ella.

—Me he perdido —inquirió Marcelo, confundido—. ¿A qué te refieres?

—Pues que por fin has recuperado a tu querida B. Es decir, Brenda —respondió Irene con amargura—. Has tardado dos años, pero ahora la

tienes aquí dispuesta a reconquistarte. Ya no tendrás que leer más libros para olvidarla ni escribir notas desesperadas para consolarte — prosiguió, dolida.

Marcelo siguió sin romper su silencio obstinado. Su expresión era de intensa concentración, como si se enfrentara a un terrible dilema y no tuviera ni idea de cómo resolverlo.

Pero Irene no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—Respóndeme de una vez. ¿La B. de tus notas es Brenda?

Marcelo suspiró largamente antes de decir:

—La chica de mis notas era Bridget. Ya te conté aquella historia, que está más que superada gracias al curso de gramática del amor que Byron me ofreció, como ha hecho ahora contigo.

—Entonces, ¿qué pinta ella en Cornualles? ¿Qué hay entre vosotros, Marcelo?

—Irene, no es nada de lo que estás imaginando...

—¿Cómo que no? —respondió furiosa—. Es imposible que seáis simplemente amigos, teniendo en cuenta que ha recorrido más de diez mil kilómetros para venir a verte a este lugar perdido.

No se ha ido de vacaciones a Berlín, a París o a Grecia... ¡Ha tenido que escoger un miserable trocito de tierra azotado por la lluvia y el viento donde no hay nada interesante que ver!

Marcelo calló, completamente ruborizado, lo que acabó de convencer a Irene de que le ocultaba algo. Su cara era de culpabilidad, semejante a la de un niño sorprendido en mitad de una travesura.

Ella se daba cuenta de que se estaba comportando como una enamorada celosa, y una parte de sí misma se sorprendía al verse actuar de aquella manera. Pero no podía parar. Necesitaba que Marcelo le dijera toda la verdad, aunque doliera, e iba a conseguirlo como fuera.

—Marcelo, ¿tú crees que soy idiota? No hace falta que lo ocultes más: podré soportarlo. Aunque siempre imaginé que eras distinto de los demás. Nunca pensé que te vería con la lengua fuera detrás de una chica tan vulgar como Brenda. Se cree que es la reina del mundo y que todos debemos hacer reverencias a su paso. ¡Es una pedante insufrible! Y a ti también te ha hechizado.

Irene había pronunciado su pequeño discurso

casi sin respirar, pero en cuanto terminó se arrepintió de inmediato de sus palabras.

La expresión de Marcelo había pasado de la vergüenza a la rabia.

Ella se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo al criticar de aquel modo a su amiga. Había hablado desde el despecho y la desesperación, consciente tal vez por primera vez de que sus sentimientos por Marcelo iban mucho más allá que los de una simple amistad.

—Ya basta —dijo él muy serio mientras se levantaba bruscamente de la silla—. Vete de aquí, por favor. No quiero seguir hablando contigo.

A continuación le abrió la puerta y le dio la chaqueta para que se marchara.

—Lo siento, Marcelo. ¡No quería decir esas cosas! —se disculpó Irene entre lágrimas—. Pero que te hayas enfadado tanto prueba lo que estoy diciendo: Brenda es algo más que una simple amiga para ti.

—En eso tienes razón. Brenda es mi hermana.

Marcelo cerró la puerta y dejó a Irene, anonadada y sola, en el pasillo helado.

35. NAVEGANTES DEL AMOR

El lunes era el primer día de las vacaciones navideñas e Irene se despertó después de que la alarma de su móvil atronara durante un minuto seguido. Martha dio un grito para que la apagara de una vez, y ella, aún perdida entre las brumas del sueño, dio un manotazo al teléfono. Luego salió de la cama con un gruñido.

Estaba de un humor de perros tras no haber pegado ojo en toda la noche.

Si no se daba prisa, iba a llegar tarde a su última cita del año con Peter Hugues, que se marchaba a Londres aquella misma noche para pasar las fiestas con su familia. Los dos habían decidido poner fin al curso de gramática antes de Navidad.

A Irene le había parecido una buena idea en su momento, ya que así estrenaría año con la

satisfacción de un deber cumplido. Pero aquella mañana notó cómo se apoderaba de ella la nostalgia anticipada; también la angustiada sensación de que le quedaban pocas cosas a las que agarrarse. Se dio cuenta de que iba a echar muchísimo de menos las tardes de los miércoles en el despacho de Peter, así como las excursiones sorpresa que él le preparaba.

Por suerte le quedaba la de aquel día, pensó.

Mientras se duchaba a toda velocidad, hizo balance de aquel curso acelerado sobre el arte de amar. Se preguntó con amargura si, más allá de escribir siete trabajos, había sido capaz de asimilar alguna de las lecciones que Peter y las mismas novelas debían inspirarle. Al pensar en ello, revivió la encendida conversación con Marcelo de la noche anterior y su sorprendente revelación.

Notó un pinchazo de desasosiego en el estómago.

Se sentía ridícula por haberlo mareado con sus preguntas de niña celosa, como si él le debiera alguna respuesta. Y, por encima de todas las cosas, lamentaba haber hablado mal de su hermana.

Él se había disgustado mucho, con razón, e Irene se preguntaba si podría perdonarle su torpeza algún día. Quizá después de aquella escenita patética ya no querría verla nunca más y se habría esfumado todo su interés por ella. Eso si alguna vez había llegado a existir.

Recordó que al conocer la identidad de Brenda primero había sentido un alivio inmenso, demasiado parecido a la felicidad, seguido del impulso irresistible de darle un bofetón a Marcelo o de abrazarlo, o quizá ambas cosas a la vez.

Finalmente no había hecho nada. Se había metido en la cama para intentar dormir, pero tras muchas horas de cavilaciones seguía dándole vueltas al asunto y estaba desolada. Se daba cuenta de que la dicha había estado muy cerca de ella todo el tiempo, y no había advertido que pasaba por su lado, vestida con chándal y zapatillas de deporte.

Se miró al espejo y trató de suavizar su expresión crispada, demasiado abrumada por sus sentimientos hacia Marcelo. Ahora, cuando ya no había vuelta atrás, descubría que no quería perderlo.

Mientras se secaba el pelo pensó, avergonzada, que, a pesar de todas sus lecciones de gramática del amor, no pasaba de ser una mera principiante.

La última sesión del curso se iba a celebrar también en un lugar indeterminado. Peter sólo le había recomendado que se pusiera ropa de abrigo y botas de agua. Tenía que llevar consigo una muda de recambio por si se mojaban, algo que le hacía intuir que iban a pasar un buen rato en el exterior. No hacía falta que llevara libros ni papeles, le había advertido, puesto que la noche antes Irene había enviado su trabajo por correo electrónico y él ya lo tendría leído para cuando se encontraran.

Sin embargo, no podía marchar con aquel estado de inquietud. Llamó a Marcelo para disculparse, deseando encontrarlo despierto y con el móvil encendido.

—Irene —respondió una voz soñolienta al otro lado de la línea.

—Marcelo, ¡buenos días! ¿Ya estás despierto? —dijo ella, sin ocultar el alivio que sentía por el hecho de que todavía le dirigiese la palabra.

—En realidad no he dormido demasiado bien.

—Yo tampoco. Escucha, quiero pedirte disculpas. Lo que dije ayer sobre Brenda fue imperdonable. Y ni siquiera lo sentía de verdad. Todo fue por culpa de mis estúpidos celos.

—Tenías razón al enfadarte con nosotros — repuso apesadumbrado—. Y yo no tendría que haberte echado de la habitación.

—Pero... ¿por qué no me dijiste antes que era tu hermana y me dejaste hacer el idiota tanto tiempo? Creía que éramos... amigos.

—Brenda puede ser una persona muy persuasiva. Ya lo has comprobado por ti misma estos días. Le escribí hace semanas y decidió venir enseguida a visitarme. Es muy protectora, y me temo que tiende a inmiscuirse demasiado en mis problemas. Me prohibió tajantemente que te dijera nada. Lo siento de verdad.

—Entonces, ¿me perdonas?

Irene sintió que su corazón se aligeraba como un globo hacia el cielo.

—Claro, ya está olvidado. No te preocupes más. Soy yo quien te pide disculpas por mi salida de tono.

—¿Seguiremos como antes? —insistió ella, todavía insegura.

La voz de Marcelo sonó diferente, más distante y apagada de lo habitual, al responder:

—Sí, seguiremos entrenando como siempre. Irene, ahora tengo que colgar. Estoy destrozado y no sé ni lo que digo.

A Irene le pareció que seguía hablando con frialdad. Finalmente colgó muy disgustada, sin haber conseguido aclarar si él hablaba desde el corazón o si su perdón era pura formalidad. Había prometido que seguirían entrenando, sin definir cuál sería su relación a partir de ahora. ¿Se limitarían a correr juntos? Irene no sabía qué pensar.

* * *

Cuando llegó a la explanada, el coche de Peter ya la estaba esperando como un refugio cálido y seguro. El trayecto fue muy corto, y ella se sorprendió cuando se detuvieron en el aparcamiento del pequeño puerto pesquero de la aldea. Quedaba muy cerca del Dog & Bone, que a

aquella hora tan temprana ni siquiera había abierto.

El puerto estaba casi desierto, a excepción de un viejo con indumentaria de pescador que los saludó con la cabeza en cuanto bajaron del coche. El anciano tejía redes sentado en un taburete que se sostenía en pie de puro milagro. Dejó su labor en el suelo, al borde de unas barcas amarradas, para salir a su encuentro.

Mientras Peter hablaba con el hombre, que al parecer les había preparado una lancha para que dieran un paseo por la costa, Irene oyó un zumbido y sacó el móvil de su bolso.

[Siento mucho que mi estúpida comedia te haya
causado

tantos disgustos. Por favor, perdóname. Eres una chica extraordinaria y, si aceptas ser mi amiga, ya sólo por eso mi viaje habrá valido la pena.

PD. Marcelo está muy arrepentido por lo de anoche.

He tenido que emplearme a fondo para consolarlo.

Te quiero xx Brenda]

Irene suspiró, algo más tranquila al comprobar que Brenda la apreciaba y, sobre todo, al saber

que Marcelo había necesitado de su consuelo tras su charla acalorada.

Peter le lanzó una de sus miradas de halcón, como si se hubiera dado cuenta de que algo iba mal y tratara de leerle la mente. Por si acaso lo lograba, decidió aparcarse el asunto hasta que se hubieran despedido por la tarde.

El viejo marinero los condujo hasta el muelle y ayudó a Irene a subir al bote a motor sin dejar de refunfuñar.

—¿Por qué está de tan mal humor este hombre? —preguntó Irene—. ¿Es que hay una epidemia de mal rollo en Cornualles esta mañana?

—Dice que va a haber una tormenta y quería convencerme de que no saliéramos a navegar —explicó Peter.

Irene se acomodó en el pequeño asiento de la lancha y miró al cielo, que exhibía un color azul grisáceo poco corriente. Un rebaño de nubes blancas y esponjosas como ovejitas, más típicas de un día de primavera que de una mañana de diciembre, se movía con parsimonia tratando de decidir dónde se aposentaban para dormir la siesta. Nada parecía indicar que fuera a llover.

—Con este cielo tan despejado, no pienso quedarme aquí esperando. Si al final tiene razón y llueve, siempre estamos a tiempo de volver al puerto —concluyó Peter mientras arrancaba el motor, que explotó con un fuerte chasquido y potentes emanaciones de gasolina.

El barquito se llamaba *Esculapio*, en honor al dios griego de la salud. Al parecer, había pertenecido al médico de la aldea, que hacía tiempo que se había mudado a Pendanze y había dejado aquella embarcación de recreo medio abandonada. Hasta que un pescador avisado se la había comprado por una ridícula cantidad de dinero.

Irene se relajó por fin, mecida por el zumbido del motor y el agradable bamboleo de la lancha, que surcaba el mar en calma.

Peter llevaba botas de goma y un impermeable azul oscuro con una capucha que lo protegía de las salpicaduras del agua. Manejaba el timón con aplomo, y pronto estuvieron lejos de la costa, lo suficiente para que el triste puerto pesquero y la aldea misma parecieran una pintoresca imagen de postal. Entonces detuvo el motor y echó el ancla,

un revoltijo de hierros oxidados que a Irene le parecieron insuficientes para mantener quieto el barco.

—¿Sorprendida? —preguntó él rompiendo el silencio que los envolvía, exceptuando las olas y el chirrido lejano de alguna gaviota.

—Si el barco se hubiera llamado *La Nueva Fidelidad*, como el de *El amor en los tiempos del cólera*, reconozco que habría alucinado. Pero empiezo a conocerte, y ya imaginaba que habrías preparado una excursión que tuviera algo que ver con nuestra última novela —dijo Irene, sonriendo por primera vez en muchas horas.

—Pensé que podíamos acabar con un paseo en barca como homenaje a la última escena de la novela. Sólo que nosotros navegaremos por aguas saladas y volveremos a puerto dentro de un rato —bromeó Peter.

El amor en los tiempos del cólera acaba con una mítica escena en la que Florentino Ariza y Fermina Daza, juntos al fin después de más de cincuenta años, navegan por el río en una travesía sin final ni destino concreto. El barco en el que viajan ha

izado la bandera del cólera por motivos que no tienen que ver con la enfermedad, y ya ningún puerto les permite atracar por temor a contagiarse.

Irene había citado aquel final formidable en su trabajo.

Florentino Ariza lo escuchó sin pestañear. Luego miró por las ventanas el círculo completo del cuadrante de la rosa náutica, el horizonte nítido, el cielo de diciembre sin una sola nube, las aguas navegables hasta siempre, y dijo:

—Sigamos derecho, derecho, derecho, otra vez hasta La Dorada.

Fermina Daza se estremeció, porque reconoció la antigua voz iluminada por la gracia del Espíritu Santo y miró al capitán: él era el destino. Pero el capitán no la vio porque estaba anonadado por el tremendo poder de inspiración de Florentino Ariza.

—¿Lo dice en serio? —le preguntó.

—Desde que nací —dijo Florentino Ariza—, no he dicho una sola cosa que no sea en serio.

El capitán miró a Fermina Daza y vio en sus pestañas los primeros destellos de una escarcha invernal. Luego miró a Florentino Ariza, su

dominio invencible, su amor impávido, y lo asustó la sospecha tardía de que es la vida, más que la muerte, la que no tiene límites.

—¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo? —le preguntó.

Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches.

—Toda la vida —dijo.

Peter se acomodó junto a ella en la otra mitad del estrecho asiento, pero justo entonces el cielo se oscureció y oyeron el crepitar de un trueno cercano.

Irene alzó la vista y vio cómo aquellas inocentes nubes que había observado media hora antes se habían revuelto de improviso y habían aumentado alarmantemente de volumen y consistencia. La asustó el fogonazo de un relámpago que cayó cerca de la playa, seguido por el chasquido inmediato de un trueno mucho más fuerte que el anterior.

El viejo pescador tenía razón, y una intensa tempestad se había desatado con rapidez sobre la

zona.

Peter levó el ancla, sin disimular sus nervios, y arrancó el motor tras tres intentos fallidos que los llenaron de angustia. Mientras tanto, la lluvia arreciaba y los estaba empapando, lo mismo que a sus bolsas para la comida. El viento soplaba con fuerza y mecía el barco como una cáscara de nuez vacía.

Irene respiró aliviada cuando Peter logró enderezar la proa de la nave y pusieron por fin rumbo a la costa.

Poco después los atrapó el corazón de la tormenta. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que iban a tener serios problemas para llegar a su destino sanos y salvos.

El fuerte viento soplaba de costado, impulsándolos peligrosamente hacia las rocas de un espigón natural, mientras olas cada vez más altas golpeaban el barco por todos los lados.

Irene se agarró con fuerza a los laterales de la lancha para evitar caerse con aquel intenso vaivén.

Peter aceleró para evitar el choque, que parecía inevitable, pero el motor del *Esculapio* no estaba preparado para tantos esfuerzos. Tras unos

cuantos minutos luchando contra la fuerza desatada del mar, se rindió y emitió un estertor agónico.

El oleaje continuó empujándolos inexorablemente y acabó por llenar el barco de agua. Peter maldecía e intentaba arrancar el inerte motor una y otra vez, aterrorizado al ver que terminarían por embarrancar contra los escollos. Irene intentó llamar por teléfono, pero comprobó, asustada, que no había cobertura. Gritó a Peter para ver si él tenía más suerte, pero el fragor de la tempestad acallaba su voz, y él estaba tan concentrado en el motor que ni la escuchaba.

Al ver que el agua le llegaba más arriba de los tobillos, Irene se puso a achicarla con un cubo que encontró en la cubierta. Peter se había dado cuenta de que sus esfuerzos no tenían sentido y se unió a ella, tratando de reducir el volumen del agua en el interior del barco a la deriva.

Justo entonces, cuando empezaban a desesperar, los envolvió un extraño silencio.

Irene observó con alivio que las nubes se habían dispersado tan repentinamente como se habían arremolinado frente a la costa. También el viento

había amainado.

El *Esculapio* seguía a merced del mar, pero la fuerza de las olas ya no lo conducía directo hacia las afiladas rocas, sino que lo movía con suavidad hacia atrás y hacia delante, con un dulce compás que les pareció el paraíso, comparado con la zozobra que acababan de vivir.

Peter se sentó con el rostro descompuesto.

—Creía que no la contábamos —confesó con voz temblorosa.

—Yo tampoco. Nunca antes había vivido un naufragio.

Irene, que pese a la situación extrema había sido capaz de conservar la calma, le pidió el teléfono para comprobar si el suyo tenía cobertura. El profesor, que no había caído en pedir auxilio, por fin reaccionó y llamó a los guardacostas.

Les dijeron que los remolcarían hasta la playa en cuanto pudieran fletar una lancha.

Sin poder hacer más, se sentaron a esperar que llegara la asistencia. Irene recordó que llevaba un termo con té caliente y sirvió dos vasos de infusión que les reconfortaron el ánimo.

Con un poco más de color en el rostro, Peter le preguntó:

—Irene, si la experiencia extrema que acabamos de vivir fuese una alegoría del amor, ¿cuál crees tú que sería el mensaje?

—No lo sé —respondió ella, dudando; lo último que esperaba era que después de aquel susto Peter retomara la lección de gramática—. ¿Que estar enamorado significa remar contra corriente?

—Todo lo contrario —dijo él tras recuperar el aplomo—. Según el taoísmo, los estados más elevados del alma se alcanzan cuando conseguimos fluir con el mundo y nuestros sentimientos forman parte de esa corriente.

Irene pensó otra posible respuesta durante un par de minutos. Luego dijo:

—Cuando el amor llega, lo hace como la tormenta que casi nos mata hace un rato. Es furioso, imparable, arrollador.

—Pero recuerda lo que aprendimos con *Ana Karenina* acerca de los amores tranquilos —apuntó Peter.

Irene se ponía nerviosa cuando le hacían preguntas directas. Su carácter reflexivo necesitaba

la soledad y la familiaridad de una página en blanco para sacar conclusiones acerca de cualquier cosa. Pero conocía la afición de Peter por hacerla avanzar a fuerza de cuestiones, así que decidió intentarlo por tercera vez:

—El amor es como navegar por un mar tempestuoso. Hay que estar muy vigilante para no estrellarte contra los escollos o los obstáculos que van saliendo al paso.

—Entonces, ¿tú crees que un buen amor tiene que ser necesariamente difícil, un amor contrariado como el de la novela de García Márquez? Cuando navegas en medio de una tempestad, como nosotros hace un rato, ¿por qué luchas contra ella? —volvió a preguntar Peter.

—Para salvar la vida, claro.

—Pero quieres salvar tu vida, ¿para hacer qué?

—¿Para llegar al puerto?

Irene empezaba a exasperarse, incapaz de ver hacia dónde los conducía aquel diálogo estrambótico.

—¡Tú lo has dicho! Estar enamorado es exponerse a un naufragio constante —dijo él en pie, dirigiendo su mirada melancólica hacia el

horizonte—. Naufragamos con cada fracaso. De lo que se trata es de sobrevivir a las tempestades para que, algún día, podamos llegar al puerto donde alguien nos estará aguardando sólo a nosotros.

Irene no tuvo tiempo de objetar nada, puesto que el bramido de la potente lancha de los guardacostas interrumpió la charla. Sin embargo, siguió cavilando un buen rato acerca de lo que Peter acababa de decirle.

Desde el otro barco les lanzaron varios cabos, que amarraron al armazón de su nave para que empezaran a remolcarlos lentamente hacia la playa.

Ella temblaba, muerta de frío, ya que la lluvia y el oleaje habían traspasado su ropa y sus botas y habían empapado también la muda de recambio. Peter le pasó un brazo por los hombros, y ella se arrebujó en el hueco de su hombro, agradecida.

Así abrazados entraron en el puerto, y fue entonces cuando Irene sintió que había comprendido algo trascendental. Casi no se dio cuenta de que pensaba en voz alta cuando dijo,

como si acabara de experimentar una epifanía:

—Lo importante para un navegante del amor es tener claro en qué puerto quiere desembarcar.

El profesor le apretó el hombro con afecto mientras la ayudaba a salir de la lancha. Irene suspiró, feliz de volver a poner los pies sobre tierra firme.

EPÍLOGO

36. LA JANUARY RACE

Las vacaciones de Navidad pasaron en un suspiro. Después de tantos naufragios sentimentales, la pausa festiva fue para Irene un oasis de agradable normalidad.

Disfrutó como una niña de los picnics al aire libre que organizaba con Martha en cuanto salía un rayito de sol, de las tardes de cineclub, de las cenas tranquilas y las excursiones por los alrededores con Brenda y Marcelo.

Los dos hermanos, su compañera de cuarto y Josh fueron como una familia bien avenida durante aquellos días. Los pocos momentos en los que echó de menos a sus padres se diluyeron rápidamente en la plácida compañía de sus amigos. Aquellos días les sirvieron a todos para conocerse mejor, calmar algunos corazones desbocados y olvidar viejas rencillas.

Después de todo lo que había vivido en los últimos tres meses, Irene se daba cuenta de que estaba pasando por un momento de reflexión. Sentía que necesitaba procesar un montón de cosas, desde la última lección de gramática con Peter hasta el sínfin de angustias acumuladas durante semanas. En cierto modo se sentía paralizada, como si una fuerza poderosa le pidiera que no se moviera ni un centímetro de donde estaba.

Los entrenamientos dobles que había estado ejecutando con Marcelo, y a veces también con Brenda, la ayudaban a poner orden en sus sentimientos.

Pensaba en todo esto mientras subía al autocar que iba a conducirla, junto con una cincuentena de alumnas más, a la January Race. La carrera tenía lugar en las calles de Truro en la mañana del primer domingo del año. El colegio todavía no había recuperado la rutina, pero los alumnos ya habían regresado de las vacaciones y esperaban la carrera como el primer gran acontecimiento del año.

Saint Roberts preparaba la competición

deportiva con mucho cuidado. Por su parte, las autoridades de la ciudad engalanaban las calles de Truro con banderolas de colores y pancartas. Durante unas horas se prohibía el paso a los coches para dar vía libre a los corredores, a los que saludaban las familias vestidas con ropa de domingo.

A primera hora corrían las chicas, y a continuación lo hacían los chicos.

El autobús llegó a su destino tras lo que a Irene le pareció una travesía interminable. Algunas chicas charlaban y reían animadamente, excitadas ante la perspectiva de la competición y el viaje.

Irene se aisló de todo con sus auriculares, aunque no prestaba demasiada atención a la música. Cuando las hicieron bajar y les entregaron los dorsales y los chips para las zapatillas, notó que le temblaban las piernas. Para serenarse, se puso a hacer los ejercicios de relajación que Marcelo le había recomendado. Siguió respirando como él le había enseñado y comprobó que su ritmo cardíaco se suavizaba un poco.

En la línea de salida había una tarima con una fanfarria que tocaba una melodía supuestamente

alegre, pero que a ella le pareció un monumental lío de trompetas y alocada percusión. Los jueces iban vestidos con trajes negros, y uno de los patrocinadores había colocado un cronómetro enorme justo sobre sus cabezas.

Los diez kilómetros de la carrera transcurrirían entre plazas y avenidas arboladas, en un trayecto que empezaba y acababa en el mismo punto.

Irene vio por el rabillo de ojo una mesa donde se exhibían tres copas de metal de distinto tamaño, una dorada y dos plateadas, además de un cubo con un sinfín de medallas brillantes. Supuso que eran los trofeos para las ganadoras y experimentó un escalofrío de anticipación.

Trató de concentrarse, de encerrarse en una burbuja de fría calma donde sólo fuera consciente de su respiración y su velocidad media por kilómetro. Sin embargo, le resultaba muy difícil en medio de aquel ambiente de fiesta mayor.

Por si el jaleo fuera poco, nuevos autocares desembarcaron en los alrededores, e Irene empezó a reconocer las caras de sus amigos, que se acercaban con rapidez a la línea de salida para

saludarla y desearle suerte. A lo lejos distinguió las caras de Heather y Martha, seguidas por Josh, que avanzaban entre la multitud dando algún que otro empujón. Se preguntó si Marcelo habría llegado ya con los demás chicos y cómo le iría a él su carrera.

Durante los últimos días se habían comportado como simples amigos. Ella no se atrevía a hablar con él de lo que había sucedido, y él también la trataba con amable cautela. Como casi siempre estaban rodeados de otra gente, tampoco habían tenido ocasión de charlar, pero Irene casi agradecía aquella tregua.

La noche antes habían entrenado juntos por última vez, y él le había deseado suerte con un apretón de manos. Ella estuvo a punto de hacerle una de sus bromas y responderle con dos besos, a la española, pero la sensación de que tenía que andar con pies de plomo la había detenido. Se habían dicho adiós como lo habrían hecho un entrenador y su alumna, pero al volver la vista atrás, a Irene le había parecido ver un destello de decepción en los ojos de Marcelo.

El profesor de educación física se dirigió a todas las participantes durante unos segundos para

recordarles que tenían que respetar el orden de salida. Nadie tendría ventaja sobre nadie, ya que el cronómetro se guiaría por los chips que llevaban en las zapatillas. Les deseó suerte e Irene ocupó su puesto, muy cerca de la primera fila.

Delante de ella había una chica desconocida que parecía un armario ropero. Era tan alta y tan ancha que, de no ser por las formas femeninas de su pecho, Irene habría pensado que se trataba de un hombre.

—¿Y ésa quién es? —preguntó a Bertha, una chica de su clase que correría a su lado.

—Es Lucie. Acabó el cole el año pasado, pero aun así corre en calidad de ex alumna. Antes no estaba permitido hacerlo, pero este año han cambiado las normas. Dicen que es casi una profesional, porque se entrena en el Centro de Alto Rendimiento de Cardiff.

Irene pensó que era injusto que una chica que ya no estaba en el colegio y que además partía con ventaja pudiera competir en la carrera, pero no tuvo tiempo de decir nada más.

El cronómetro empezó la cuenta atrás y la fanfarria volvió a tocar otra de sus locas tonadas.

El juez dio la salida, y cincuenta pares de pies se pusieron en movimiento, dispuestos a dar lo mejor de sí mismos aquella mañana.

Habían tenido suerte con el tiempo, porque, aunque hacía mucho frío, más que en todo lo que llevaban de invierno, el suelo estaba relativamente seco y no había ni una brizna de niebla. En las noticias habían dicho que se esperaba una nevada en cotas bajas, pero nadie creía el pronóstico, porque en aquella zona de Inglaterra la nieve era toda una rareza.

Irene corría controlando muy bien su tiempo. Ajustaba la velocidad al objetivo que se había marcado para los tres primeros kilómetros con la ayuda de su cronómetro. No quería agotarse y llegar a mitad de carrera sin fuerzas para el esprín final.

Los organizadores habían situado varios puntos de avituallamiento a lo largo del recorrido. Irene tomó sobre la marcha una botella de agua mineral que le supo a gloria y lanzó el envase en un contenedor cercano.

Una niña pequeña que estaba de pie junto a sus

padres aplaudió a su paso y le dio un grito de ánimo. Irene no pudo evitar sonreírle y saludarla con la mano. La pequeña aplaudió con más ilusión todavía, y sus dos coletitas rubias se agitaron con el ímpetu del gesto.

Empezaba a zambullirse en el ambiente festivo y a comprender por qué tantos corredores amaban las competiciones populares.

Al llegar al kilómetro seis, calculó que debía de estar entre las diez primeras posiciones, porque de repente disponía de mucho espacio para moverse. Aceleró un poco para adecuarse al ritmo que se había impuesto en ese tramo. No tardó en estar detrás de la chica grande que había empezado la carrera justo por delante de ella.

Las separaban unos quince metros, e Irene se entretuvo mirando sus potentes zancadas y los movimientos expertos de sus brazos, pegados al cuerpo. No iba a ser fácil adelantar a aquella mole de músculos y testosterona.

Sin darse cuenta, llegaron los dos kilómetros finales.

La multitud se había agolpado otra vez tras las vallas y gritaba y animaba con cánticos y

palmas. Irene se contagió de su entusiasmo y corrió aún más deprisa. Sentía que su corazón trabajaba con ahínco, pero todavía contaba con algo de margen para apretar durante los metros finales.

Trató de imaginarse que era su querida liebre, Marcelo, y no aquella chica enorme, quien corría por delante. Si pensaba que era a él a quien debía atrapar, y no a una desconocida, se quitaría presión y podría concentrar mejor sus esfuerzos.

Corrió y corrió, olvidándose de todo lo que la rodeaba, optimizando sus respiraciones y aprovechando cada centímetro cúbico de oxígeno.

Al doblar un recodo se quedó descolocada al ver la figura de Peter, que la animaba haciendo grandes aspavientos.

—Venga, Irene, ¡puedes ganar! ¡Sólo tienes que superar a esa chica! —gritó con un orgullo mal disimulado en su mirada.

Irene aumentó el ritmo de su carrera tanto como pudo. Se vació hasta sumergirse en esa sensación ya conocida de desdoblamiento. Sus pies se movían solos mientras su mente volaba, libre de todo pensamiento, por encima de las

cabezas de los asistentes. Su competidora corría apenas tres metros por delante de ella, y ya podía oír su respiración forzada e incluso oler su sudor.

Pero la gigantona había percibido su presencia y decidió echar el resto en los últimos metros. Al final cruzaron la línea de meta una detrás de la otra, apenas separadas por una cabeza de distancia.

Irene experimentó una terrible sensación de injusticia. Se había visto relegada a la segunda posición por culpa de un imprevisto cambio en las normas de la carrera.

La fanfarria enloqueció cuando cruzó por debajo de los enormes cronómetros que marcaban treinta y seis minutos y quince segundos. Había conseguido su mejor tiempo desde que había empezado a entrenar, pero, a pesar de sus esfuerzos, no había servido de nada.

Martha y Heather la estaban esperando con toallas limpias, frutos secos y más agua. A continuación empezaron a despotricar contra Lucie, la «ladrona de carreras», como ya la llamaban.

—¡Pero si es un tío! Tendría que haber corrido en la carrera masculina.

—¡No hay derecho! Me han dicho que se está preparando para participar en competencias estatales...

Irene las escuchaba como si le hablaran desde otra dimensión. Todavía estaba metida en la atmósfera de la carrera y le costaba aterrizar en la realidad. Buscó otras caras conocidas con la mirada y volvió a ver a Peter, que estaba acodado en una de las vallas charlando con una de las profesoras auxiliares. Notó que Irene lo miraba y le dedicó una profunda reverencia.

Desde la distancia, leyó en sus labios unas palabras que le arrancaron una sonrisa triste:

—Eres la mejor. No lo dudes jamás.

37. AMOR BLANCO

Irene recordaría para siempre aquel día de diciembre por muchos motivos. En cuanto acabó la carrera se desató la locura entre el público que había venido a presenciarla.

A nadie le importó demasiado que hubiera quedado en segunda posición. De hecho, empezaron a festejar su triunfo como si hubiera resultado la ganadora absoluta de la competición. Para todos los alumnos era obvio que Lucie no tendría que haber corrido, e incluso el profesor de educación física felicitó a Irene en un aparte y se lamentó por la injusticia.

Los asistentes se animaron, en parte gracias a los termos de café irlandés que habían circulado profusamente, y empezaron a entonar cánticos contra la ganadora. Tuvo que suspenderse momentáneamente la entrega de trofeos, y el

comité deportivo del colegio se reunió de manera extraordinaria con las participantes. Al final se armó tal revuelo que Irene incluso se perdió la carrera masculina.

Más tarde, ya de vuelta en el autocar, supo por otra chica que Marcelo había ganado y tuvo que reprimir un grito de alegría al enterarse.

Al llegar a su habitación, totalmente agotada, apenas tuvo tiempo de darse una ducha rápida y colocar la copa de plata en una estantería.

Pensó en hacerle una foto y enviársela a sus padres a través del teléfono móvil, pero, cuando estaba a punto de hacerlo, Heather y Martha se presentaron en el cuarto para recogerla y llevarla a l *pub*, donde se iba a celebrar una fiesta en homenaje a los ganadores.

—¡Pero si no he ganado! —protestó Irene, mientras sus amigas la arrastraban hacia uno de los coches de los profesores, que esperaban en la explanada para transportar a todo el mundo hasta el Dog & Bone.

—Eres la ganadora en justicia. Y aunque no lo fueras, la fiesta es para todos los que habéis participado en la January Race —le explicó Martha,

haciendo gala de una paciencia poco habitual.

Irene se consoló pensando que, si bien no tenía tiempo de descansar, al menos vería a Marcelo en el *pub* y podrían celebrar juntos el triunfo de su amigo. Tras la carrera, tenía la impresión de que podía empezar de cero con su vida, una sensación acentuada tal vez porque acababan de estrenar el año nuevo.

Marcelo había estado muy esquivo con ella los dos últimos días, y eso la ponía nerviosa. Tal vez su comportamiento extraño se debiera a la marcha de su hermana, que se había despedido el día anterior para volver a sus clases en Australia. Brenda se hacía querer e Irene comprendía que él debía de echarla mucho de menos, ya que se veían muy poco. Ella se había integrado de tal manera en su vida en el otro continente —incluso Irene había llegado a confundirse con su acento, deformado por los años que había pasado lejos de Inglaterra— que a menudo pasaba mucho tiempo sin que los dos hermanos se reencontrasen.

Sin duda, eso le entristecía.

Llegaron al *pub* entre risas y pitidos de los coches, que se iban siguiendo los unos a los otros formando una larga caravana. Irene volvió a atravesar las puertas de aquel local familiar donde había vivido tantas cosas aquel trimestre, esta vez de la mano de Martha y Heather.

Nada más entrar la recibió una salva de aplausos, silbidos y cánticos parecidos a los que entonaban los aficionados al fútbol cuando presenciaban un partido.

Pequeña como un pajarillo, frágil como una hoja: la forastera no es ninguna coja. Corre como el viento. ¿Qué es eso que se acerca? ¿Es un avión? ¿Un reactor? ¡Son sus pies en movimiento!

Irene rió a carcajadas ante el ingenio de la cancioncilla. El local bullía de gente y animación, y sintió que sus mejillas enrojecían, no sabía si debido al contraste de temperatura, ya que afuera casi estaba helando, o por la vergüenza de saberse el centro de atención. Sus amigas se habían esforzado para que la fiesta pareciera celebrarse

casi exclusivamente en su honor.

Habían marginado de todos los fastos a Lucie, que ni siquiera se había presentado en el *pub*.

Sobre la barra habían colgado una pancarta de tela donde habían escrito en letras de imprenta: *¡Bienvenida a casa, forastera!*

En el último momento, alguien había tachado su sobrenombre y, en su lugar, había escrito otra cosa para dar a entender que por fin era una más en la pequeña comunidad de Saint Roberts:

¡Bienvenida a casa, CAMPEONA!

Junto a la pancarta, algunos miembros del equipo masculino de atletismo estaban colgando otra, algo más pequeña, dedicada a Marcelo.

Irene lo buscó ansiosamente con la mirada por todo el bar, pero no había ni rastro de él. Las puertas del *pub* se abrieron, e Irene vio entrar a Peter. Lo saludó con la mano y le hizo un gesto que daba a entender que estaría con él en un minuto.

—¿Habéis visto a Marcelo? —preguntó a Heather y Martha, que habían ocupado una de las

mejores mesas y estaban pidiendo bebidas para las tres.

—No. Después de ganar la carrera desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Creo que ni siquiera ha vuelto en el mismo autocar que sus compañeros —contestó Heather.

En medio de aquel bullicio, arropada por sus amigos y por tanta gente que la quería, Irene se dio cuenta de algo muy importante: la fiesta no era perfecta porque faltaba Marcelo.

No era sólo porque él hubiera sido su entrenador durante aquellas semanas y, en cierto modo, sintiera que le debía gran parte de su relativo triunfo. Se trataba de algo más. Irene necesitaba compartir su alegría con él, verlo aparecer una vez más con sus andares despistados y su cabello siempre bien peinado, tener la certeza de que él también la necesitaba.

Sabía que tenía muchos motivos para estar contenta aquella tarde, pero se sentía sola en medio del gentío. Incluso la música alegre que el señor Ward no paraba de dedicarle le sonaba hueca.

Hizo todo lo que pudo por poner buena cara y

fingir que lo estaba pasando de miedo, pero en su fuero interno se moría de ganas por regresar a su habitación y tener un minuto de paz.

Peter se sentó a la mesa, entre ella y Martha, y Heather pasó toda la noche tratando de ligar con él, que ya no sabía cómo aplacar las indirectas cada vez más directas de su alumna. Irene los oía hablar y reír, pero no lograba prestar atención a ninguna de sus palabras. Cuando el profesor se levantó y anunció que se marchaba, ella vio el cielo abierto y le preguntó si podían irse juntos.

Heather le lanzó una mirada asesina, pero Irene ni siquiera se dio cuenta.

Peter estaba muy animado y no dejó de hablar en todo el trayecto de vuelta.

—Estás muy seria, Irene —comentó al ver que ella guardaba silencio—. ¿Es porque has quedado segunda en la carrera?

—No es eso. ¿Te ha pasado alguna vez sentir de repente que todo encaja y que por fin comprendes lo que necesitas, pero entonces te das cuenta de que quizá ya es demasiado tarde, que has tardado demasiado en llegar al final del camino? —explicó ella atropelladamente.

—La verdad, no estoy muy seguro. Pero, en cualquier caso, nunca es *demasiado* tarde —dijo con una sonrisa enigmática al detener el motor del coche—. A veces el final del camino no es más que el principio de otro. ¡Nunca se sabe!

Irene abrió la puerta y se despidió algo confusa de Peter, que la contemplaba divertido tras el cristal de la ventanilla.

Se dirigió hacia la puerta principal, pero notó un cosquilleo que le erizó la piel y la hizo detenerse.

Miró a su alrededor para ver de qué se trataba.

Hacía muchísimo frío. El cielo estaba muy oscuro, tan nublado que no se veía ni una estrella, y un silencio denso envolvía los árboles y los setos de la plaza. Irene se acercó al estanque y vio en el fondo a una de las carpas que nadaba en círculos rápidos, como si quisiera entrar en calor. Pensó que era un milagro que aquel bicho siguiera vivo, ya que una fina capa de hielo empezaba a cubrir los bordes de la fuente.

Y entonces volvió a notarlo. Alzó el rostro hacia el cielo y sintió una caricia delicada y muy fría que rodaba por sus mejillas como una lágrima.

¡Era nieve!

Extendió los brazos y empezó a dar saltos de alegría alrededor de la plaza. No sabía por qué estaba tan contenta por una simple nevada, pero no podía resistir el impulso de celebrar aquel acontecimiento con una alegría infantil.

Le entraron unas ganas locas de llamar a la puerta de todas las habitaciones para que la gente saliera y pudiera contemplar aquella maravilla blanca. Pero se recordó a sí misma que todo el colegio estaba de fiesta —*su* fiesta— y que Heather, Martha y los demás todavía debían de estar bebiendo *real ale* en el Dog & Bone a aquellas horas.

Los copos caían lenta y parsimoniosamente, e Irene se dio cuenta de que el manto blanco iba a cuajar.

Nunca había visto nevar sobre el mar, así que decidió hacer una pequeña excursión nocturna. Enfiló el camino que comunicaba la pista de atletismo con el acantilado. Todas las luces de la pista estaban encendidas, e Irene se extrañó de que todavía hubiera alguien a aquella hora. Tuvo un presentimiento y decidió pasar por allí en vez

de dirigirse directamente hacia el bosquecillo.

Y entonces lo vio.

Marcelo corría alrededor de la pista a toda velocidad, como si estuviera poseído por algún extraño mal.

Irene lo llamó desde lejos, pero él no pareció oírla, así que se acercó hasta él galopando y se puso a su altura. Le costó horrores mantener su paso acelerado, cansada como estaba por la reciente carrera.

Él la miró durante medio segundo, y luego siguió hacia delante como si nada. La nieve empezaba a caer con fuerza, pero Marcelo ni se inmutaba.

—¿Qué haces corriendo solo a estas horas? —preguntó Irene casi sin aliento.

—Estoy entrenando, como todos los días —respondió muy serio.

—¡Pero si ya has ganado la carrera! ¿No crees que podrías descansar hasta mañana?

—Prefiero seguir corriendo —respondió tozudo y enfurruñado.

Irene se acordó de sí misma, hacía meses, cuando Marcelo la había sorprendido dejándose las

rodillas en aquella misma pista para olvidar su desengaño con Liam.

—¿Y por qué no has venido a la fiesta? Todos te esperaban.

—No tenía mucho que celebrar. Y no quería amargarte a ti la celebración.

—Entonces, ¿no estás contento de haber ganado? —siguió preguntando muy confundida.

Era como tratar de sacar un corcho demasiado ajustado de una botella.

—Irene, no puedo soportar que sigas corriendo a mi lado —gimió apretando el paso.

—¿Qué es lo que no puedes soportar?

—Esta comedia. El papel de amigo y confidente no va conmigo. Ya no. Hay que poner fin a esta historia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, asustada y sin aliento, mientras las lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Para mí es una tortura estar a tu lado. Ahora ya lo sabes. No puedo más.

—Pero... ¿por qué? —preguntó, ahogada, al detenerse en seco en mitad del carril.

Era incapaz de seguirlo a aquella velocidad.

—Porque te quiero con toda mi alma.

Marcelo se llevó con su carrera el final de aquellas palabras y siguió completando la vuelta al circuito bajo la nieve.

Asombrada, Irene lo siguió con la mirada, mientras su ropa empezaba a mojarse y sus pies protestaban por el frío intenso.

Sin salir de su estupor, al cabo de un par de minutos volvió a oír sus pasos aproximándose por la pista. Apenas veía a Marcelo porque la luz de un foco le daba justo en los ojos y la deslumbraba.

Trató de colocarse a un lado para no hacerlo tropezar, pero Marcelo previó mal su trayectoria y acabaron chocando.

Ella resbaló con la nieve medio derretida y los dos cayeron al suelo. Con un gesto hábil, Marcelo la volteó en el último momento para no aplastarla. Irene se dejó caer sobre el cuerpo de él, que la protegió del golpe como un firme colchón.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Marcelo jadeante.

Irene lo miró a los ojos con intensidad, empapándose del aroma salobre de su piel.

—Porque acabas de llegar a la meta —dijo al acercar su rostro al suyo para fundirse con él en un cálido beso.

La nieve seguía cayendo sobre ellos, cubriendo sus caricias con delicados copos blancos.

Rodeada por los brazos de Marcelo, Irene se dijo que si el amor era un infierno, como alguien había sentenciado una vez, quería quedarse allí para siempre.

AGRADECIMIENTOS

A Francesc Miralles, por encender la chispa y oficiar de guía espiritual y arquitecto del amor.

A mi pequeña familia, que me hace desear ser mucho mejor de lo que soy.

A Anna, Laura, Àngels, Lola y María José. Sin vuestras risas y nuestras historias compartidas, el mundo sería un lugar desolado.

A Alba. Porque quizá suceda algún día.

A Estel, por ser la primera en conjugar la Gramática.

SI HAY UN SENTIMIENTO SOBRE EL QUE SIEMPRE SE HA
ESCRITO, ÉSTE ES EL AMOR.
CUANDO SE CELEBRA. CUANDO SE PIERDE. CUANDO FALTA.
CUANDO ES CORRESPONDIDO Y CUANDO NO LO ES.
CON *LA GRAMÁTICA DEL AMOR*,
HAS SABIDO LO QUE PIENSAN ALGUNOS DE LOS AUTORES
MÁS IMPORTANTES DE TODOS LOS TIEMPOS.
AHORA, NOS ENCANTARÍA SABER
QUE PIENSAS TÚ SOBRE EL AMOR.
PUBLICA TUS COMENTARIOS EN
FACEBOOK.COM/GRAMATICADELAMOR, O BIEN ESCRÍBENOS
UNAS LÍNEAS A A INFO@GREC.COM

* * *

RECUERDA QUE EL AMOR ESTÁ PARA COMPARTIRLO.



Rocío Carmona (Barcelona, 1974) es licenciada en Periodismo por la Universitat Autònoma de Barcelona, donde también estudió Humanidades. Más tarde cursó un máster en Dirección de Marketing y Publicidad en la Universitat Oberta de Catalunya. Su trayectoria profesional siempre ha estado vinculada a la gestión cultural y a la comunicación, y desde hace algunos años ejerce como directora editorial de *Urano* y *Tendencias*. Además, es cantante de la banda *Nikosia*, que en 2010 publicó su primer disco, *The Long Journey of Wolves* (Warner). (Foto © Carmen Hernández)